Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas
Escuela de Estudios de Posgrado

**MAESTRÍA EN RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES**

TRABAJO FINAL DE MAESTRÍA

# El intercambio desigual como teoría del subdesarrollo: una lectura crítica posdesarrollista de la obra de Emmanuel

# Unequal exchange as a theory of underdevelopment: a post-development critical reading of Emmanuel's work

AUTOR: RIZZARDI DAVIDE

DIRECTOR: BERTONI RAMIRO

Febrero 2021

**Agradecimientos**

Esta tesis y este recorrido fueron posibles gracias a la contribución de una multiplicidad de personas. Por esta misma razón, quiero agradecer a todas aquellas personas que, de distintas maneras, me han acompañado en este camino, desde cerca y desde lejos.

Comienzo agradeciendo a mi familia que, desde el comienzo, me ha apoyado en mis decisiones, aunque me llevaron hacia lugares cada vez más lejanos de mi ciudad natal. Quiero agradecer a Francesca, por haber sido la persona más presente, en todo momento, en todo lugar. Asimismo, quiero agradecer a la familia de Francesca que me ha transmitido siempre el mejor entusiasmo y cariño.

Quiero agradecer a todos mis amigos argentinos que, desde el primer momento, han hecho de Buenos Aires mi segunda casa. Especialmente, quiero agradecer a Hernán por haber contribuido al trabajo de tesis con sus valiosos comentarios.

Quiero agradecer al grupo de trabajo CLACSO "El Futuro del Trabajo y el Cuidado de la Casa Común" en el cual me desempeño como investigador, a la Universidad de Buenos Aires y a la Escuela de Posgrado de la Facultad de Ciencias Económicas.

Finalmente, quiero agradecer al Director de la Maestría en Relaciones Económica Internacionales Jorge Lucángeli y al cuerpo docente por el esfuerzo realizado en la coyuntura particular que nos ha tocado vivir. Asimismo, quiero destacar el papel de Ramiro Bertoni como director de la tesis, que me ha apoyado desde el comienzo y que ha contribuido mucho más allá de lo que se encuentra escrito en este trabajo. Quiero agradecer también a Lila Kowalewski, Juan E. Santarcángelo y Celina Tuozzo por los valiosos consejos sobre metodología y redacción, y a Andrés Tzeiman por los consejos bibliográficos.

**Resumen**

El presente trabajo consiste en una relectura crítica de la obra de A. Emmanuel y de su concepto del intercambio desigual aplicado a la teoría del desarrollo. El estudio ha sido inspirado por los aportes recientes de la teoría del posdesarrollo que, desde los años noventa, ha criticado al desarrollo por ser un discurso que juega un papel clave a la hora de construir la realidad que el mismo describe. En el trabajo se ha empleado una metodología de carácter cualitativo y el diseño de investigación se elaboró como descriptivo. Alrededor de la obra de Emmanuel se ha construido un dialogo donde distintas perspectivas teóricas sobre el fenómeno del desarrollo han sido puestas en tensión. Del análisis resulta comprobada la hipótesis de que la crítica planteada por Emmanuel en sus trabajos ha sido limitada en su alcance por haberse subordinado al orden discursivo del desarrollo que, desde mediados del siglo pasado, ha participado en la construcción del subdesarrollo como realidad concreta. Emmanuel, en lugar de contrastar este régimen discursivo, lo ha incorporado a su propia obra, participando activamente en la difusión y reproducción del mismo. Asimismo, se ha intentado demostrar que la crítica al desarrollo puede ir más allá de la obra de Emmanuel que fue considerada, en su momento, como unas de las críticas más contundentes contra las teorías clásicas del desarrollo. En este trabajo se ha intentado superar el reduccionismo económico que caracteriza a la teoría de Emmanuel, para así poner en relieve el papel clave que juegan los elementos discursivos e ideológicos a la hora de construir la realidad social y, por lo tanto, el fenómeno del subdesarrollo que Emmanuel se propuso investigar. A fin de desarrollar una perspectiva crítica propia, se ha intentado combinar las distintas teorías del desarrollo analizadas en el marco de este trabajo. Por ende, se ha investigado la relación sutil que se da entre materia y discurso, para llegar a la conclusión de que los dos componentes cooperan constantemente en la construcción de la realidad social constituyéndose en una unidad indiscernible. Estas conclusiones preliminares sólo podrán plantearse, de manera definitiva, al cabo de investigaciones futuras. En todo caso, se considera que clarificar esta relación compleja permitiría construir una mirada más abarcadora sobre el fenómeno del subdesarrollo abriendo nuevas posibilidades tanto teóricas como prácticas.

**Palabras claves:**

Emmanuel, Intercambio Desigual, Posdesarrollo, Desarrollo Desigual.

**Summary**

This thesis comprises a critical reading of A. Emmanuel's work and of his concept of unequal exchange applied to Development Theory. The work has been inspired by recent contributions of post-development scholars whose work has emphasized the role of development discourse in the construction of the reality it represents. A qualitative methodology is employed combined with a descriptive research design. A debate among different theoretical perspectives on development is built around Emmanuel's work. The research proves the hypothesis that Emmanuel's critique has been limited due to its subordination to the discursive order of development. Instead of challenging this discursive regime, Emmanuel has conformed to it and participated in the effort of fostering its reproduction and diffusion. Besides, the thesis pursues the intent of demonstrating that critiques to development can go beyond Emmanuel's theory, even though, for decades, it has been considered one of the most radical contributions against mainstream Development Theory. With the purpose of highlighting the key role of discursive and ideological elements in the construction of social reality, this thesis attempts to overcome the economic reductionism that characterizes Emmanuel's work. Aiming at developing a personal critical perspective, different theoretical perspectives on development have been combined and applied. Therefore, the intricate relation between matter and discourse has been investigated, leading to the conclusion that the two elements constantly cooperate in the construction of social reality. Such preliminary conclusions may only be confirmed by further investigation. Clarifying this complex relation would allow the achievement of a broader view on underdevelopment, thus, opening new theoretical and practical possibilities.

**Keywords:**

Emmanuel, Unequal Exchange, Postdevelopment, Uneven Development.

# Índice general

**Introducción: tema a estudiar, objetivos, relevancia, hipótesis, metodología aplicada ..... 6**

**1 Capítulo 1 Teorías de la dependencia y del subdesarrollo ..... 14**

*1.1 La Teoría Clásica de la Modernización ..... 15*

*1.2 Argumentos críticos enfocados en la dimensión internacional ..... 18*

*1.3 La crisis de las teorías clásicas del imperialismo ..... 20*

*1.4 Teoría(s) marxista(s) de la Dependencia ..... 25*

*1.5 El Sistema-Mundo ..... 34*

*1.6 Intercambio Desigual y Marxismo ..... 43*

**2 Capítulo 2 El Intercambio Desigual como teoría del subdesarrollo: el modelo de Emmanuel ..... 45**

*2.1 Una teoría objetiva del valor ..... 45*

*2.2 La teoría del valor de Marx aplicada al comercio internacional ..... 47*

*2.3 El modelo de Emmanuel ..... 53*

2.3.1 Los supuestos del modelo de Emmanuel ..... 54

2.3.2 La igualación de las tasas de ganancia y el intercambio desigual ..... 55

2.3.3 Los salarios como "variable independiente" ..... 59

**3 Capítulo 3 Críticas al modelo de Emmanuel ..... 62**

*3.1 ¿Un modelo neoclásico disfrazado de marxismo? ..... 62*

3.1.1 ¿Ventajas comparativas o ventajas absolutas? ..... 66

*3.2 El Intercambio Desigual como teoría del subdesarrollo ..... 69*

3.2.1 Hombre desarrollado vs. hombre subdesarrollado ..... 70

3.2.2 ¿Quién explota a quién? ..... 72

*3.3 Desarrollos desiguales ..... 73*

**4 Capítulo 4 El desarrollo como "discurso": una crítica posdesarrollista ..... 79**

*4.1 El Discurso: poder y saber ..... 79*

*4.2 La "era del desarrollo": la institucionalización del discurso ..... 85*

*4.3 Críticas al posdesarrollo ..... 89*

*4.4 Un "materialismo discursivo" ..... 91*

*4.5 El empleo de las dicotomías: ¿un modus operandi? ..... 99*

*4.6 El problema de la dependencia intelectual: una crítica material-discursiva de la obra de Emmanuel ..... 100*

**Conclusiones ..... 107**

**Bibliografía ..... 112**

# Introducción: tema a estudiar, objetivos, relevancia, hipótesis, metodología aplicada

El desarrollo es un fenómeno multidimensional que se caracteriza por su abrumadora complejidad. Lejos de ser un fenómeno meramente económico, sus causas y consecuencias se extienden a casi todos los campos del conocimiento científico, incluyendo campos del saber que aparentemente no tendrían conexión alguna.

Innumerables han sido los esfuerzos que se han hecho en el campo de las ciencias sociales para describir este fenómeno. El intento de este trabajo es el de concentrarse en los aportes más críticos, es decir, los que han tratado de desenmascarar los desequilibrios de poder y las desigualdades que se esconden detrás del fenómeno y del concepto del desarrollo. El enfoque de este trabajo tiende a concentrarse en los lazos que conectan a los países en un mundo cada vez más integrado. Por ende, se considera la realidad local y regional como inexorablemente influenciada por las relaciones de fuerzas que se dan a un nivel internacional.

En la investigación se adoptará la perspectiva de los autores posdesarrollistas que, junto a otros aportes críticos, constituirán el abordaje teórico-metodológico a adoptar para la crítica de la obra del economista A. Emmanuel. Entre los distintos aportes críticos dentro del debate sobre el desarrollo, los autores del posdesarrollo se han caracterizado por un rechazo radical del mismo concepto. Mientras otras críticas han llevado a una reformulación del concepto del desarrollo, los autores posdesarrollistas han argumentado por un abandono total del mismo y por la búsqueda de alternativas (Escobar, 1992, 2005, 2012; Esteva, 2010; Sachs, 2015). Un rechazo tan radical es debido al hecho de que los mismos autores consideran que el poder subyace en el uso del concepto, es decir, que no hay manera de eludir las relaciones de fuerza sin rechazar el marco intelectual que rodea esta misma idea, sobre todo, para aquellos países que se encuentran en una condición subalterna en el tablero global.

Los autores posdesarrollistas analizados en este trabajo critican al desarrollo por ser un "discurso", es decir, por ser una realidad discursiva y práctica que ha participado en la construcción del subdesarrollo como realidad concreta. A través del auxilio del concepto de discurso se puede apreciar la relación sutil que se constituye entre el saber y el poder. Los

autores del posdesarrollo emplean dicho concepto para poner énfasis en el papel que juega la producción y la institucionalización del saber, bajo forma de conocimiento, a la hora de construir la realidad que este mismo conocimiento describe.

Esta es la perspectiva desde la cual se planteará la crítica a la obra de Emmanuel. Se ha decidido concentrarse en la obra de este mismo autor ya que, con su modelo económico del intercambio desigual, propuso una teoría que se extiende de manera casi automática a la teoría del desarrollo. Lo que se plantea investigar, por ende, no es tanto el modelo económico en sí, aunque será necesario estudiarlo en pos de comprender sus argumentos en relación con el fenómeno del subdesarrollo. El objetivo es el de enfocar el análisis en como el autor utiliza la herramienta económica para construir su teoría del subdesarrollo y como concibe este mismo fenómeno. Cabe remarcar que, aunque este trabajo se basa en una crítica del desarrollo como "discurso", el trabajo no consiste en un análisis discursivo. Lo que se quiere investigar es cómo Emmanuel concibe el fenómeno del desarrollo en términos teóricos y cómo la idea está concretamente insertada en sus teorizaciones.

Por lo tanto, el presente trabajo de tesis tiene como objetivo principal llevar a cabo una crítica de la obra de Emmanuel en su propuesta del intercambio desigual como teoría del subdesarrollo. Esta relectura de su obra se realizará, principalmente, desde la perspectiva del posdesarrollo, aunque se emplearán otros argumentos críticos analizados a lo largo del trabajo que desembocarán en una propuesta teórica llamada "materialismo discursivo".

El objetivo general de la tesis comprende, a su vez, tres objetivos específicos a alcanzar. El primero consiste en una revisión de los principales aportes teóricos que constituyen al debate sobre desarrollo y subdesarrollo dentro del cual la obra de Emmanuel se inscribe. Esta revisión es crucial a la hora de entender profundamente los argumentos propuestos por el autor. Al mismo tiempo, dichas contribuciones brindarán herramientas útiles en pos de afinar la perspectiva crítica que se adoptará para la relectura de la obra de Emmanuel.

Un segundo objetivo concierne al estudio detallado de la obra de Emmanuel, enfocado en su teoría del intercambio desigual y en su manera de concebir el subdesarrollo como una realidad resultante de este mismo fenómeno. Junto con la obra de Emmanuel, se analizan los principales argumentos propuestos por los demás autores que han participado en el debate sobre el intercambio desigual, debate que ha sido inaugurado dentro del marxismo por el mismo Emmanuel. Se considerarán los argumentos y contribuciones que se han desarrollado desde la publicación de la obra de Emmanuel *El intercambio desigual*, en

1969, hasta finales de los ochenta. Este es el arco histórico dentro del cual el debate sobre el intercambio desigual en el marxismo ha tenido más relevancia.

Un último objetivo consiste en la introducción de los conceptos teórico-metodológicos que se aplicarán para la crítica material-discursiva de la obra de Emmanuel, en particular, los argumentos de la teoría del posdesarrollo, la obra de Said y la posición teórica del "materialismo discursivo" propuesta como enfoque híbrido para este trabajo. Esta perspectiva se aplicará para una crítica personal a la obra de Emmanuel. Es necesario remarcar que este objetivo se entrecruza con los anteriores ya que en la perspectiva teórica a adoptar para la crítica de Emmanuel convergerán otros argumentos extraídos de la revisión de los debates sobre subdesarrollo y desarrollo.

La tesis consiste en una investigación teórica donde se busca estructurar una mirada propia sobre la teoría de Emmanuel y, más en general, sobre los fenómenos del desarrollo y del subdesarrollo que el mismo Emmanuel se propuso estudiar. El trabajo se concentrará en un análisis de distintas propuestas teóricas sobre el fenómeno que serán puestas en relación y tensión con los argumentos de Emmanuel. Asimismo, la perspectiva teórica a adoptar para la crítica a la obra de Emmanuel se irá construyendo en sincronía con el desarrollo del trabajo. En la última parte del escrito, es decir, en la crítica material-discursiva de la obra de Emmanuel, debería quedar consolidada una perspectiva crítica y una contribución propia del autor de este trabajo.

Lo que se quiere investigar es si el modelo de Emmanuel se mueve efectivamente dentro de un espacio discursivo consolidado –como afirman los teóricos del posdesarrollo– subordinándose de manera acrítica a una representación particular de la realidad. O, por el contrario, si las conclusiones del modelo de Emmanuel están fundadas en un análisis coherente de la realidad económica que prescinde de la influencia ideológica que pudiera haber recibido con respecto a la visión hegemónica del desarrollo imperante en su momento. La hipótesis de este trabajo es que efectivamente Emmanuel, con su obra, se alinea con el discurso del desarrollo y reproduce claramente sus categorías y supuestos. Además, se formula la hipótesis de que esta eventual subordinación ideológica ha limitado el alcance de la crítica de Emmanuel. Con su obra, en vez de contrastar la visión hegemónica del desarrollo, Emmanuel habría participado en el esfuerzo de reproducción y difusión de la misma.

Se ha elegido la obra de Emmanuel porque se caracteriza por ser una teoría del desarrollo/subdesarrollo que ha tenido una gran relevancia en su momento histórico y que

sigue siendo citada hoy en día como uno de los argumentos más contundentes en contra de la visión *mainstream* del desarrollo. Cabe remarcar que el alcance de la crítica de Emmanuel no abarca sólo a las teorías clásicas del desarrollo, sino que también alcanza a las teorías neoclásicas del comercio y a las formulaciones más tradicionales del marxismo como las teorías clásicas del imperialismo. Lo que se quiere demostrar es que, a pesar de estas discontinuidades tan relevantes en la obra de Emmanuel –que han hecho de su contribución casi un clásico fuera del *mainstream*– en última instancia el autor no se ha alejado de la problematización propia del discurso del desarrollo subordinándose a este mismo orden discursivo.

Estudiar la obra de Emmanuel bajo esta perspectiva crítica, por lo tanto, es relevante para demostrar que existe la posibilidad de extender el alcance de la crítica más allá de la obra de este autor. De este modo se debería poder demostrar cómo aun las formulaciones más críticas de la segunda posguerra no han podido imaginar una alternativa ni teórica ni práctica al desarrollo. Alrededor del desarrollo se ha construido un consenso básicamente generalizado, que no ha permitido en ningún momento poner en cuestión su régimen de verdad. Esto es particularmente cierto para la teoría económica, donde el desarrollo –a menudo entendido simplemente en términos de un crecimiento cuantitativo de la economía– ha sido puesto en un lugar central en toda discusión sin verdaderamente discutirse más allá de los limites puestos por el discurso.

Esta realidad sigue vigente hoy en día. Si bien los autores del posdesarrollo vislumbraron en los comienzos de los noventa una "era del posdesarrollo", es decir, una "era en la que el desarrollo ya no sería el principio organizador central de la vida social" (Escobar, 2005, p. 19), esta era parece no haber llegado todavía. Aún después de casi tres décadas de las primeras propuestas del posdesarrollo, el desarrollo sigue jugando un papel central en la organización de la mayoría de las sociedades del "primer" y "tercer" mundo. Por esta razón, se considera relevante continuar en el proyecto de deconstrucción del discurso del desarrollo inaugurado por los autores del posdesarrollo. Asimismo, se considera particularmente importante llevar esta discusión dentro del campo económico que es la fortaleza donde el desarrollo como discurso encuentra mayor protección y se reproduce permanentemente. De hecho, Acosta & Cajas-Guijarro (2020) consideran que la propuesta del posdesarrollo constituye una contribución también para la teoría de la Economía Política Internacional ya que pone en discusión un concepto tan central para las teorizaciones económicas como el desarrollo.

Si se considera además el objeto de este estudio, se trata de una revisión crítica de aquellos argumentos y teorías del desarrollo/subdesarrollo que más han enfatizado y estudiado la dimensión internacional, es decir, las relaciones económicas internacionales, como elemento primordial a la hora de determinar el potencial de desarrollo de los distintos países. De hecho, algunos de los autores analizados en el marco del presente trabajo han atribuido a la dimensión internacional o sistémica una prioridad lógica con respecto a la dimensión interna, marcando una fuerte discontinuidad con las teorías clásicas del desarrollo.

Con el presente trabajo se quiso intentar construir un abordaje que permitiese pensar al fenómeno del desarrollo bajo distintas perspectivas teóricas. Según la postura del trabajo, plantear una mirada centrada en una única perspectiva teórica no alcanza para entender un fenómeno tan complejo como el desarrollo o el subdesarrollo. En particular, se quiso tomar una posición crítica frente a teorías que se han arrogado el derecho de reducir el desarrollo a una cuestión meramente económica, ocultando otras dimensiones del fenómeno que son igualmente relevantes. El objeto de la crítica, más allá de la obra de Emmanuel, es el reduccionismo económico que por mucho tiempo ha imperado en los debates sobre desarrollo y subdesarrollo.

Con este trabajo se intenta tejer vínculos entre distintas perspectivas críticas sobre el fenómeno del desarrollo. Por lo tanto, la investigación tiene que entenderse como un primer intento de desarrollar un abordaje teórico que combine distintas perspectivas críticas que a menudo se han considerado inconciliables. En el marco de este trabajo se encontrarán operando distintas perspectivas teóricas y críticas como la teoría del discurso –encarnado en la teoría del posdesarrollo– y el marxismo, encarnado en una multitud de teorías sobre el subdesarrollo, la ideología y el imperialismo. Bajo la perspectiva aquí planteada, se considera que construir un abordaje que complemente distintos elementos de estas teorías es una tarea factible. Sólo requiere un gran esfuerzo teórico que no se agotará en esta primera contribución.

En cuanto al por qué dar esta discusión dentro de las relaciones económicas internacionales, y al por qué he decidido especializarme en este campo de estudio particular, tiene que ver con la centralidad de la economía en la coyuntura actual. El lenguaje de la economía ha tomado una relevancia central en toda discusión sobre las relaciones internacionales, hasta llegar a ser básicamente imprescindible para entender la condición de cualquier país. He decidido dedicarme al estudio de las relaciones económicas

internacionales para comprender a fondo los lazos económicos que vinculan los distintos países del mundo y, sobre todo, para entender el impacto que las variables económicas tienen sobre la condición política y social de estos mismos. Asimismo, he decidido estudiar la disciplina en otro hemisferio del mundo para poder mirar los fenómenos desde una perspectiva distinta y novedosa.

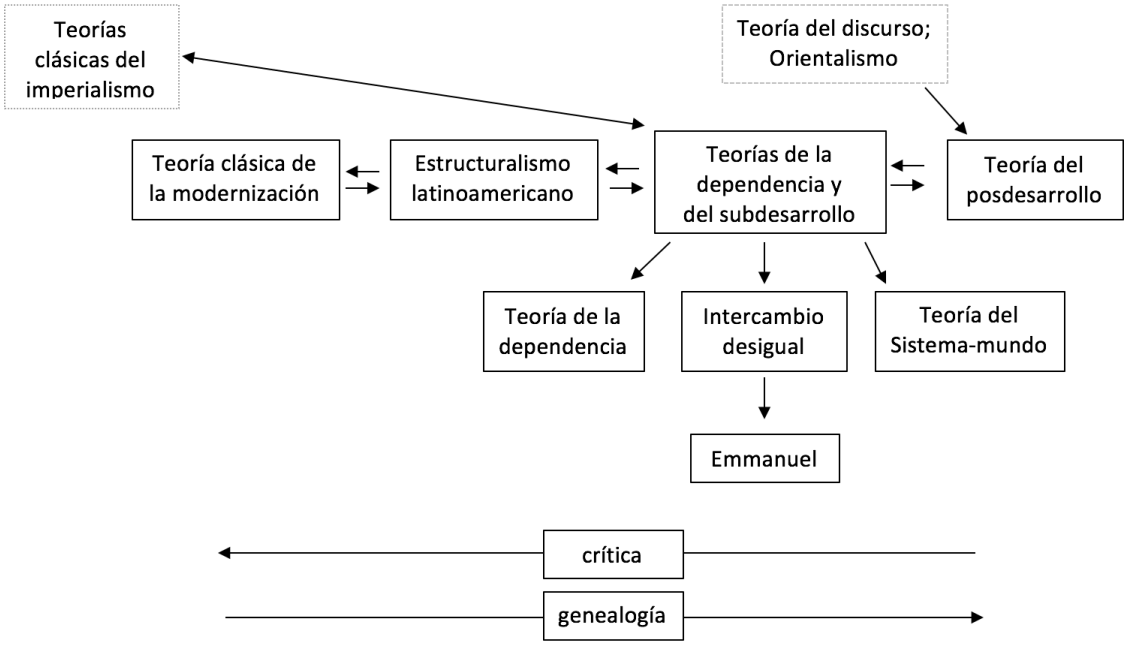
Sin embargo, desde el comienzo, he tratado de no dejar atrás las herramientas críticas adquiridas durante los estudios de grado en *Desarrollo y Cooperación Internacional*. Durante estos estudios he podido abordar el fenómeno del desarrollo internacional desde una perspectiva multidisciplinar, estudiándolo desde diferentes disciplinas como la sociología, la historia, la demografía, la ciencia política y finalmente la economía. Este primer encuentro con la universidad ha dejado en claro la idea de que para abordar cualquier fenómeno social concreto es necesario combinar distintas miradas. Mirar desde un único ángulo implica necesariamente reducir el fenómeno a una visión parcial e incompleta.

Por lo tanto, si bien la crítica se plantea desde una perspectiva relativamente externa a la economía –es decir una crítica posdesarrollista– la discusión, en última instancia, se da dentro del terreno de la teoría económica que ha jugado un papel crucial durante toda la segunda posguerra en la formulación de teorías sobre el desarrollo y el subdesarrollo. Se considera que esta crítica puede tener un potencial constructivo para impulsar nuevos debates dentro de la disciplina económica mientras se generan puentes para la estructuración de un diálogo multidisciplinar. El enemigo a vencer es el reduccionismo económico. Si bien se reconoce que la económica ha sido quizás la mirada más importante sobre el desarrollo y el subdesarrollo hasta el día de hoy, se hace hincapié una vez más en la necesidad de incluir otras miradas. El trabajo se enmarca en este esfuerzo de crear un terreno fértil para la multidisciplinariedad.

Para llevar a cabo esta investigación, la metodología utilizada es de carácter cualitativo y el diseño de investigación se elaboró como descriptivo. En este sentido, se ha relatado las proposiciones teóricas analizadas en base a la compleja producción bibliográfica existente. Esta numerosa literatura ha permitido, en ocasiones, plantear correlaciones entre conceptos críticos. Sin embargo, no se ha buscado correlación o explicación causal alguna. La investigación es de carácter diacrónico en tanto la historia del desarrollo y sus consecuentes exponentes y críticos, centralmente Emmanuel, ha tenido lugar desde la segunda posguerra hasta el presente.

En lo que concierne a la estructura del trabajo, se ha decido respetar la genealogía de los argumentos para así dar cuenta de la genealogía propia del concepto del desarrollo y sobre todo de las perspectivas críticas que se han constituido a su alrededor. Aquí se propone un esquema (Esquema 1) donde se puede visualizar la genealogía de las distintas teorías analizadas en el marco de este trabajo, y el lugar donde se encuentra ubicada la obra de Emmanuel. Desde izquierda hacia derecha se presenta la genealogía de los argumentos mientras desde derecha hacia izquierda el posicionamiento crítico frente a las teorías anteriores. Cabe remarcar que la perspectiva teórica desde la cual se crítica a la teoría de Emmanuel es la más reciente y, por lo tanto, se desarrolla en la parte final del escrito.

**Esquema 1.** *Genealogía de los argumentos y críticas*




Elaboración propia. *En línea de puntos las teorías que no pertenecen al debate sobre desarrollo de manera directa.*

En términos de organización del trabajo, se comienza en el primer capítulo con la presentación de los principales argumentos de la teoría económica sobre el desarrollo y el subdesarrollo enfocados en la dimensión internacional. Se introducen brevemente los argumentos clásicos de la teoría del desarrollo y del imperialismo, para luego inmediatamente pasar a los aportes críticos de *las teorías de la dependencia y del subdesarrollo*, dentro de los cuales se inserta el intercambio desigual y la obra de Emmanuel. Como se verá, se trata de argumentos que enfatizan el papel de las relaciones económicas internacionales como determinante de la condición de desarrollo y subdesarrollo de los

distintos países. Estas contribuciones deberían aportar un mejor entendimiento del contexto cultural y político desde el cual Emmanuel desarrolla su aporte teórico.

En el segundo capítulo se comienza introduciendo brevemente la herramienta teórica marxista necesaria para la lectura de la obra de Emmanuel. En particular, la teoría del valor de Marx que Emmanuel aplica para el desarrollo de su modelo del intercambio desigual. Una vez aclarados estos conceptos básicos, se avanzará con el estudio de la propuesta de Emmanuel, en particular, de su modelo económico y de los desarrollos teóricos que el autor construye alrededor del concepto del intercambio desigual.

En el tercer capítulo se introducen los principales aportes de los demás autores marxistas del intercambio desigual. En particular, se desarrollan las críticas que estos autores presentan en contra de la obra de Emmanuel y, en ciertos casos, sus propuestas por una nueva teoría del intercambio desigual. Estas contribuciones se complementarán con una revisión de los argumentos de Emmanuel, esta vez enfocada en su manera de concebir y teorizar el concepto del desarrollo y la relación entre los países subdesarrollados y desarrollados.

En el cuarto y último capítulo se presenta la posición teórica del posdesarrollo. Se introduce el concepto del "discurso" y, en particular, el uso que hace del mismo Said en su propia obra. Una vez introducido el concepto y este antecedente crucial, se avanza con el estudio de la propuesta teórica del posdesarrollo que aplica el concepto de discurso para estructurar su propia crítica al desarrollo. Finalmente, se propone un enfoque hibrido entre las distintas perspectivas llamado "materialismo discursivo" y se utilizan las herramientas críticas asimiladas a lo largo del trabajo para desarrollar un aporte crítico personal con respecto a la obra de Emmanuel.

# Capítulo 1

# Teorías de la dependencia y del subdesarrollo

En este primer capítulo se analizan las principales teorías críticas que se han desarrollado desde mediados de los sesenta como reacción a los planteos de la teoría *mainstream* del desarrollo. Dentro del trabajo se hará referencia a este conjunto de aportes con el nombre de *teorías de la dependencia y del subdesarrollo* (TDS de ahora en adelante), categoría inspirada por la obra de Leys (1996). Es importante especificar ya desde el comienzo que la obra de Emmanuel –que es el principal autor analizado en el marco del presente trabajo– participa de este conjunto de teorías. Como se verá, si bien se trata de teorías distintas entre sí, comparten algunos sesgos fundamentales que permiten pensarlas como un conjunto de teorizaciones sobre el subdesarrollo que se desplegaron desde mediados de los sesenta.

El capítulo comienza con una breve introducción de los conceptos fundamentales de la teoría clásica de la modernización, es decir, la visión hegemónica del desarrollo que en aquel entonces las TDS disputaron. Además, se revisan los argumentos principales de la teoría de Prebisch y del Estructuralismo latinoamericano. Este es un antecedente importante tanto de teorización sobre el subdesarrollo, como también sobre el fenómeno del intercambio desigual que el mismo Emmanuel desarrollará posteriormente con el auxilio de la herramienta teórica marxista. Finalmente, considerado que la mayoría de los autores de las TDS aquí analizados pertenecen, en mayor o menor medida, a la teoría marxista, se analizan los puntos centrales de conflicto con las visiones más tradiciones del marxismo encarnadas en aquel entonces en las teorías clásicas del imperialismo.

Una vez asimilados los conceptos claves de las teorías contra las cuales los autores de las TDS elaboran su propia crítica, se avanza con el análisis de los principales argumentos de las TDS. Estas teorías se distinguen por enfatizar la dimensión internacional como factor primordial en la determinación de la condición de desarrollo/subdesarrollo de los países. Cabe aclarar que, bajo este simple argumento, se ha desprendido una producción intelectual abrumadora y que no alcanzaría un trabajo para revisar todos los argumentos. La idea es simplemente la de dejar en claro cuales son los argumentos principales, para comprender el momento intelectual y cultural dentro del cual Emmanuel desarrollará su propio aporte teórico. Además, cabe esperar que, de la revisión de las propuestas teóricas de los principales

autores que participan en este debate, se podrán asimilar argumentos para utilizar en la lectura crítica de la obra de Emmanuel. Siendo la obra del autor circunscripta –por lo menos según su intento– en la teoría marxista, se dará prioridad a argumentos desarrollados dentro de este mismo marco teórico.

## 1.1 La Teoría Clásica de la Modernización

La teoría clásica de la Modernización (TCdM de ahora en adelante) es un conjunto de teorías que se desarrolló luego de la Segunda Guerra Mundial. Este conjunto heterogéneo de teorías se ocupó del estudio de la transición hacia la modernidad, un fenómeno complejo que había ocurrido en los países más avanzados desde la primera revolución industrial. La modernización, por lo tanto, se constituía como "un proceso a través del cual una sociedad adquiría las características económicas, políticas, sociales y culturales propias de la modernidad" (Martinelli, 2010, p. VIII, traducción propia). Las TCdM tenían como principal objetivo detectar las características fundamentales de este proceso de transición.

El centro geográfico de producción de las TCdM fue inicialmente ubicado en los Estados Unidos, donde sociólogos, politólogos, psicólogos, antropólogos y economistas se dedicaron al estudio de la modernidad, entendida básicamente como el modo de vida de las sociedades occidentales industrializadas. Como fue observado por Leys (1996), las TCdM se dedicaron al estudio de las mejores estrategias a adoptar en las sociedades atrasadas –en muchos casos excolonias– en pos de alcanzar las mismas condiciones de las sociedades modernas. De acuerdo con Leys, desde la perspectiva económica, la TCdM tenía como objetivo principal encontrar recetas para impulsar al crecimiento económico. El actor clave para la planificación del desarrollo era el Estado nacional mientras el instrumento a adoptar era la política macroeconómica.

En la concepción de las TCdM, la condición de pobreza de un país se debía a condiciones endógenas, a límites propios e internos del Estado nacional y de su población que limitaban el potencial desarrollo autóctono. La TCdM tenía una visión sumamente optimista ya que consideraba que, una vez removidas dichas barreras, todas las distintas formaciones sociales tenían el mismo potencial de desarrollo según un esquema de etapas prestablecido (Martinelli, 2010; Leys, 1996; Santos, 2017). Dichas teorías se apoyaban en dos paradigmas fundamentales en auge en ese momento histórico: el evolucionismo y el estructural-funcionalismo. En la TCdM, el proceso de desarrollo se concebía, esencialmente, como un proceso de evolución secuencial y lineal (Moore, 2016).

Considerando la teoría económica de la modernización y dejando de lado las demás teorías de corte sociológico, el proceso de transición a la modernidad se desencadenaba una vez alcanzadas ciertas condiciones generales. El acceso al proceso virtuoso de transición no era, por ende, algo automático. El subdesarrollo se concebía como una situación estática, caracterizada por un ciclo de retroalimentación que perpetuaba la condición de atraso hasta que el país no lograba superar un cierto umbral, para después comenzar un proceso de despliegue. El *take off* era lo que le permitía a un país salir de la situación de pobreza en la que se encontraba atrapado para direccionarse irreversiblemente hacia la modernidad y la prosperidad económica (Leys, 1996).

La formulación más conocida de las TCdM, por lo menos en el ámbito económico, coincide con la obra de Walt Whitman Rostow. En su libro *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, publicado en 1960, el autor desarrolló un modelo de desarrollo constituido por cinco etapas. La lógica del modelo responde perfectamente al estilo de las TCdM, que se caracterizaban por elaborar tipos ideales y procesos secuenciales. En el modelo de Rostow, los tipos ideales coinciden con distintas etapas de un mismo proceso de desarrollo. Por ende, una sociedad arrancaba en un estadio tradicional (1). Una vez acumulados los recursos necesarios al desarrollo (2) se desencadenaba un proceso de despliegue (3). El crecimiento económico empujaba la economía hacia la madurez (4) para acabar en una economía caracterizada por un consumo masivo de bienes duraderos (5) (Martinelli, 2010).

Según Rostow, los países subdesarrollados quedaban atrapados en las primeras etapas de este proceso, con sociedades predominantemente rurales y una escasa propensión a la organización de la sociedad según criterios científicos. Esto imposibilitaba la acumulación de recursos y también el direccionamiento de los excedentes hacia actividades que contribuirían a impulsar el crecimiento económico. Faltaban instituciones de movilización del crédito como los bancos y también una élite consolidada capaz de movilizar los recursos hacia el progreso económico. La falta de formación de ahorro e inversión, junto con la escasa actividad económica, no producían la cantidad de capital necesaria para acceder a un ciclo de acumulación virtuoso y las economías subdesarrolladas, por tanto, no lograban despegar (Martinelli, 2010). El momento del *take off* se materializaba sólo donde tenía lugar un aumento sideral de las inversiones en proporción al producto interno bruto del país (Leys, 1996).

En el modelo de Rostow, el desarrollo se reducía a un proceso de crecimiento económico. Para solucionar el problema de la pobreza y del subdesarrollo era necesario un proceso de expansión económico, capaz de generar mayor riqueza y, por ende, mejores condiciones de vida para la población. Estas mejoras consistían sustancialmente en un aumento del consumo material, mientras otras dimensiones del bienestar humano se encuentran totalmente excluidas del cálculo. Acá ya es posible detectar dos falacias de la teorías clásica del desarrollo: una que consiste en el considerar un fenómeno complejo como el desarrollo simplemente en términos de crecimiento económico y, una segunda, que consiste en considerar que el desarrollo económico de por sí solo alcanzaría para solucionar la cuestión de la pobreza (Sachs, 1993).

Como ya se dijo anteriormente, en la teoría de Rostow, como en todas las demás TCdM, la construcción de los tipos ideales está basada fundamentalmente en la experiencia de desarrollo de los países avanzados. Implícitamente, se considera un proceso particular –el desarrollo industrial de los países occidentales– como un tipo ideal universal, aplicable en todo contexto a pesar de las enormes diferencias y de los condicionamientos sistémicos que pueden estar operando en ciertas regiones específicas del mundo en una determinada coyuntura (Santos, 2017). Esta visión de la modernidad como un proceso univoco y universal ha sido objeto de contundentes críticas.

Desde los años cincuenta se han desarrollado numerosas críticas hacia las TCdM y no alcanzaría un solo trabajo para analizarlas todas en detalle. Para resumir –en línea con el trabajo de Martinelli (2010)– se presentan los principales argumentos de crítica:

- las TCdM emplean dicotomías y conciben la separación entre las unidades de manera demasiado marcada, subestimando la diversidad inherente a todos los procesos;
- las TCdM conceptualizan el desarrollo como un modelo uniforme que se basa en el auxilio de categorías “universales”;
- las TCdM adoptan una perspectiva evolucionista que concibe el proceso de desarrollo como si no fuera reversible o sujeto a estancamientos;
- las TCdM ponen excesivo énfasis sobre las variables endógenas y subestiman las relaciones externas como elemento determinante del desarrollo.

En el presente trabajo se ha decidido enfocarse en el último argumento de crítica que enfatiza el papel jugado por la dimensión internacional. Desde este argumento crítico se han desprendido las TDS y la obra de Emmanuel. Sin embargo, antes de presentar los argumentos de las TDS es necesario introducir brevemente los antecedentes del

Estructuralismo latinoamericano y de la teoría clásica del imperialismo, que son aportes claves a la hora de entender los desarrollos teóricos que han tenido lugar posteriormente.

## 1.2 Argumentos críticos enfocados en la dimensión internacional

Durante la década de los sesenta se propagó un cierto descontento en los países subdesarrollados, sobre todo causado por el rotundo fracaso de muchas estrategias de desarrollo pensadas en el marco de la TCdM. Muchos países permanecían en una condición de subdesarrollo a pesar de las estrategias puestas en juego por los expertos en la materia. Santos (2017), a finales de los sesenta, sostuvo que "las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica completamente superada" y que "ninguna de esas condiciones históricamente especificas se puede repetir hoy en día" (p.129). Según el mismo autor, los países menos desarrollados estaban sujetos a un fenómeno llamado *dependencia*, y este era la principal causa que subyacía al fracaso de las estrategias de desarrollo adoptadas por las naciones dependientes. El autor se refería a la dependencia como a una "situación condicionante", es decir, una situación en la que la condición económica de ciertos países estaba condicionada por la dinámica de acumulación de otros (Bambirra, 2013; Santos, 2017).

Como ya se ha explicado, la unidad de análisis de la TCdM es el Estado nacional. Asimismo, la teoría acentúa las condiciones endógenas del desarrollo y tiende a ocultar los factores exógenos como posibles elementos condicionantes para el desarrollo de un país. Esta escasa consideración dada a las relaciones externas por parte de las TCdM refleja un cierto posicionamiento teórico liberal, que tiende a concebir la influencia externa como neutral o inclusive positiva si se asume la mirada clásica y neoclásica de un comercio de mutuo beneficio (Escobar, 2013; Martinelli, 2010).

Las TDS que se analizan en este capítulo, que se componen de tres teorías principales –el Intercambio Desigual, la Dependencia y el Sistema-Mundo– han propuesto argumentos críticos contundentes en contra de la TCdM y de su falta de consideración por las influencias externas. Bajo la perspectiva de las TDS las condiciones exógenas o, mejor dicho, las relaciones que los países instauran entre sí a nivel internacional, ejercen un papel primordial a la hora de determinar las posibilidades de desarrollo en cada país. La influencia puede ser negativa o positiva según como un país se ubica en el tablero internacional, es decir, según se encuentre en una posición central o periférica.

La producción académica que se dio alrededor de este argumento crítico, que ve a la TCdM subestimar la dimensión internacional, es abrumadora. En América Latina, ya desde finales de la década de los cuarenta, Prebisch desarrolló su tesis sobre el intercambio desigual basándose en la evidencia empírica de un deterioro secular de los términos de intercambio en detrimento de los países periféricos. El argumento de Prebisch desafiaba las teorías de corte liberal que consideraban al comercio como una relación de mutuo beneficio. Según dichos modelos de comercio –clásicos y neoclásicos– los distintos países, una vez habilitado el comercio, se veían beneficiados por un aumento en sus posibilidades de consumo dado por la mayor eficiencia en la distribución de las actividades productivas a nivel internacional. El comercio terminaba así aumentando la eficiencia productiva y creando un excedente que se repartía entre los distintos países según los términos de intercambio.

Teóricamente, bajo la mirada de dichas teorías, los términos de intercambio a priori no deberían tener ninguna tendencia, según la distinta coyuntura internacional, irán a beneficiar uno u otro país. Sin embargo, Prebisch pudo demostrar con su análisis empírico y teórico que la tendencia era un deterioro de los términos de intercambios que paulatinamente empobrecía a los países de la periferia. A partir de la obra pionera de Prebisch se originó el Estructuralismo latinoamericano, que adoptó una visión propia del desarrollo basada en una política comercial activa y proteccionista, combinada con una política industrial concentrada en la sustitución de importaciones (ISI). Según la postura estructuralista, el patrón de inserción de un país en el comercio no era neutro como sostenían los ortodoxos. Asimismo, un país debía adoptar políticas enfocadas en la industrialización para cambiar la estructura productiva del país y lograr exportar manufacturas (Rodríguez, 2006).

En su análisis, Prebisch, se concentró en los datos de los productos agrícolas frente a las manufacturas. Esto fue porque en ese entonces los datos sólo permitían un análisis con ese nivel de desagregación. Siendo los países periféricos principalmente exportadores de productos agrícolas y el centro de manufacturas, se adoptaron los precios de los bienes agrícolas y de las manufacturas como *proxies*. En las dos décadas sucesivas, pese a la relativa industrialización que algunos países periféricos habían logrado tener en América Latina, según la evidencia empírica, los mismos países seguían siendo afectados por un deterioro en los términos de intercambio, esta vez relativo a la exportación de manufacturas (Singer & Sakar, 2002).

El enfoque estructuralista comparte un cierto optimismo con la TCdM. Un país puede, previa adopción de las políticas correctas, lograr desarrollarse. La diferencia sustancial tiene que ver con el hecho de que el Estructuralismo tiene una mirada más crítica hacia el comercio, y postula la necesidad de un papel activo del estado para acompañar el desarrollo de la "industria infante", protegiéndola en sus primeras etapas de desarrollo frente a la competencia internacional (Rodríguez, 2006). El proteccionismo, de hecho, ha estado presente en básicamente todas las experiencias de desarrollo históricamente existentes. Chang (2014) ha demostrado con su investigación como los países que advocan actualmente por un desarrollo a través del libre mercado adoptaron políticas proteccionistas para proteger sus industrias en el momento de su desarrollo.

Ha sido útil introducir los argumentos principales del Estructuralismo latinoamericano para entender este primer antecedente de teorización sobre el intercambio desigual como también esta primera posición crítica contra la TCdM enfocada en la dimensión internacional. Como se ha podido ver, el Estructuralismo presenta un argumento contundente en contra del libre comercio, sin embargo, como se verá más adelante, adhiere a la misma lógica desarrollista de la TCdM y reproduce su problematización. A la luz de este aporte se puede ahora avanzar, en línea con el primer objetivo de este estudio, hacia el análisis de las TDS que se han desarrollado desde mediados de los sesenta. Antes de presentar los argumentos de las TDS, sin embargo, se hace necesario revisar las principales discontinuidades que se han dado con respecto las teorías clásicas del imperialismo que, hasta la venida de las TDS, habían sido los antecedentes de estudio de la dinámica de acumulación del capitalismo como fenómeno global más importantes dentro del marxismo.

## 1.3 La crisis de las teorías clásicas del imperialismo

Antes de analizar las TDS, es importante considerar la posición crítica que estas teorías asumen en contra de un otro conjunto de teorías que estaban vigentes en aquel entonces. Se está haciendo referencia a las teorías clásicas del imperialismo que, hasta los años sesenta, eran las teorías de referencia para el marxismo en lo que concierne las relaciones económicas a escala global. Estas teorías habían sido desarrolladas prevalentemente en las primeras dos décadas del siglo XX por autores como Vladimir Lenin y Rosa Luxemburgo. Con la aparición de las primeras TDS se da un quiebre importante en la manera de concebir el fenómeno del imperialismo y, más en general, la dinámica global del modo de producción capitalista.

Para entender el posicionamiento crítico de las TDS es necesario entender algunos conceptos centrales de las teorías clásica del imperialismo. Bajo estas teorías, al comienzo del siglo XX, el imperialismo empezó a verse de una manera muy distinta con respecto a los tiempos de Marx. En general, se empezó a pensar que el capitalismo había ingresado en una etapa monopolista, es decir, una etapa sucesiva y superior con respecto a la anterior del capitalismo caracterizado por la libre competencia. Esta nueva etapa del imperialismo había surgido como consecuencia directa y necesaria de las contradicciones propias del capitalismo como modo de producción.

La obra de referencia de este momento de consolidación de la visión clásica del imperialismo es la obra de Lenin *Imperialismo: fase suprema del capitalismo,* publicada en 1916 y apoyada en trabajos previos de Hilferding. En esta misma publicación Lenin sostuvo que el capitalismo había ingresado en su etapa superior, la etapa monopolista, posibilitada por la alianza entre el capital financiero y las grandes firmas que, conjuntamente, dominaban la economía internacional. Estas firmas concentradas competían a nivel internacional para apropiarse de los mercados y así los Estados imperialistas que estaban subordinados a sus intereses (Foster, 2006).

Según la definición dada por Lenin (1916), el imperialismo se podía entender como "la fase monopolista del capitalismo" que, según su misma interpretación, contaba con las siguientes características fundamentales:

- la concentración de capital había alcanzado un nivel tan elevado que se habían creado monopolios capaces de influir de manera determinante sobre los mercados internacionales;
- había tenido lugar una fusión del capital industrial con el capital bancario y así se había formado un "capital financiero" representado por una "oligarquía financiera";
- las exportaciones de capital hacia las colonias habían tomado una relevancia inédita;
- se habían venido a crear grandes monopolios capitalistas internacionales que se repartían económicamente el mundo;
- las grandes potencias habían empezado y llevado a cabo un proceso de repartición territorial del mundo entero.

En virtud de estos cambios que habían acontecido, el sistema capitalista se había transformado en "un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países adelantados" decía Lenin (citado en Santos, 1973, p. 22). Asimismo, la feroz competencia para la apropiación

de los mercados conducía a un endurecimiento de las relaciones entre estos mismos países. A la luz de la obra de Lenin, el primer conflicto mundial era un ejemplo claro e inequívoco de las consecuencias últimas de esta feroz competencia inter-imperialista.

Otra cuestión importante de la teoría clásica del imperialismo era que el capitalismo monopolista fomentaba inevitablemente la creación de excedentes de capital que no se podían reinvertir dentro de los países imperialistas sin que esto llevara a una caída de la tasa de ganancia. Los capitales se exportaban a las colonias que, en virtud de la escasez de capital y de los menores costos de producción, podían garantizar mayores retornos para las inversiones (Santos, 1973). Asimismo, la contradicción era que el imperialismo terminaba fomentando el desarrollo de las colonias. Como fue sugerido por el mismo Lenin: "la exportación de capitales afecta y acelera considerablemente el desarrollo del capitalismo en aquellos países donde se exportan" (Brewer, 1990, p. 120, traducción propia). El resultado teórico, por ende, era un "desarrollo desigual" del capitalismo que fomentaba la convergencia entre las zonas más atrasadas y las más avanzadas del mundo (Arrighi, 1983).

Las potencias imperialistas, por lo tanto, se enfrentaban con problemas de acumulación debido a la imposibilidad de reinvertir las ganancias sin generar presiones hacia la sobreacumulación[1]. Luxemburgo, con su obra, sugirió que la expansión geográfica del capitalismo a través de políticas coloniales e imperialistas era una herramienta para paliar estas tendencias del capital a generar crisis en los países imperialistas. La misma autora enfatizaba el papel de los modos de producción no capitalistas que, tras su incorporación el sistema imperialista, permitían tanto expandir la demanda de mercancías como proveer recursos y trabajo a bajo costo para emplear en la producción. Luxemburgo argumentaba que en paralelo a la acumulación dada por la extracción de plusvalía relativa en los países más avanzados coexistía una acumulación basada en la desposesión que tenía lugar en los márgenes del sistema (Brewer, 1990; Harvey, 2018). Esta "acumulación primitiva", lejos de haber sido simplemente una etapa originaria del capital –como suponía Marx– jugaba todavía un papel imprescindible a la hora de estabilizar el ciclo de acumulación de los países imperialistas.

Como se verá, existe un gran debate sobre la noción de "desarrollo desigual" y sobre la manera en la que se pensaba que la expansión geográfica del capital debería impactar en

[1] La sobreacumulación es la manifestación de la crisis del capital como la concibe Marx (1867/1991) en el tomo III del capital. El fenómeno tiene lugar cuando el capital no crea una demanda efectiva suficiente para que se puedan realizar las mercancías en el mercado a través del consumo y, por lo tanto, para que el capital invertido pueda realizar por lo menos el promedio de la tasa de ganancia.

las zonas subordinadas del sistema capitalista. En las posturas clásicas del imperialismo prevalece la idea del capitalismo como fuerza progresiva, que se irradia desde los países más avanzados incorporando progresivamente las zonas más remotas del mundo. La idea es que una vez exportadas las relaciones capitalistas de producción se impulsa un desarrollo autóctono de las fuerzas productivas. Asimismo, este desarrollo debería arrastrar estas zonas afuera de la condición "primitiva" en la que se encuentran (Harvey, 2006). Bajo esta mirada, por ende, el capitalismo tiene un carácter "progresivo" y dinámico (Brewer, 1990). Como se verá en las próximas secciones, la mayoría de los autores de las TDS propusieron una idea muy distinta o diametralmente opuesta a este planteo del "desarrollo desigual" propio de los clásicos del imperialismo.

De todas maneras, después de la Segunda Guerra Mundial, las teorías clásicas del imperialismo se enfrentaron con una realidad cada vez más inconsistente con sus predicciones. Borón (2006, 2008) sugiere que hay tres razones principales que han llevado al cuestionamiento y a la "crisis" de las posiciones clásicas del imperialismo durante la segunda posguerra:

- dichas teorías asumían que la expansión imperialista era una consecuencia de la crisis de acumulación de los países centrales, sin embargo, este supuesto no se estaba cumpliendo más. Los países centrales crecían internamente a tasas sin antecedentes en la historia del capitalismo y esto no implicaba un cese del imperialismo. En realidad, todo lo contrario: se inauguraba una nueva etapa de expansión del imperialismo bajo la hegemonía de EE. UU., con nuevos instrumentos e instituciones;
- dichas teorías suponían que había una rivalidad entre las grandes potencias que hubiera necesariamente implicado nuevos conflictos armados. Sin embargo, la segunda posguerra inauguró una etapa de cooperación multilateral entre los principales países imperialistas bajo un marco institucional liderado por los EE. UU.;
- dichas teorías asumían la existencia de relaciones entre zonas capitalistas y zonas no capitalistas y que estas mismas jugaban un papel crucial a la hora de estabilizar del ciclo de acumulación de los países imperialistas. Sin embargo, el imperialismo había logrado expandirse incorporando virtualmente cualquier rincón del mundo y esto no limitaba su actividad. La evidencia empírica sugería que la desaparición de las zonas no capitalistas no implicaba ni el fin ni la crisis del imperialismo.

Por lo tanto, las posturas clásicas del imperialismo se veían desafiadas por la realidad coyuntural que caracterizaba el capitalismo en esa nueva etapa de expansión. Los nuevos escenarios requerían nuevas formulaciones para dar cuenta de los cambios que había ocurrido desde el comienzo del siglo XX.

Una última cuestión es crucial para entender los aportes críticos de las TDS que se analizarán en las secciones a venir. Crecientemente, desde la segunda mitad del siglo XX, las teorías clásicas del imperialismo han sido impugnadas por su carácter eurocéntrico. Esto se dio no sólo porque los autores y autoras del imperialismo hablaban desde el centro del sistema capitalista –o desde los márgenes del centro como es el caso de Lenin –, sino también porque las mismas teorías clásicas del imperialismo postulaban que la dinámica de expansión del sistema dependía casi solamente de la dinámica de acumulación de los países centrales. Desde este núcleo, se suponía que el capitalismo se expandiera paulatinamente englobando otra áreas del mundo e impulsando allí un desarrollo capitalista (Brewer, 1990).

Los autores y autoras de las TDS empezaron a cuestionar este supuesto, es decir, empezaron a cuestionar la teoría clásica del imperialismo por no comprender la polarización entre subdesarrollo y desarrollo. Esta crítica se resume perfectamente en el trabajo de Hinkelammert (1970) donde el autor sostuvo que la dinámica "progresiva" del capitalismo había dejado de funcionar debido a la polarización del sistema entre zonas desarrolladas y subdesarrolladas. Bajo su mirada, en vez de fomentar la convergencia –como había postulado Lenin en su teoría clásica del imperialismo– el capitalismo se encontraba estrangulando las zonas periféricas del mundo imposibilitando su desarrollo y crecimiento económico.

Por lo tanto, durante la década de los sesenta muchos autores marxistas y no marxistas adhirieron a esta crítica y empezaron, cada uno de su manera, a cuestionar el papel "progresivo" del capitalismo denunciando la existencia de un sistema de explotación que alimentaba dinámicas de acumulación contrapuestas entre el centro y la periferia, las metrópolis y los satélites, etc. Estas distintas prospectivas forman parte de ese conjunto de teorías que en el ámbito de este trabajo se han definido con el nombre de *teorías de la dependencia y del subdesarrollo.* En la próxima sección comienza el análisis de estas propuestas con los argumentos de los teóricos latinoamericanos de la dependencia que han desarrollado sus aportes teóricos desde finales de los sesenta y han alcanzado el máximo esplendor durante los primeros años de la década de los setenta.

## 1.4 Teoría(s) marxista(s) de la Dependencia

Durante la década de los sesenta se inaugura en América Latina uno de los momentos más virtuosos de producción académica en el ámbito de las ciencias sociales. Un conjunto de autores marxistas segregados en la periferia de capitalismo mundial empezó a tomar una postura crítica frente a las teorías clásicas del imperialismo por su carácter eurocéntrico. En Chile –donde se encontraban exiliados los primeros autores de la teoría de la dependencia– tuvo inicio un proceso de creación de un conjunto heterogéneo y complejo de teorías que trataban de explicar la condición de dependencia de los países latinoamericanos.

Es correcto, entonces, referirse a las teorías de la dependencia en plural, para dar cuenta de la diversidad que caracteriza a todos estos aportes teóricos que se han enmarcado en una problemática de investigación común (Beigel, 2006; Borón, 2008). Este conjunto heterogéneo de autores trató de plantear una mirada desde la periferia, para explicar el contexto específico en el que se encontraban ubicados los países latinoamericanos en esa coyuntura histórica particular (Katz, 2016a). Santos (1998), uno de los principales autores de la dependencia, resume los rasgos comunes a más o menos todas estas distintas teorías de la dependencia como sigue:

- se concibe al subdesarrollo como una realidad estrictamente relacionada con la expansión de los países centrales;
- subdesarrollo y desarrollo se conciben como extremos de un mismo proceso de carácter global;
- la condición de subdesarrollo no necesariamente se constituye como una etapa previa de un proceso de modernización;
- con el concepto de "dependencia" los autores no se refieren sólo a una condición externa, sino que se trata también de una manifestación interna a los Estados.

Bajo estas premisas se constituyó un enfoque teórico novedoso, que representó un argumento crítico contundente frente al "paradigma modernizante" en auge –o en declive según los teóricos de la dependencia– en ese momento particular (Santos, 1998). Sin embargo, los argumentos críticos se diferenciaron mucho entre sí, y también las herramientas teóricas utilizada por los distintos autores para desarrollar sus teorías. De hecho, los principales autores de la dependencia no han logrado todavía consensuar una categorización univoca de las distintas corrientes. Aquí abajo se presenta un cuadro (Cuadro 1) elaborado por Frank y citado en Santos (1998), donde el autor recogió distintos trabajos que intentaron

sistematizar los aportes en el debate latinoamericano sobre el desarrollo para construir una categorización.

Bajo la categorización de Frank se pueden distinguir cuatro corrientes principales dentro de la teoría de la dependencia: la reformista (Refor), la no marxista (No-mx), la marxista (Mx) y la neo-marxista (NeoMx). En este trabajo se quiere poner particular énfasis sobre los principales autores que según el esquema propuesto por Frank se pueden considerar, si bien no totalmente, marxistas o neo-marxistas, es decir, el mismo Frank, Dos Santos, Marini y Bambirra. Los argumentos de Emmanuel y Amin se tratarán dentro del debate sobre el intercambio desigual.

**Cuadro 1:** *Escuelas de las teorías del desarrollo en el debate latinoamericano*

| Autores | Modernización | Estructuralismo | Dependencia | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | Refor | No-Mx | Mx | NeoMx |
| Prebisch | Lar | Kay Lar Het | | | | |
| Furtado | | kay Lar Hnt Het | | | | |
| Sunkel + Paz | | Kay Lar Hnt Het | Kay | | | |
| Pinto | | Kay | Kay | | | |
| Tavares | | | | | | |
| Jagauribe | | Kay | kay | | | |
| Ferrer | | Kay | kay | | | |
| Cardoso + Faletto | | Kay Hnt | Kay | Lar | | |
| Baran | | | | Lar | | Het |
| Frank | | | | Lar | Kay | Het |
| Marini | | | | Lar | Kay | Het |
| Dos Santos | | | | Lar | Kay | Het |
| Bambirra | | | | | Kay | Het |
| Quijano | | | | | Kay | |
| Hinkelammert | | | | Lar | | |
| Braun Kay | | | | | | |
| Emmanuel | | | | Lar | | Hnt |
| Amin | | | | Lar | | Hnt |
| Warren | | | | | | Hny |

*Esquema elaborado por Frank y citado en Santos (1998) que recoge los aportes de distintos autores que han estudiado y clasificados las distintas escuelas en el debate latinoamericano sobre el desarrollo. Dentro de las casillas se insertan las iniciales del nombre del autor que opera la clasificación. Las obras escrutadas por Frank son: Hettne, Development Theory and the Three Worlds (1990); Hunt, Economic Theories of Development (1989); Kay, Latin American Theories of Development and Underdevelopment (1989); Larrain, Theories of Development (1989); Lehman, Democracy and Development in Latin America (1990).*

Frank (1967b, 1967a) ha sido uno de los primeros promotores de la teoría de la dependencia. Según su postura, el subdesarrollo de América Latina no se debía a la ausencia de capitalismo (o la presencia de sociedades tradicionales como en la TCdM), sino que estaba causado por la secular inserción subordinada de la región en el capitalismo, entendido este como un sistema de alcance global. Según el mismo autor, el capitalismo se constituía internacionalmente como un sistema polarizado entre metrópolis y satélites. Bajo esta

estructura se promovía un régimen de expropiación del excedente producido por los satélites que se transfería sistemáticamente hacia las metrópolis (Frank, 1967a).

En su obra, Frank se refiriere a las metrópolis como a las zonas desarrolladas, que se aprovechaban de las ventajas que brindaba este régimen de transferencia de recursos, mientras se refiere a los satélites como a la zonas menos desarrolladas y más explotadas dentro del sistema. Es importante remarcar que en la visión de Frank (1967), la contradicción metrópolis-satélites no se limita a una contradicción entre Estados, sino que la misma lógica aplicaba también dentro de los confines nacionales. Entonces, el sistema se constituye como una cadena de relaciones de subordinación. Un satélite nacional puede constituirse a su vez como una metrópolis menor, que a su vez explota satélites dentro de sus confines nacionales. El excedente fluye en todos los eslabones de la cadena hasta llegar a las metrópolis mayores. Los más explotados serán los satélites que se encuentran al final de esta cadena.

Las conclusiones lógicas de la teoría de Frank llevan a postular que la perdida de excedente por parte de los satélites agrava su condición de subdesarrollo, mientras el excedente ajeno apropiado por las metrópolis contribuye a seguir impulsando el desarrollo de estas últimas. Por lo tanto, siempre en línea con las formulaciones de Frank (1967b, 1967a), subdesarrollo y desarrollo se constituyen como dos caras de una misma moneda. El capitalismo da lugar a un desarrollo de las fuerzas productivas[2] en ciertos lugares, mientras genera un "desarrollo del subdesarrollo" en otros. Las dos tendencias se constituyen como partes integrantes de un mismo proceso.

Cabe aclarar que Frank, a pesar de las discontinuidades antes mencionadas, piensa a la desigualdad del comercio en una manera parecida a las teorías clásicas del imperialismo ya que considera que la asimetría es causada por una estructura monopólica de los mercados. Como se verá más adelante, el gran aporte de Emmanuel es pensar en la existencia de una asimetría aún en condiciones de libre mercado. Por esta misma razón se podría distinguir el concepto de intercambio desigual propuesto por Emmanuel, que aplica en condiciones de competencia perfecta, con un concepto más amplio como él de relaciones comerciales desiguales, que concierne formas de transferencias de valor que están relacionadas con un poder monopólico o con la aplicación de tarifas (De Janvry & Kramer, 1970).

[2] El termino fuerzas productivas se utiliza en la economía política marxista para hacer referencia al conjunto de los medios de producción (instrumentos, maquinarias, tecnologías, conocimiento, materias primas, etc.) y de la fuerza de trabajo humana que, conjuntamente, hacen posible la producción de bienes materiales en pos de cumplir con las necesidades de los seres humanos.

Volviendo a la posición de Frank, el autor fue criticado por Santos por haber subestimado la heterogeneidad que caracterizaba América Latina, y también por haber representado de manera demasiado estática a los satélites. Katz (2016a) ha sugerido que los demás autores brasileños de la dependencia (Marini, Santos y Bambirra) lograron representar con mayor detalle la diversidad de los procesos en los distintos países periféricos superando esta limitación de la obra de Frank. Este énfasis sobre la diversidad de los procesos es presente también en la obra clásica de la dependencia de Cardoso y Faletto (2007) *Dependencia y desarrollo en América Latina: Ensayo de interpretación sociológica,* publicada en 1969, que, si bien Frank no considera marxista o neo-marxista, vale la pena analizar rápidamente.

Los dos autores propusieron un método de análisis de la dependencia que no se concentraba sólo en las limitaciones estructurales (externas) con las cuales se enfrentaban los países dependientes, sino también, en la complejidad y particularidad de la estructura de clases interna. Cardoso y Falleto (2007) propusieron que, para estructurar un buen análisis de la condición de dependencia de cualquier país, no se podía separar la condición externa de la interna ni si quiera por necesidades analíticas. Cualquier análisis político concreto, para ser eficaz, tenía que dar cuenta con gran detalle de los equilibrios de fuerza que se daban dentro de un determinado país. La idea de los dos autores era que necesariamente las dimensiones externas e internas de la economía se manifestaban conjuntamente en la estructura social interna. Para entender un fenómeno como la dependencia, sin bien se trataba de un fenómeno aparentemente externo, era necesario analizar la estructura de clases interna al país.

Cardoso y Faletto (2007) concluyeron su aporte insistiendo en la naturaleza política de cualquier proceso de transformación y en la necesidad de sustentar cualquier análisis de la dependencia con una mirada que tenga en cuenta la situación histórica particular en la que las transformaciones tenían lugar. Según los dos autores, si bien existían condicionamientos externos que limitaban el desarrollo de un país a la forma de producción disponible y al desarrollo alcanzado por sus fuerzas productivas, en última instancia, la dinámica interna era el elemento determinante. Los autores consideraban que la acción de las distintas clases sociales en la política podía influir sobre la condición de dependencia del país, perpetuándola o limitándola en su alcance hasta eliminarla.

La obra de Cardoso y Faletto (2007) no deja la misma sensación de determinismo que la obra de Frank. Desde la perspectiva planteada por los dos autores existe

potencialmente una salida de la condición de dependencia, y esta misma "dependerá de la acción política encaminada por voluntades políticas que hagan factible lo que estructuralmente es apenas posible" (p. 166). A la visión pesimista de Frank, los dos autores contrapusieron una visión más moderada, que contemplaba la posibilidad de un desarrollo capitalista en los países dependientes (Borón, 2008). Por lo tanto, fue observado por Katz (2016), hay una toma de posición muy distinta por parte de los dos autores que no contraponen explícitamente el desarrollo a la dependencia y que, por ende, construyen un aporte que debería considerarse ajeno a la corriente marxista de la teoría de la dependencia[3].

Otra importante exponente de la corriente marxista de la dependencia, Bambirra (2013), en su obra de 1972 *El capitalismo dependiente latinoamericano,* impugnó a la obra de Cardoso y Faletto por estructurar un análisis sustancialmente sociológico que consideraba la dimensión económica simplemente como un "marco de posibilidades estructurales". Para la autora, un análisis concreto de la dependencia no podía prescindir de un análisis económico que fuera capaz de comprender las contradicciones propias de la dinámica de acumulación capitalista dependiente de los países de América Latina. Asimismo, Bambirra crítico a la obra de Cardoso y Faletto por la inconsistencia del análisis histórico que ha llevado los dos autores hacia una clasificación parcialmente errónea de los países de la región. Finalmente, Bambirra criticó a los dos autores por no haber dado cuenta suficientemente de los cambios acontecidos desde la segunda posguerra en la manera de concebir el fenómeno de la dependencia.

Bambirra (2013), por lo tanto, propuso su propia tipología "histórico- estructural" de las economías dependientes tratando de demostrar la existencia de una heterogeneidad que no permitía pensar en una sola forma de dependencia, como tampoco en un único camino de desarrollo capitalista. La autora distinguió entre distintos tipos de dependencia según el nivel de industrialización alcanzado, la diferenciación estructural de la economía y, sobre todo, el momento en cual dicho cambio estructural había tenido lugar. Según su análisis se podían distinguir economías que habían arrancado con el proceso de industrialización tempranamente y que contaban con una discreta diversificación de la estructura económica, economías que habían empezado su proceso de industrialización durante la segunda posguerra y, finalmente, economías con una estructura económica primario-exportadora que no habían alcanzado ni si quiera un mínimo nivel de diversificación industrial.

[3] De hecho, en el esquema propuesto por Frank (citado en Santos, 1998) Cardoso y Faletto se encuentran clasificados bajo el estructuralismo o la corriente reformista de la dependencia.

La diferencia sustancial tenía que ver con que los procesos de industrialización arrancados en la segunda posguerra tenían un carácter distinto comparado con las experiencias previas ya que se daban en una coyuntura distinta de las relaciones económicas internacionales. Según Bambirra (2013), desde la segunda posguerra, se había inaugurado una etapa de concentración, monopolización y cartelización impulsada por los Estados Unidos. En esta coyuntura había tenido lugar un cambio cualitativo del carácter de la industrialización que ahora se daba bajo control directo del capital extranjero. Estos procesos de industrialización que habían tomado lugar en los sesenta eran el producto de una integración monopólica. Santos (2011) también, a finales de los setenta, enfatizó el papel de las empresas multinacionales como coordinadoras de la nueva división internacional del trabajo. El autor, en su obra, trazó una correlación directa entre multinacionalismo, concentración de capital y monopolios. Según su mirada las tres cosas se constituían como la tendencia dominante del capitalismo global en aquel momento.

Volviendo a la abstracción de los modelos, Marini (2008), con su ensayo sobre la *Dialéctica de la dependencia,* publicado en 1973, estructura la propuesta quizás más sólida y coherente de la corriente marxista de la dependencia. En su modelo, las economías periféricas, sujetas a los fenómenos del intercambio desigual –que se estudiará en detalle en los próximos capítulos– recurrían a una mayor explotación del trabajo como mecanismo de compensación. La búsqueda de un aumento del excedente en términos absolutos originaba un fenómeno llamado *superexplotación* del trabajo, que consistía en una remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor[4]. Esta inconsistencia con la ley del valor se hacía posible ya que los productos de la economía dependiente estaban destinados a la venta al mercado externo.

La consiguiente ruptura del ciclo del capital en dos distintas esferas de circulación permitía que en los países dependientes se perpetuara un modo de producción basado en un aumento de la plusvalía absoluta, mientras que en los países avanzados el proceso de expansión estaba acompañado por una explotación relativa del trabajo y un simultaneo desarrollo de las fuerzas productivas[5]. A diferencia de lo que pasaba en las economías industrializadas del centro, donde la expansión del capital tenía como contraparte una expansión de las capacidades de consumo interno, en la economía periférica el capital se

[4] La cuestión del valor de la fuerza de trabajo es discutida en el capítulo dos en la sección sobre “los salarios como variable independiente" (2.3.3).
[5] Las definiciones de plusvalía absoluta y relativa se encuentran desarrolladas en el segundo capítulo en la sección dedicada a “la teoría del valor de Marx aplicada al comercio internacional” (2.2).

realizaba a través de una demanda ajena. Asimismo, una mayor explotación del trabajo –en términos absolutos– no se convertía en un límite a las capacidades de realización del capital a través del consumo ya que la demanda externa compensaba la falta de consumo interno generada por la superexplotación.

Bajo la mirada de Marini (2008), el papel que jugaba América Latina era crucial para estabilizar el ciclo económico de los países industrializados. Los alimentos a bajo costo (bienes-salarios) ofrecidos por los países de la región permitían reducir el valor real de la fuerza de trabajo en los piases industrializados, haciendo que una mayor explotación del trabajo en términos relativos se relacionara con un aumento de la cuota de plusvalía. Básicamente, el papel subordinado del continente permitía a los países industriales seguir en el camino de la expansión económica sin enfrentar las contradicciones propias del modo de producción capitalista, en particular, la caída tendencial de la tasa de ganancia teorizada por Marx en *El Capital.*

Por lo tanto, en América Latina se encontraba un modo de producción capitalista basado en la explotación del trabajo en términos absolutos y no en un desarrollo de sus capacidades productivas. Debido a la dinámica interna de este modo de producción– es decir, la superexplotación de la fuerza de trabajo– se amplificaba la relación de desigualdad con las economías más desarrolladas que se veían beneficiadas por transferencias netas de valor. El efecto neto era una reducción de la tasa de ganancia en las economías de América Latina y un aumento de esta en las economías industrializadas del centro. Como se dijo, estas transferencias de valor no sólo alimentaban la expansión cuantitativa de las economías más avanzadas, sino que también permitían paliar las contradicciones del capital y estabilizar su ciclo de acumulación. Mientras en las economías más avanzadas la mayor productividad del trabajo se transformaba en mayores capacidades de consumo y de realización del mismo capital, en los países periféricos el capitalismo basado en la superexplotación deterioraba sistemáticamente las condiciones de vida de sus trabajadores (Marini, 2008).

La teoría marxista de la dependencia, por lo tanto, se planteó explicar la condición de subdesarrollo de los países de América Latina a través de una adaptación de la ley del valor de Marx al contexto de la región. Como ha sugerido Katz (2018), en los argumentos de la teoría marxista de la dependencia hay muchas afinidades con las teorías del intercambio desigual que se analizarán en los dos capítulos a venir. El elemento central de discusión concierne las transferencias de valor que afectaría de manera negativa a las economías subdesarrolladas y que imposibilitarían un desarrollo autóctono de las fuerzas productivas.

Katz sostiene que la afinidad de Marini es particularmente evidente con relación a los críticos de la obra de Emmanuel, como por ejemplo Amin y Battelheim que, como se verá, relacionaron el fenómeno del intercambio desigual con el menor desarrollo relativo de las economías dependientes y no simplemente con un diferencial de salarios como fue propuesto por Emmanuel.

Sin embargo, la participación directa de Marini en la discusión sobre el intercambio desigual es casi nula y esto se debe, en la interpretación de Katz (2018), al uso peculiar que el mismo autor hace de este mismo concepto. Marini utilizó el concepto de intercambio desigual para referirse a una adversidad estructural que afectaba a las economías de América Latina. Asimismo, propuso el concepto de la superexplotación para dar cuenta de una estrategia de compensación adoptada por las élites locales a la hora de hacer frente a las pérdidas causadas por estos flujos asimétricos de valor inherentes a las relaciones comerciales con los países más avanzados.

En el modelo de Marini la superexplotación es una categoría central y peculiar de las economías dependientes. Sin embargo, Katz (2019) argumentó que el fenómeno de la superexplotación no es necesariamente peculiar de las economías subdesarrolladas. La superexplotación es un fenómeno que concierne a un segmento de la clase trabajadora mundial que está y siempre ha estado presente inclusive en los países más desarrollados. Por ende, bajo la mirada de Katz, la superexplotación deja de ser un elemento discernidor entre países dependientes y no dependientes y se transforma en un componente generalizado en el capitalismo que, sin embargo, nunca ha jugado un papel primordial en el desarrollo del mismo.

Según Beigel (2006), el declive de las teorías de la dependencia –que empezó a finales de la década de los setenta– se debió principalmente a factores exógenos al debate académico. La autora se refiere a la serie de golpes militares que instituyeron dictaduras en el poder en los principales países de América Latina y, luego, al fuerte cambio ideológico impulsado por el Consenso de Washington y la caída del muro de Berlín. También cabría añadir el suceso económico de Corea de Sur, país que con bajísimos salarios y con la exportación de productos básicos, logró alcanzar un cambio estructural, desarrollando su propia económica en discontinuidad con las predicciones de los teóricos de la dependencia. Estos acontecimientos acompañaron la construcción de un sentido común que estigmatizaba dichas teorías como simplistas, incoherentes y mecanicistas. Estas críticas a menudo

subestimaron la inherente heterogeneidad que caracterizó este conjunto de teorías que en tiempos recientes se está volviendo a apreciar.

Uno de los críticos más agudos de la teoría de la dependencia fue Agustín Cueva. El autor criticó la corriente por abandonar las categorías clásicas del marxismo –sobre todo el conflicto de clase– como herramienta crítica a adoptar en los análisis (Santos, 1998). Según su postura, los autores de la dependencia trataban de explicar el desarrollo de un país dependiente a partir de su relación con los demás países, dejando de lado el análisis de la estructura social concreta y así construyendo una relación ambigua y no dialéctica entre lo interno y externo[6] (Cueva, 2008). Además, el mismo autor impugnaba a los teóricos de la dependencia por tener una postura fuertemente nacionalista en contradicción con el espíritu internacionalista de la obra de Marx (Beigel, 2006).

Sin embargo, en este trabajo se quiere poner énfasis en un argumento particular de la crítica de Cueva que es muy relevante para el análisis. El autor, en su ensayo *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, publicado en 1974, impugnó a las teorías de la dependencia también por adherir a la misma lógica desarrollista de la TCdM y del Estructuralismo latinoamericano. En sus mismas palabras, Cueva (2008) argumentó que: "Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia [seguía] moviéndose, de hecho, dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista" (p. 87). Según el autor, la teoría de la dependencia había caído atrapada en una postura ideológica –economicista y desarrollista– que tendió a equivocar el concepto del desarrollo del capitalismo entendido como fenómeno dialectico (la visión de los clásicos) con un concepto de desarrollo reducido a un mero crecimiento económico.

Asimismo, Cueva (2008) sostuvo que los autores de la dependencia equivocaron el concepto de desarrollo del capitalismo con la noción ideológica de crecimiento económico. En su interpretación de Lenin, Cueva argumentó que el mismo autor "no afirm[ó], en ningún momento, que las exportaciones de capital 'llevarán al crecimiento económico de los países más atrasados', sino que dichas inversiones producir[ían] en estos países un acelerado desarrollo del capitalismo que significar[ía], a la postre, una extensión y ahondamiento de dicho modo de producción en escala mundial" (p. 91). Cueva, por lo tanto, coincidía sobre

[6] Acá se debería aclarar que la crítica de Cueva no aplica para todas las teorías de la dependencia. En muchos casos se mostraba como la dependencia en realidad se sustentaba en un papel activo de una fracción dominante de la sociedad que obtenía y reproducía su poder en virtud de su conexión con la esfera comercial internacional.

el diagnóstico del desarrollo desigual, sin embargo, sostenía que este resultado era inherente al propio capitalismo. Dicho de otra manera, para el autor podía haber desarrollo dialectico del sistema capitalista sin que esto implicara un crecimiento económico en todas las áreas geográficas del sistema. Este era un resultado perfectamente coherente con las leyes del modo de producción capitalista y su tendencia inherente a un desarrollo desigual.

Esta crítica muy contundente de Cueva se volverá utilizar en la parte final de este trabajo. Una vez más, cabe aclarar que la corriente de la dependencia ha sido muy prolífica, y en el marco de este trabajo se ha podido sólo dar cuenta de una fracción de los argumentos propuestos por la multitud de autores que han participado en este debate. Se ha tratado de concentrarse en los aportes principales, sobre todo aquellos que más se relacionan a la economía marxista que emplea Emmanuel en el desarrollo de su modelo del intercambio desigual. En las próximas secciones del trabajo se podrá apreciar como muchos argumentos propuesto por los autores de la dependencia se entrecruzan constantemente con los argumentos de los demás autores de las TDS, y en particular, con la obra del mismo Emmanuel.

Un análisis completo, por supuesto, hubiera requerido profundizar más las teorías de la dependencia. Sin embargo, en virtud de la complejidad teórica y de la heterogeneidad de las propuestas, esta posibilidad queda muy afuera del alcance del presente trabajo. Por lo tanto, se ha decidido pasar al análisis de otro enfoque importante de las TDS que es él de Wallerstein, para luego avanzar directamente al estudio del intercambio desigual y, en particular, de la obra de Emmanuel que es objetivo central de este trabajo.

## 1.5 El Sistema-Mundo

La teoría del sistema-mundo, presentada por Wallerstein a comienzos de la década de los setenta, se caracteriza por ser una hibridación entre distintas posturas teóricas y disciplinas de las ciencias sociales. El aporte novedoso que hizo Wallerstein elaborando su teoría fue el de tomar como unidad de análisis al sistema-mundo. Con sistema-mundo, Wallerstein (1991) se refería a la existencia de una unidad dentro de la cual había una única división internacional del trabajo a pesar de la existencia de una multitud de sistemas culturales distintos. Con el concepto de sistema, por lo tanto, el autor no se refería a una estructura política unitaria, sino más bien a una pluralidad de Estados nacionales integrados en un mismo sistema de alcance mundial: la economía-mundo capitalista.

De hecho, como sugiere el mismo Wallerstein (1991), de un mismo sistema-mundo se pueden desprender teóricamente dos distintas posibilidades sistémicas. Una posibilidad

sería un imperio-mundo, dado por la existencia de un único sistema político que abarca el entero sistema. La otra sería una economía-mundo, dada por la coexistencia de una multitud de sistemas culturales y políticos distintos. El capitalismo –un tipo específico de sistema-mundo– se ha desarrollado históricamente en el marco de una economía-mundo moderna caracterizada por la primacía de las relaciones de intercambio a través la institución del mercado. Desde el comienzo, el capitalismo ha implicado una relación entre distintos sistemas culturales y políticos en el marco de una economía-mundo donde se ha ido desarrollando una división internacional del trabajo como elemento unificador. Sus origines se encuentran en la Europa del siglo XVI. Desde ese momento histórico el sistema se ha expandido incorporando virtualmente todo el globo.

El capitalismo, como sistema histórico, tiene como principio ordenador la acumulación perpetua de capital. Bajo la premisa de maximizar las ganancias, este mismo sistema se ha ido afirmando en el mundo durante los últimos cuatro siglos (Wallerstein, 1988). Wallerstein concibe al capitalismo como un modo de producción en un sentido distinto a como se lo define dentro del marxismo. El autor sostiene que el capitalismo es un modo de producción para hacer ganancias en el mercado, y esto no necesariamente supone la existencia de relaciones capitalistas de producción. Este tema se desarrollará con mayor detalle en el histórico debate que se instaura con Brenner, de todas formas, Wallerstein sostiene que en sus primeras etapas de consolidación el sistema-mundo capitalista se sustentaba de un intercambio de bienes agrícolas dentro de una economía-mundo que ya contaba con una clara división internacional del trabajo. Wallerstein define esta primera etapa como agricultura capitalista, donde la mayoría de los seres humanos se dedicaban a la producción agrícola para la venta en el mercado y para la generación de ganancias (Wallerstein, 1991).

Según Wallerstein (1988, 1991, 2004), dentro de este sistema-mundo capitalista se pueden identificar tres distintos conjuntos de países: los centros, las periferias y las semi-periferias. La organización del sistema en una jerarquía es funcional a la actividad del sistema que está organizado en función de una eficiente división internacional del trabajo. Esta última es el elemento unificador que garantiza coherencia al sistema como tal. Wallerstein (1991) postuló que la división de la economía-mundo capitalista en los tres conjuntos de países se estableció alrededor del 1640. Según el autor, una vez consolidada esta jerarquía internacional, tuvo lugar una relación de intercambio asimétrica entre los distintos conjuntos de países, es decir, el fenómeno del intercambio desigual investigado por

Emmanuel. El sistema-mundo capitalista, desde ese momento, ha implicado una apropiación sistémica del excedente económico por parte de los países centrales.

Centro y periferia en la obra de Wallerstein (1988; 2004) son conceptos relacionales que tienen sentido solo a la luz de esta relaciones sistémicas que se instauran entre los distintos países. La economía-mundo capitalista se constituye en cadenas de mercancías que conectan los distintos países en esta diferenciación funcional, donde los países centrales producen productos propios del centro y los países periféricos productos propios de la periferia. Los primeros compiten en un mercado fuertemente concentrado, mientras los segundos en un mercado en libre competencia. El resultado de esta división internacional del trabajo y de estos flujos de mercancías es una contante transferencia de excedente a favor del centro (Wallerstein, 2004).

En la teoría del sistema-mundo existe también una categoría intermedia, es decir, las semi-periferias, que están caracterizadas por la producción de los dos tipos de mercancías: periféricas y centrales. El conjunto de países semi-perifericos sirve para garantizar que el sistema preserve una cierta dinámica, previniendo una posible polarización extrema. Las semi-periferias pueden ser tanto países en subida como en bajada en la estructura del sistema-mundo capitalista. En la visión de Wallerstein, el juego es a suma cero: la escalada de un país en la jerarquía internacional debe estar compensada por una bajada equivalente por otros países (Katz, 2016b).

Sin embargo, la estructura no permanece fija y cambia con el pasar del tiempo. Asimismo, el desarrollo del capitalismo histórico ha llevado a una profundización de la división internacional del trabajo que, junto con una progresiva mercantilización en todas las sociedades, ha llevado a un fortalecimiento de la polarización entre centro y periferia causado por la intensificación de los flujos de excedentes. Como afirma el mismo Wallerstein (1988): “allí donde se producía un ‘integración vertical’ de los eslabones en una cadena de mercancías, era posible desviar una parte aún mayor del excedente total hacia el centro” (p. 22).

Los Estados nacionales, puestos en competencia uno frente al otro en la economía-mundo capitalista, han ejercido un papel crucial en articular estas transformaciones y en posibilitar el mismo desarrollo del capitalismo histórico: “los capitalistas han contado con su capacidad de utilizar los aparatos de Estado en beneficio propio” (Wallerstein, 1988, p. 46). Según Arrighi (2014), estos intereses se han articulado a nivel internacional en distintos ciclos hegemónicos. En cada ciclo, una potencia ha podido afirmarse como hegemón a nivel

global en virtud de su capacidad de articular intereses generales junto con sus intereses específicos[7], constituyéndose, al mismo tiempo, como una guía política, intelectual y moral. Aquí Arrighi está haciendo referencia al concepto gramsciano de hegemonía que se retomará con mayor detalle en el último capítulo del trabajo.

Lo que es importante remarcar ahora es que la hegemonía no se sustenta sólo en una amenaza de coerción, sino que también está basada en el "predominio a través del consenso", es decir, en una "dirección intelectual y moral" sobre la comunidad de los Estados. La comunidad acepta el poder del hegemón porque percibe que su dirección política cumple con un interés general y no simplemente con su interés particular. La constitución de una hegemonía a nivel internacional, por lo tanto, descansa en equilibrio de poder delicado, que a veces cae en un caos sistémico cuando una hegemonía se acaba, y que vuelve a equilibrarse en un segundo momento bajo la guía de una nueva potencia. Este ciclo permite preservar la constitución del mundo como una pluralidad de Estados nacionales, impidiendo la transformación del mismo en un único estado-mundo (Arrighi, 2014).

De hecho, según el mismo Arrighi (2014), la reorganización del espacio político bajo el principio de la acumulación perpetua de capital no sólo origina el sistema-mundo capitalista en sí, sino que también está en la base de la conformación del sistema de los Estados nacionales nacido luego de la paz de Westfalia en 1648. Desde ese momento, el capitalismo histórico se ha articulado en tres grandes ciclos hegemónicos: el holandés, el británico y el estadounidense. Bajo la hegemonía del Reino Unido se impulsó un "imperialismo de libre mercado" que fue suplantado en el siglo XX por el avance de Estados Unidos, con un nuevo dominio basado en el poder de sus empresas nacionales y, más adelante, por una integración vertical de los procesos productivos a nivel internacional. Las empresas estadounidenses se impusieron por su mayor "racionalidad tecnológica" en comparación con las empresas del imperio británico del ciclo anterior (Arrighi, 2014).

En la obra de Arrighi (2014) está presente una doble genealogía. Por un lado, el autor ve al capitalismo desarrollarse en distintos ciclos sistémicos de acumulación, por otro, lo ve articularse en distintos ciclos hegemónicos a nivel de poder político internacional. La contribución de Arrighi es particularmente interesante para este trabajo porque extiende la noción de hegemonía gramsciana a las relaciones entre Estados nacionales. Bajo la

[7] Es importante remarcar que existe la posibilidad de que un hegemón, en el intento de perseguir el interés general, termine por dañarse a sí mismo. Este, según Arrighi (2014), ha sido el caso histórico de la primera hegemonía del capitalismo como sistema-mundo con la hegemonía holandesa. Por esta razón el ciclo holandés se acabó en tiempos relativamente rápidos.

perspectiva de Arrighi se puede entender perfectamente como el sistema político internacional dentro del sistema-mundo capitalista ha sido siempre sujeto a un poder hegemónico y como, desde la segunda posguerra, los Estados Unidos hayan consolidado su "dominio a través del consenso" dentro del mismo. Como se verá en el último capítulo, dentro de este trabajo se supone que el "discurso" del desarrollo ha sido un componente fundamental de esta dominación del bloque hegemónico de los países más poderosos sobre el tercer mundo.

Volviendo a los argumentos y al abordaje propuesto por Wallerstein (1988), es fundamental no separar la dimensión política de la dimensión económica. Una de las características principales del capitalismo como sistema económico ha sido su capacidad de ocultar sus prácticas de drenaje del excedente (intercambio desigual). Según el mismo autor, esto se debe a:

> la aparente separación en el sistema capitalista entre la arena económica (una división social del trabajo a nivel mundial con unos procesos de producción integrados, todos los cuales operan en favor de la incesante acumulación de capital) y la arena política (compuesta en apariencia por Estados soberanos aislados […]) (p. 21).

Bajo la mirada de Wallerstein, se puede apreciar la articulación internacional del sistema-mundo, que destina cada país a la producción de mercancías según una cierta división internacional del trabajo que, simultáneamente, garantiza la máxima eficiencia en términos de acumulación del capital y genera flujos que trasfieren excedente desde las economías periféricas hacia los centros. El signo de estos flujos es lo que distingue una economía periférica de una economía central. En Wallerstein, la relación centro-periferia tiene entonces que ver con estos flujos sistémicos. Los países de la periferia son los perdedores, mientras los países centrales los ganadores (Wallerstein, 1988).

En lo que concierne la relación entre la teoría de Wallerstein y las teorías de la dependencia antes desarrolladas, Katz (2016) argumenta que hay muchos puntos de contacto. Wallerstein, de la misma manera que los autores de la dependencia, cuestiona las teorías liberales del desarrollo y también desafía la idea de la industrialización de los países occidentales como modelo a imitar y alcanzar. Al mismo tiempo, Wallerstein enfatiza el papel del intercambio desigual como instrumento de distribución de los beneficios dentro del sistema-mundo capitalista. El autor concibe como elemento unificador del sistema a la división internacional del trabajo que estructura esta relación asimétrica entre los centros y las periferias y la mantiene virtualmente estable reproduciéndola en el tiempo. Este

argumento resuena con las proposiciones de los autores de la dependencia ya que pone énfasis en los límites puestos por el capitalismo, entendido como sistema mundial, a las posibilidades desarrollo de los países subalternos. Finalmente, Wallerstein propone una tripartición del sistema, asumiendo la existencia de formaciones intermedias, es decir, las semi-periferias, como elementos que otorgan dinámica al sistema y suavizan su actividad. El autor teorizó la existencia de este conjunto de países semi-perifericos para superar las limitaciones del esquema propuesto el Estructuralismo de Prebisch. Katz (2016) sostiene que ya ciertos autores de la dependencia como Marini y Bambirra, de manera parecida a Wallerstein, habían propuesto un análisis contemplando la existencia de niveles intermedios de subdesarrollo.

Por otro lado, están presentes discontinuidades entre los dos enfoques. Wallerstein rechaza la mirada estatal-nacional propia de los dependientitas y rechaza el concepto de modo de producción sustituyéndolo con el concepto más abarcador de sistema. La propuesta de Wallerstein (2011) es por un abordaje multidisciplinario y holístico, donde todas las variables económicas y políticas se pueden reconducir, en última instancia, a la lógica propia del sistema. Para el autor las estructuras políticas nacionales existían en función de las lógicas del sistema-mundo. Las mismas clases sociales eran para Wallerstein el resultado de las relaciones dentro del sistema-mundo capitalista en su conjunto y no elementos articuladores de modos de producción locales. Estos supuestos llevaron Wallerstein al rechazo de la idea propia del marxismo de un desarrollo dialéctico del capitalismo como sucesión de distintos modos de producción a favor de un abordaje que contemplara otros patrones de transformación[8] (Katz, 2016b).

Lo que es particularmente interesante en la óptica del presente trabajo es observar el papel crucial que juega la categoría del intercambio desigual en la obra de Wallerstein. De hecho, el autor sostiene que desde la creación de la jerarquía internacional propia del sistema-mundo capitalista –materializada en una división internacional del trabajo entre periferias, semi-periferias y centros– ha tenido lugar este fenómeno particular, en virtud del cual el centro se ha ido apropiando de una cantidad cada vez mayor de excedente producido por las periferias. Para el autor este principio aplica desde el comienzo, tanto para la agricultura capitalista del siglo XVI, como para el capitalismo industrial de los siglos posteriores. Lo que es aún más interesante es que en su primeras publicaciones Wallerstein

[8] Como se vio, en la obra de Wallerstein y Arrighi está presente una doble genealogía que ve al desarrollo del capitalismo como sistema-mundo estar caracterizado por distintos ciclos de acumulación y ciclos hegemónicos que no necesariamente conciernen un cambio sustancial en las relaciones de producción.

hace referencia directa a la obra de Emmanuel como explicación teórica del intercambio desigual (Wallerstein, 1974; Brenner, 1977).

En sus publicaciones posteriores se ha encontrado la siguiente explicación del concepto:

> ¿Cómo funcionaba este intercambio desigual? Partiendo de una diferencia real en el mercado, debido a la escasez (temporal) de un proceso de producción complejo o a escaseces artificiales creadas *manu militari*, las mercancías se movían entre las zonas de tal manera que el área con el artículo menos «escaso» «vendía» sus artículos a la otra área a un precio que encarnaba un factor de producción (coste) real mayor que el de un artículo de igual precio que se moviera en dirección opuesta (Wallerstein, 1988, p. 22).

Y el autor sigue:

> Lo que realmente sucedía era que había una transferencia de una parte de la ganancia total (o excedente) producida por una zona a otra. Era una relación de centricidad-perifericidad. Por extensión podemos llamar «periferia» a la zona perdedora y «centro» a la ganadora. Estos nombres reflejan de hecho la estructura geográfica de los flujos económicos (Wallerstein, 1988, p. 22).

De vuelta, se puede apreciar como el concepto del intercambio desigual se relaciona a un flujo de excedente y como la dirección del flujo es lo que determina la condición del país en el sistema-mundo capitalista. En la concepción de Wallerstein, como se verá, hay muchos puntos de contacto con la teoría de Emmanuel. Desafortunadamente, no se han encontrado muchas explicaciones claras por parte de Wallerstein de su manera de entender el intercambio desigual para poder instaurar un dialogo más directo y prolijo con la obra de Emmanuel.

Sin embargo, no hay que olvidar que la obra de Emmanuel se inscribe dentro del marxismo, mientras Wallerstein, con su trabajo, se aleja del marxismo en favor de un abordaje más amplio y heterodoxo. De hecho, el mismo autor ha sido criticado rotundamente desde marxismo por haber dejado atrás sus categorías centrales. Dentro de este trabajo no es posible profundizar posteriormente la mirada de Wallerstein debido a su inherente complejidad, y tampoco concentrarnos en todas las críticas que se le han hecho a su trabajo. Se ha decidido dejar un último espacio para los argumentos propuestos por uno de los principales críticos marxistas –Brenner– que presenta algunos argumentos que pueden resultar sumamente interesantes a la hora de reflexionar sobre la cuestión del desarrollo y del subdesarrollo dentro del capitalismo.

Según Brenner (1977), la obra de Wallerstein se puede considerar como una continuación de la propuesta de Frank analizada en la sección anterior. Brenner sostiene que

la obra de Wallerstein se concentra demasiado en la dimensión *cuantitativa* del desarrollo, ocultado casi totalmente la naturaleza *cualitativa* de los procesos del capitalismo. Brenner sostiene que lo que distingue el capitalismo de los modos pre-capitalistas de producción es justamente su propensión a la acumulación a través de la innovación y de la explotación del trabajo en términos relativos. Una vez instauradas las relaciones capitalistas de producción –con el trabajo separado de los medios de producción y disponible en el mercado bajo forma de mercancía– el capitalismo empieza un proceso de desarrollo basado en el incremento constante de la productividad del trabajo. El desarrollo del capitalismo, por lo tanto, se transforma en un proceso de revolución constante de las condiciones técnicas de la producción.

Brenner (1977) impugna a Wallerstein por su incapacidad de dar cuenta de esta característica fundamental del capitalismo. Bajo la perspectiva de Wallerstein, el capitalismo se reduce simplemente a "la producción para la venta en el mercado donde el objeto debe realizar la máxima ganancia" (Denemark & Thomas, 1988, p. 50, traducción propia). Sin embargo, insiste Brenner, la producción para generar ganancias en el mercado es algo que prexiste al capitalismo y que no alcanza para explicar la existencia de un sistema que se desarrolla de manera espontanea a través de la innovación. Esta dimensión cualitativa, según el autor, se puede explicar solamente a la luz de las relaciones de producción capitalistas que comienzan una vez que el trabajo se encuentra disponible en el marcado bajo forma de mercancía.

Bajo la perspectiva de Wallerstein, la mercantilización del trabajo no es tan relevante para la acumulación del capital como lo es para Brenner. Mientras para Wallerstein el desarrollo es relacionado a una transferencia de plusvalía desde los países periféricos hacia los centrales, para Brenner el crecimiento y el desarrollo del capitalismo están relacionados a la dinámica de acumulación del capitalismo impulsada por la subsunción real de la fuerza de trabajo[9] y por el desarrollo de las fuerzas productivas. Brenner no rechaza la idea de que el mercado puede jugar un papel importante, sin embargo, considera que este papel es subordinado con respecto a la acumulación impulsada por la innovación (Denemark & Thomas, 1988).

[9] Proceso a través del cual las relaciones capitalistas de producción penetran en el proceso de trabajo. El capital, paulatinamente, plasma y transforma las relaciones sociales y los procesos productivos a su imagen y semejanza hasta subsumirlas totalmente a la lógica del capital. En lo que concierne al proceso de trabajo, se da una transición desde la extracción de plusvalía en términos absolutos a una explotación relativa de la fuerza de trabajo, lo que implica una continua y radical transformación de los procesos productivos y de los medios de producción.

Las conclusiones lógicas de Brenner son que desarrollo y subdesarrollo no han sido determinados por transferencias de plusvalía desde las periferias (o satélites) hacia los países centrales (o metrópolis), como teorizado por Frank y Wallerstein. La acumulación ha sido impulsada principalmente por la extracción de plusvalía en términos relativos, que ha sido posibilitada por la tendencia del mismo capitalismo a una continua innovación y revolución de las condiciones técnicas de la producción. Por esta misma razón, Brenner rechaza la idea de que la condición de subdesarrollo o, mejor dicho, el "desarrollo del subdesarrollo", se pueda reconducir de manera directa a la inserción de los países de América Latina en el mercado mundial bajo una posición de subordinada durante el siglo XVI, como teorizado por Frank y Wallerstein.

Es claro que existe una diferencia sustancial entre el aporte de Brenner y los aportes de Wallerstein y Frank. Mientras Brenner hace hincapié en la dimensión interna de los países, y sobre todo en la dinámica de acumulación de los países capitalistas en desarrollo, Wallerstein y Frank se concentran en la dimensión internacional, especulando sobre la manera en la que se distribuyen los beneficios dentro del capitalismo entendido como sistema de alcance mundial, y como los países centrales se enriquecen a través de la desposesión de sus satélites. Sin embargo, a pesar de las diferencias, Denemark y Thomas (1988) sugieren que las dos perspectivas no son inconciliables, y que se podrían y se deberían complementar a la hora de entender mejor los procesos históricos de periferización de los países más atrasados. Se podría sugerir, junto con Harvey (2018), que las dos distintas dinámicas de acumulación a las que los autores se refieren –la reproducción ampliada y la acumulación por desposesión– han coexistido y se han complementado durante toda la trayectoria histórica del capitalismo.

Seguir con el debate entre Brenner y Wallerstein llevaría a reflexionar sobre los origines del capitalismo y sobre su naturaleza como modo de producción o sistema-mundo. Esta discusión, si bien muy fascinante, queda afuera del alcance de este trabajo. Se ha decidido aprovechar de este debate simplemente para poner en dialogo dos visiones muy distintas sobre el fenómeno del desarrollo dentro del capitalismo. Como se ha podido apreciar, las dos miradas planteadas por los dos autores no necesariamente se excluyen mutualmente y, una vez complementadas, permiten entender de manera más profunda las dimensiones cuantitativas y cualitativas del desarrollo capitalista. Como se dijo anteriormente, la obra de Wallerstein requeriría una profundización mayor para poder ser apreciada en todo su potencial. Esto no es posible y consistente con el objetivo de la

investigación que concierne al estudio de la propuesta de Emmanuel. Nuevamente, en las próximas páginas será posible apreciar la cercanía de la posición entre los dos autores, cercanía que como se ha podido ver Wallerstein mismo reconoce en sus primeros escritos sobre el sistema-mundo capitalista.

## 1.6 Intercambio Desigual y Marxismo

En 1969, con su obra *El intercambio desigual*, Emmanuel (1972) inauguró el debate sobre el intercambio desigual dentro del marxismo. El autor, empleando la teoría del valor propuesta por Marx en *El Capital,* propuso un modelo de comercio exterior que demostraba la existencia de una relación desigual entre los países desarrollados y los países subdesarrollados inherente a las relaciones comerciales inclusive en una situación de libre comercio. La idea de una desigualdad en las relaciones comerciales ya estaba presente en la teoría marxista del imperialismo, sin embargo, esta estaba atribuida principalmente a la estructura monopólica de los mercados. Al mismo tiempo, se pudo ver como el fenómeno del intercambio desigual ya había sido teorizado por Prebisch en la década anterior, aunque el mismo autor llegó a sus conclusiones empleando otras herramientas teóricas con respecto a la obra de Emmanuel.

El gran aporte de Emmanuel concernía al desarrollo de un modelo que demostraba que la desigualdad en el intercambio era algo inherente al propio comercio, en directa consonancia con las teorías clásicas y neoclásicas del comercio que proponían la idea de un comercio de mutuo beneficio. Asimismo, la propuesta de Emmanuel contrastaba con el marcado "optimismo" de las teorías clásicas de la modernización y con los planteos de los clásicos del imperialismo antes analizados.

Emmanuel (1972) teorizó que el intercambio desigual se originaba por la interacción entre distintos países capitalistas en un mercado internacional caracterizado por la libre competencia. Los países estaban caracterizados por un distinto nivel de desarrollo y distintos niveles salariales. Los países menos desarrollados, por razones "institucionales", se encontraban con tener salarios más bajos, lo cual implicaba una tasa de explotación mayor del trabajo. En virtud de la ley de igualación de las tasas de ganancias –resultado de la competencia perfecta y de la libre movilidad de los capitales– se originaba para Emmanuel el fenómeno del intercambio desigual, es decir, una apropiación del excedente económico de los países menos desarrollados por parte de los países más desarrollados.

Una vez comprobada la existencia de este fenómeno, Emmanuel (1972, 1973b, 1973a) sostuvo que el mercado se constituía como una instancia de explotación a detrimento los

países subdesarrollados. Así el intercambio resultaba en un creciente empobrecimiento de los países subdesarrollados que se veían desangrados de sus recursos económicos en virtud de las relaciones comerciales instauradas con los países desarrollos que, a la vez, se veían beneficiados por el excedente recibido ya que aumentaba sus capacidades internas de acumulación. En virtud de esta relación directa entre el fenómeno intercambio desigual y el nivel de desarrollo de los países la obra de Emmanuel se constituyó no sólo en una teoría marxista del comercio internacional, sino también, en una verdadera teoría del desarrollo y del subdesarrollo.

Emmanuel es el primer antecedente de una teoría del intercambio desigual en el marxismo. De hecho, el modelo de Emmanuel es también un primer intento de una teoría marxista del comercio internacional. Sin embargo, el autor no ha sido la única voz del intercambio desigual. Alrededor de su modelo se ha construido un gran debate al cual han participado una multitud de autores. La revisión de los varios argumentos críticos y de las distintas propuestas del intercambio desigual se hará en el tercer capítulo. Allí se desarrollarán las contribuciones de Bettelheim (1972, 1973), Palloix (1973), Amin (1977), Shaikh (1979, 1980), Mandel (1976) y Carchedi (1988). Paradójicamente, como se verá, los argumentos más contundentes en contra de la obra de Emmanuel han llegado desde estos autores que son, en su mayoría, autores marxistas. De todas formas, antes de analizar las demás propuestas, se desarrollará en el próximo capítulo la propuesta de Emmanuel que ha estructurado el modelo disparador de este prolífico debate.

# Capítulo 2

# El Intercambio Desigual como teoría del subdesarrollo: el modelo de Emmanuel

En este segundo capítulo se introduce la obra de Emmanuel y su teoría del intercambio desigual como modelo explicativo de la condición de desarrollo/subdesarrollo de los distintos países. Antes de arrancar con la obra del autor se hizo necesario introducir algunos conceptos clave de la teoría del valor y, en particular, la teoría del valor de Marx que el mismo Emmanuel emplea para el desarrollo de su modelo económico. Lo que hace Emmanuel, sustancialmente, es aplicar el esquema de transformación de valores en precios contenido el tomo III de *El Capital* a las relaciones comerciales entre países capitalistas en un mercado caracterizado por condiciones de libre mercado. En este capítulo se hace referencia casi solamente a los argumentos propuesto por el autor, mientras la revisión de los argumentos críticos de los demás autores del intercambio desigual se deja para el próximo capítulo.

## 2.1 Una teoría objetiva del valor

Bajo la perspectiva marxista, demostrar la existencia de una desigualdad en el intercambio no es una tarea sencilla. De hecho, parece casi una absurdidad si se arranca de la premisa – explicita en el mismo Marx (1867/1982, 1885/1992)– de que en la esfera de la circulación todas las mercancías se intercambiaban por su propio valor. Sin embargo, la cuestión es definir que es el valor y, sobre todo, si existe una única manera de determinarlo. La idea crucial del intercambio desigual dentro del marxismo es que existen dos formas principales de medir el valor que coexisten a la vez. Por un lado, se cree haber un valor objetivo, dado por las cantidades totales de trabajo incorporados en una determinada mercancía. Por el otro, se observa la evidencia empírica de que una mercancía tiene un valor de mercado dado por su precio, que representa nada más que el poder de cambio que una determinada mercancía tiene en el mercado.

Por lo tanto, dentro del marxismo, demostrar la existencia de una forma de desigualdad en el intercambio requiere el auxilio de ambas formas del valor. Requiere comparar el precio de mercado de una mercancía con su valor objetivo. Sin un valor objetivo no habría manera de discutir la legitimidad de los precios de mercado. Demostrar la

existencia de un intercambio desigual, por lo tanto, implica demostrar la existencia de una desviación entre lo que una mercancía se encuentra a intercambiar en el mercado, y lo que supuestamente debería poder intercambiar si el precio efectivamente coincidiera con su valor objetivo. Bajo esta perspectiva, enfrentarse con un intercambio desigual significa enfrentarse con un intercambio donde por el mismo precio de mercado se intercambian cantidades asimétricas de valor objetivo, es decir, de trabajo.

Ya desde los tiempos de los clásicos, como Smith y Ricardo, la búsqueda por una noción de valor objetivo era una de las principales preocupaciones que motivaba la investigación económica. Smith creía que todas las mercancías contaban con un valor "natural", que estaba determinado por las fuerzas impersonales del mercado en circunstancias de competencia perfecta. Este era el centro gravitacional de los precios que, debido a las imperfecciones del mundo real, simplemente gravitaban alrededor de este valor "natural" sin igualarlo perfectamente. Si hubiesen prevalecido condiciones de libre mercando, Smith pensaba, la competencia hubiera llevado los precios a coincidir simplemente con los costos de producción dados por las tasas naturales de salario, beneficio y renta vigentes en un determinado momento en la sociedad (Dobb, 1975).

Ya en la obra de Smith el trabajo era el patrón de valor para todas las mercancías. Las cantidades de trabajo requeridas para la producción de un determinado bien determinaban su valor. Sin embargo, Ricardo se disoció de la primera teoría del valor-trabajo formulada por Smith criticándola por ser en realidad una teoría del valor-salario. Según su crítica, Smith erraba en dos puntos: 1) en el considerar las cantidades de trabajos en términos absolutos y no en términos de trabajo relativo necesario para la producción; 2) en el considerar el trabajo en términos de costo (es decir, salario) y no en términos de cantidades relativas (Dobb, 1975).

Lo que es importante remarcar es que estos antecedentes son aportes fundamentales para la teoría del valor propuesta por Marx en su obra. Marx asimila la teoría del valor-trabajo en las formulaciones de Ricardo y la aplica para el desarrollo de su propia teoría económica. Al mismo tiempo, Marx se disocia de los clásicos y los somete a una crítica contundente. De ahora en adelante, lo que es importante tener en cuenta es que existe una distinción fundamental entre dos significados de la palabra "valor". Por un lado, el valor entendido como valor objetivo, dado por las cantidades de trabajo totales incorporadas en una determinada mercancía; por el otro, el valor entendido como el poder de cambio que tiene una mercancía para intercambiar con otras en el mercado (Braun, 1976).

## 2.2 La teoría del valor de Marx aplicada al comercio internacional

Mirado desde la perspectiva marxista, el capital se concibe como valor en constante movimiento. El capital, por lo tanto, no es de ninguna manera un valor monetario de mero ahorro a reguardar abajo el colchón, sino más bien un *proceso*. Bajo la perspectiva de Marx, el capital se puede considerar como tal en tanto esté sujeto a un continuo proceso de metamorfosis, donde el mismo capital aparece en cada momento bajo distinta forma, es decir, como capital mercancía, capital dinero o capital productivo. El proceso en su conjunto se conforma como un circulo interminable donde cada vez que el capital cumple su recorrido circular aumenta su valor en un continuo proceso de valorización.

El capitalista, en este mismo proceso, cumple con distintas tareas. En un primer momento compra medios de producción y fuerza de trabajo en el mercado para comenzar el proceso de producción (D – M); en un segundo momento organiza la producción (P); y finalmente sale al mercado en busca de adquirentes para vender las mercancías que se han producido durante el proceso de producción (M' – D'). El ciclo del capital, por lo tanto, se compone de tres distintos momentos: dos de intercambio dentro la esfera de la circulación (D – M; M' – D') y uno de producción dentro de la esfera de la producción (M … P … M'). Tomando los distintos momentos en su conjunto se puede derivar la formula general del capital: D – M … P … M' – D', o en forma simplificada, D – M – D' (Marx, 1867/1982, 1885/1992; Benetti & Cartelier, 1998).

Como se puede observar en la misma formula, el capitalista adelanta una cantidad de dinero D para retirar –una vez cumplidas las distintas etapas del proceso– una cantidad aumentada de dinero igual a D'. Esta formula general del capital coincide con el ciclo del capital dinero, ya que el ciclo comienza con el capital en forma de dinero (D) y, tras haber transitado por un momento de producción (P), vuelve nuevamente a tomar la forma de dinero (D'). La magia de este proceso es que el capitalista, una vez acabado el ciclo, se encuentra en posesión de una cantidad de dinero excedente en sus manos ($D' = D + \Delta d$). Por lo tanto, si se lo mira desde esta perspectiva el capital parece adquirir "la oculta capacidad de añadir valor a sí mismo" (Marx, 1867/1982, p. 255, traducción propia), es decir, de auto-valorizarse. La producción del excedente "parece estar generada por cualidades inherentes al propio capital" (Marx, 1867/1991, p. 139, traducción propia), es decir, el capital parece instaurar una relación con sí mismo. El proceso de valorización se transforma así en una mistificación.

Bajo la perspectiva planteada por Marx (1885/1992), la esfera de la circulación, es decir, el lugar donde el capital aparece bajo la forma de mercancía y donde opera su metamorfosis continua pasando de mercancía a dinero (M – D) o, al revés, de dinero a mercancía (D – M), es un lugar donde reina el principio de la equidad. La fórmula de la circulación de mercancías es M – D – M, y bajo esta fórmula las mercancías en los extremos (M) se intercambian por la misma cantidad de dinero (D). El valor del capital en el momento de la circulación, por lo tanto, no experimenta alteraciones, es decir, no se valoriza como tampoco se deprecia.

La esfera de la circulación, por lo menos en su apariencia, es "un verdadero Edén de los derechos innatos de los seres humanos" dice Marx (1867/1982), "el exclusivo reino de la libertad, equidad y propiedad" (p. 280, traducción propia). Seguramente hay algo de sarcasmo en esta afirmación de Marx, pero podemos tomar estas palabras como una posterior confirmación de que dentro de la esfera de la circulación rige el principio general de que cada mercancía se intercambia según su propio valor. El valor de la mercancía coincide, según Marx (1867/1982), con la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirla, es decir, las horas de trabajo abstracto que quedan materializadas en la mercancía. El trabajo abstracto no es nada más que un estándar de valor que representa una unidad de fuerza de trabajo que produce con la productividad promedio del sistema, es decir, en condiciones normales de producción.

Sin embargo, si todas las mercancías se intercambiaran en función de su valor y no hubiera otro proceso de por medio, la capacidad del capital de auto-valorizarse seguiría siendo un misterio. Esta mistificación es la que se ve desde la superficie, es decir, desde la esfera de la circulación. Por lo tanto, Marx (1867/1982) sugiere abandonar esta "ruidosa esfera, donde todo tiene lugar en la superficie y a plena vista de todos" para ahondar la mirada "en los rincones ocultos de la esfera de la producción" (p. 279, traducción propia). Según Marx, es dentro de esta esfera que adviene el milagro: el proceso de trabajo origina el valor excedente que se materializa en las mercancías y se realiza en el mercado a través de la venta, así generando finalmente una ganancia para el capitalista.

"Para extraer valor del consumo de mercancías", dice Marx (1867/1982), el capitalista "debe ser tan afortunado de encontrar en la esfera de la circulación una mercancía cuyo valor de uso tenga la peculiar propiedad de ser una fuente de valor" (p. 270, traducción propia). Esta mercancía especial es la fuerza de trabajo que –una vez supuestas las relaciones capitalistas de producción– está disponible en el mercado para ser alquilada y empleada en

la producción por el capitalista. Una vez más, el valor de la fuerza de trabajo, como toda mercancía, coincide con el trabajo socialmente necesario para la (re)producción de la misma, es decir, el valor de los medios de subsistencia que alcanzan para garantizar su capacidad de seguir produciendo. Como se ve más adelante, elementos morales e históricos también influyen sobre lo que se considera un salario estándar en cada formación social y en cada momento histórico (Marx, 1867/1982).

La fuerza de trabajo es la única mercancía disponible en el mercado capaz de producir más valor de su propio valor. Esta circunstancia permite que haya una desigualdad y que el valor de la fuerza de trabajo sea inferior al valor del producto de la fuerza de trabajo (Harvey, 2018). El valor excedente deriva del hecho de que el trabajador gasta una cantidad de horas en la producción que excede la cantidad de horas necesarias para garantizar su propia reproducción, es decir, para igualar su valor. Al mismo tiempo, la fuerza de trabajo se remunera en función de su valor, es decir, recibe un sueldo que apenas le permite adquirir los medios de subsistencia (o lo que se considera un salario de subsistencia en una determinada formación social). El capitalista, por tanto, se apropia de las horas excedentes de trabajo que quedan materializadas en las mercancías bajo forma de un valor excedente. Este proceso de extracción de plusvalía es lo que en la economía marxista se define como explotación de la fuerza de trabajo (Marx, 1867/1982).

El proceso de trabajo es un proceso de transformación en el cual el trabajo interacciona con los medios de producción para generar un objeto que tiene una utilidad para los seres humanos, es decir, un valor de uso. Por medios de producción, Marx (1867/1982) entiende tanto los instrumentos con los cuales el trabajador opera como también los insumos para la producción. Dentro del proceso de trabajo tiene lugar un proceso de valorización ya que el valor del producto del trabajo excede al capital inicialmente invertido por el capitalista. Esta valorización no viola de ninguna manera las leyes propias de la esfera de la circulación ya que todas las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, han sido pagadas en función de su propio valor. El proceso de valorización del capital, por lo tanto, toma lugar solamente dentro de la esfera de la producción. Una vez valorizado, el capital se realiza en la esfera de la circulación a través del intercambio.

Mirado desde otra perspectiva, el proceso de trabajo se puede considerar como la combinación de una parte constante y variable del capital. El capitalista para alimentar su proceso de producción compra en el mercado fuerza de trabajo y medios de producción. El valor de los medios de producción, ni más ni menos, se transfiere al producto final a través

de la interacción con el trabajador. Por lo tanto, contrariamente a lo que se observó con respecto al trabajo, "los medios de producción nunca transfieren más valor al producto de lo que ellos mismos pierden durante el proceso de trabajo a través de la destrucción de su propio valor de uso". Dicho de otra forma, los medios de producción "nunca pueden añadir más valor al producto que el valor que ellos mismos poseen" (Marx, 1867/1982, pp. 312-314, traducción propia).

Si se considera el hecho de que los medios de producción no alteran su valor durante el proceso de producción es correcto considerarlos como un *capital constante*. Si se considera en vez que el trabajo por su propia naturaleza añade más valor de lo que vale, es correcto considerarlo como un *capital variable.* El capital variable ($v$) altera su valor durante el proceso de trabajo generando un segundo componente que es la plusvalía ($s$)[10]. Este valor excedente no es nada más que el producto del trabajo excedente –el trabajo no necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo– que se materializa en la mercancía. El trabajo produce esta plusvalía en aquellas horas en las que no está más produciendo para sí mismo, sino más bien para generar un valor que el capitalista se apropia en forma de una expansión de su propio capital.

El valor total de la mercancía, por lo tanto, coincide con la suma del capital constante ($c$), del capital variable ($v$) y del valor excedente producido por el trabajo ($s$), es decir: $C = v + c + s$. Dicho de otra manera, el valor de la mercancía coincide con los costos de producción ($v$ + c) más la plusvalía ($s$) generada por el componente variable del capital, es decir, la fuerza de trabajo. La plusvalía puede generarse de forma absoluta, lo que significa una extensión de la jornada de trabajo y, por ende, una extensión del tiempo de trabajo excedente; o de manera relativa, lo que significa –manteniendo constante la extensión de la jornada de trabajo– una disminución del trabajo socialmente necesario y, por lo tanto, una extensión del trabajo excedente en proporción con el trabajo socialmente necesario. La plusvalía relativa se genera a través de mejoras en la productividad del trabajo. Cuando las mejoras se extienden a la economía en su conjunto y alcanzan a los sectores que producen

[10] Es importante remarcar que tanto los instrumentos como los insumos de la producción son según Marx (1867/1982) el producto de anteriores procesos de producción. Por esta razón Marx se refiere al capital constante como trabajo muerto, es decir, un trabajo que se ha cosificado en mercancías y que vuelve a tomar vida una vez que interacciona con el trabajo vivo –el capital variable– durante el proceso de producción. Mirado desde esta perspectiva todo se puede medir como trabajo socialmente necesario, es decir, en términos de valor. El valor del trabajo muerto es trasferido bajo forma de un nuevo valor de uso a la nueva mercancía gracias a la contribución del trabajo vivo. Por tanto, el valor del trabajo muerto es preservado durante el proceso de valorización. Es importante remarcar también que para valorizar correctamente el capital variable es necesario invertir en una cantidad mínima de capital constante porque el trabajo necesita insumos e instrumentos de trabajo para poder cumplir con sus tareas y así valorizarse.

bienes de subsistencia, la mano de obra en su conjunto se desvalúa ya que los bienes de subsistencia se hacen más baratos. Como regla general, una mayor productividad del trabajo significa un menor valor de la mercancía ya que es necesaria una menor cantidad de trabajo abstracto para producirla (Marx, 1867/1982) .

Si se vuelve a la formula anterior, es posible ahora calcular tanto la tasa de plusvalía ($s/v$), que mide la proporción entre la plusvalía y el capital variable, como también la tasa de ganancia ($s/(v+c)$), que mide la proporción entre la plusvalía y el capital adelantado por el capitalista en forma de capital constante y variable. La primera tasa mide el nivel de explotación, es decir, cuanto valor es extraído de la fuerza de trabajo durante la producción; la segunda, permite medir el grado de valorización del capital invertido por el capitalista. Marx (1867/1991) pensaba que, para ganar competitividad con respecto a los demás, cada capitalista se lanzaba en un continuo proceso de inversión en pos de mejorar la tecnología y así aumentar la productividad del trabajo. Por lo tanto, en la visión de Marx, es inherente al capital la tendencia a incrementar el componente constante del capital con respecto al componente variable, es decir, la tendencia a incrementar paulatinamente la composición orgánica de capital (COC de ahora en adelante).

La proporción entre el componente constante y el componente variable del capital es lo que Marx (1867/1991) define con el nombre de composición de valor del capital ($c/v$). Marx sostiene que la composición de valor es igual a la COC en tanto varíe por cuestiones relacionadas a la composición técnica del capital, es decir, cuestiones que tienen que ver con cambios tecnológicos dentro de la empresa. Variaciones de precios tanto de la mano de obra como de los insumos de la producción también harían variar la proporción $c/v$, sin embargo, estas no se deberían considerar como variaciones de la COC ya que el concepto se debería relacionar con cambios técnicos que acontecen dentro de la esfera de la producción (Astarita, 2010). Marx sugiere también que se debería considerar el capital variable como un índice para medir una determinada cantidad de fuerza de trabajo, es decir, la masa de trabajo vivo empleada en la producción y no su remuneración.

En general, variaciones de la COC impactan sobre la tasa de ganancia. La regla general es que un aumento de la COC lleva a una caída tendencial de la tasa de ganancia como fue teorizado por el mismo Marx (1867/1991). Por lo tanto, si se considera una economía constituida por distintas ramas de producción caracterizadas por distintas COC, a priori debería existir una desigualdad en las tasas de ganancias en cada rama, es decir, cada rama

tendría una tasa de ganancia distinta de las demás en función de su propia COC[11]. Sin embargo, Marx considera también que las distintas ramas compiten en un mercado donde hay libre movilidad de capitales. Los capitales se pueden desplazar hacia las ramas que tienen mayor rentabilidad y este mecanismo debería generar una igualación de la tasa de ganancia en el conjunto de la economía.

En virtud de la competencia, cada rama terminaría así realizando el promedio de la tasa de ganancia con la venta de sus mercancías a pesar de su mayor o menor COC. Para Marx (1867/1991) es como si los "distintos capitalistas [fueran] accionistas en una sociedad anónima" donde las ganancias se distribuyen "en función del capital que cada uno de ellos invirtió en la actividad empresarial común" (p. 258, traducción propia). Por lo tanto, la competencia promueve una redistribución del capital social entre las distintas ramas que terminan valorizando su capital de la misma manera en la que lo hace la rama con una COC promedio. Dada la competencia se genera un nuevo precio para cada mercancía que no es igual a los costos de producción más la plusvalía generada en la producción ($c + v + s$), como se vio anteriormente, sino más bien igual a los costos de producción más una cantidad alterada de plusvalía que supone la realización de una tasa de ganancia promedio.

Los nuevos precios que se generan una vez igualadas las tasas de ganancias se llaman *precios de producción.* El precio de la mercancía estará dado por los costos de producción más un porcentaje añadido igual al promedio de la tasa de ganancia que rige en la economía en su conjunto. Entre las distintas ramas tiene lugar, por ende, una redistribución de plusvalía que posibilita la igualación de las tasas de ganancias. La regla general es que las ramas con una COC mayor y con una tasa de ganancia menor del promedio estarán recibiendo plusvalía desde las ramas con una COC menor y una tasa de ganancia mayor del promedio. En las próximas páginas, con el análisis de modelo de Emmanuel, se ve como el esquema de transformación de valores en precios funciona con un ejemplo numérico. Emmanuel en su trabajo recuperó el esquema elaborado por Marx en el tercer tomo de *El Capital* y lo aplicó para el estudio de las relaciones comerciales que se instauran entre países capitalistas con distintos niveles de desarrollo.

[11] Marx sostiene que las disparidades en las tasas de ganancias no derivan sólo de la distinta COC sino también de distintos tiempos de rotación del capital, es decir, el tiempo que tarda el capital en realizarse a través de la producción y del consumo. Sin embargo, para el análisis del trabajo de Emmanuel, alcanza con considerar simplemente las diferencias en términos de COC.

## 2.3 El modelo de Emmanuel

El modelo de Emmanuel (1972), contenido en su famoso libro *L'Echange inégal. Essai sur les antagonismes dans les rapports économiques internationaux* publicado por primera vez en francés en 1969, se podría definir como el primer intento de una teoría marxista del comercio internacional. Como se ve con más detalle en el debate con los demás autores del intercambio desigual, el hecho de que se trate de un modelo propiamente marxista es discutible. Lo que es cierto es que Emmanuel, en su teoría, emplea la ley del valor de Marx –o mejor dicho la transformación de valores en precios presente en el tercer tomo de *El Capital*– y la aplica al comercio internacional.

Lo que busca demostrar el autor es que, detrás de la igualdad que supone el comercio[12], hay un intercambio desigual en detrimento de los países subdesarrollados. Como se vio en el primer capítulo, este argumento ya había sido adelantado por Prebisch y Singer en la década de los cincuentas. Los dos autores, sin embargo, habían brindado evidencia empírica y explicaciones teóricas en relación con el deterioro de los términos de intercambio de los bienes agrícolas frente a las manufacturas y, distintamente a lo que hizo Emmanuel en 1969, lo hicieron sin emplear las herramientas de la economía política marxista.

En el caso de obra de Emmanuel (1972), su objetivo es demostrar la existencia de un intercambio desleal entre los países subdesarrollados y desarrollados más allá de las mercancías que cada uno exporta. Emmanuel detecta como causa del intercambio desigual a la brecha de salarios que separa los dos bloques de países. Una vez instauradas las relaciones de libre intercambio, pensaba Emmanuel, los países desarrollados se apropiaban de parte del excedente producido por los países subdesarrollados debido a la igualación de las tasas de ganancias en un contexto internacional donde cada país tenía una cuota de plusvalía diferente.

Las implicancias para la teoría del desarrollo son mayores ya que el comercio se transforma en un mecanismo de transferencia de recursos en detrimento de los países subdesarrollados. Según la mirada planteada por Emmanuel (1972, 1973, 1975), por lo tanto, su modelo de comercio se transforma en una verdadera teoría del desarrollo y del subdesarrollo. El autor concluye que los países subdesarrollados estarían sujetos a una "explotación" por parte de los países desarrollados y que esta misma explotación sería la causa principal de la perpetuación de la condición de subdesarrollo de dichos países. De

[12] M–D–M: dos mercancías del mismo valor se intercambian por la misma cantidad de dinero.

todas maneras, antes de avanzar con el análisis de la propuesta de Emmanuel, se hace necesario arrancar con los supuestos de su modelo.

### 2.3.1 Los supuestos del modelo de Emmanuel

El modelo de Emmanuel (1972) está basado en una concepción "dualista" de la economía mundial. En el modelo se estudian las relaciones que se instauran, bajo condiciones de libre comercio, entre un país desarrollado y un país subdesarrollado. El país desarrollado se caracteriza por tener procesos productivos con una alta composición orgánica del capital (COC) y altos salarios, mientras el país subdesarrollado se caracteriza por estar en una condición exactamente opuesta (Bernal, 1980).

Los dos países instauran relaciones comerciales en un mercado internacional caracterizado por una libre movilidad del capital y una inmovilidad del factor trabajo. Esto implica que, mientras la remuneración del capital se equilibra a nivel internacional (igualación de las tasas de ganancias), la brecha de salarios puede persistir indefinidamente[13]. Como se verá más en detalle en las próximas secciones, esta brecha entre los salarios está determinada por factores extraeconómicos. Emmanuel asume inicialmente que los salarios son dados exógenamente al modelo ya que, según él, están determinados más por cuestiones políticas y culturales que económicas.

Los dos países que realizan el intercambio a través del comercio son ambos países capitalistas y producen, cada uno, un bien específico. Este último supuesto permite a Emmanuel, en un cierto sentido, eludir la cuestión de la productividad, ya que tratándose de bienes específicos no se permite una comparación directa entre las productividades del trabajo. El modelo postula que el trabajo –a un nivel de productividad mundial promedio– produce el mismo valor en cualquier país del mundo. Emmanuel, por ende, extiende la categoría de trabajo socialmente necesario de Marx al comercio internacional (De Janvry & Kramer, 1970).

Asumiendo los costos de transporte iguales a cero, y demanda y oferta en perfecto equilibrio, Emmanuel supone que los precios de mercado se equivalen a los precios de producción como es teorizado por Marx, es decir, que el precio de mercado coincide con los costos de producción más el promedio de la tasa de ganancia a nivel internacional. El precio de equilibrio de largo plazo de un bien, por ende, está determinado por sus costos. Como se

[13] Emmanuel, distintamente del modelo de Heckscher-Ohlin, no ve en el comercio un sustituido a la migración. En este modelo neoclásico se postulaba una tendencia a la convergencia tanto de los precios internacionales como también de los costos de los factores productivos.

anticipó, estas conclusiones derivan de la aplicación al comercio internacional de la transformación de los valores en precios incluida en el tomo III de *El Capital* de Marx.

### 2.3.2 La igualación de las tasas de ganancia y el intercambio desigual

Emmanuel (1972) emplea los precios de producción en su modelo para demostrar la existencia de un intercambio desigual entre los países desarrollados y subdesarrollados. Para hacer esto, el autor hace referencia al trabajo de Marx (1867/1991) y a su esquema de transformación de los valores en precios en una condición de igualación de las tasas de ganancias. El ejemplo de Marx hace referencia a un contexto nacional, donde la producción se divide en distintas ramas caracterizadas por distintas COC[14]. Los salarios son homogéneos ya que el trabajo está relativamente libre de desplazarse hacia donde recibe una mayor remuneración, y el mismo principio aplica para el capital. Esta movilidad permite a los factores recibir una remuneración homogénea dentro del sistema económico.

Sin embargo, siendo la COC de las distintas ramas no homogénea, cada rama se encuentra con una tasa de ganancia distinta antes de la transformación. En el esquema de Marx, la transformación supone que haya una transferencia de plusvalía entre las diversas ramas del sistema para proporcionar una tasa de ganancia homogénea. Las ramas con mayor COC se apropian de parte de la plusvalía producida por las ramas con menor COC, y este mecanismo de transferencias es lo que subyace en la igualación de las tasas de ganancias. Cada rama termina recibiendo el promedio de la tasa de ganancia como remuneración para la inversión productiva.

[14] La composición orgánica del capital mide la relación entre el capital constante (c) y variable (v) empleados en el proceso de producción capitalista. El capital constante se refiere al "trabajo muerto", es decir, el producto de anteriores procesos de trabajo que el capitalista emplea en la producción en combinación con el "trabajo vivo", que sería el capital variable. Marx teorizó el concepto de COC para medir la evolución continua que se da dentro del proceso de productivo en el capitalismo. Según su teoría, la competencia entre las distintas firmas empuja los capitalistas hacia una continua inversión en capital constante que aumenta progresivamente la *ratio* entre capital constante y variable. A lo largo del tiempo una creciente COC debería coincidir con una caída tendencial de la tasa de ganancia. La fórmula más común para medir la composición del capital es en términos de valor: *c/v.* Sin embargo, como observa Astarita (2010), si bien la COC mide variaciones en la proporción entre capital variable y constante, no todas variaciones de estos dos términos deberían considerarse como variaciones de la COC. Variaciones de salario por ejemplo harían variar la COC sin que esto se relacione con un cambio sustancial en la masa de medios de producción y fuerza de trabajo. Por lo tanto, Astarita sugiere dos maneras alternativas de medir la COC: $c/(v+s)$, donde $s$ es la plusvalía; o en alternativa, $c/L$, donde $L$ es la cantidad de trabajo empleada en el proceso de producción. El principio fundamental es que la COC debería dar cuenta de cambios tecnológicos que acontecen *dentro* de la empresa, mientras la composición en términos de valor se refiere más a cambios que acontecen *por afuera* de la esfera de control del capitalista. La composición en términos de valor y la composición orgánica del capital, por ende, reflejan respectivamente fuerzas internas y externas a la actividad productiva. La paradoja es que la competencia entre los distintos capitalistas los empuja hacia una continua innovación tecnológica ya que emplear mejor tecnología permite explotar más intensivamente el trabajo y generar una ventaja con respecto a los demás capitalistas. Sin embargo, esta conducta individual aplicada a toda la clase capitalista se transforma en una fuerza destinada a desestabilizar el proceso de acumulación llevándolo, en el largo plazo, hacia su progresivo estancamiento (Harvey, 2018). El concepto de COC de Marx, por ende, está íntimamente relacionado con el desarrollo de las fuerzas productivas mientras la diferenciación entre composición en términos de valor y COC quiere poner énfasis sobre la contradicción inherente entre la conducta individual del capitalista y los intereses de reproducción de la clase capitalista en su conjunto.

Emmanuel aplica este esquema de Marx a una relación entre países, suponiendo que el país subdesarrollado cuenta con una COC menor respecto al país desarrollado. Para visualizar mejor la transformación se desarrolla abajo un ejemplo numérico presentado por Astarita (2011). Es necesario precisar que Emmanuel en su trabajo considera que cada país cuenta con distintas ramas con diferentes COC como en el ejemplo de Marx. El ejemplo del Cuadro 2 de abajo está simplificado ya que considera a cada país como si fuera una sola rama de producción[15].

**Cuadro 2.** *Dos países con distintas composiciones orgánicas del capital y mismos salarios*

| *País* | *c* *Capital constante* | *v* Capital variable | *s* *plusvalía* | *$* *precio* *(c + v + s)* | *p* *Tasa de explotación (%)* | *g* *Tasa de ganancia (%)* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *A* | 200 | 50 | 50 | 300 | 100 | 20 |
| *B* | 50 | 50 | 50 | 150 | 100 | 50 |
| *promedio* | 125 | 50 | 50 | 225 | 100 | 28,6 |
| *Transformación (igualación de las tasas de ganancia)* | | | | | | |
| *A* | 200 | 50 | ***71,43*** | ***321,43*** | 142,9 | 28,6 |
| *B* | 50 | 50 | ***28,57*** | ***128,57*** | 57,1 | |

*Elaboración propia basada en el ejemplo numérico de Astarita (2011). Formulas: p = s/v ; g = s/(c+v) , las dos expresadas en porcentajes; El capital variable (v) es igual al salario horario (10$) multiplicado por la cantidad de horas de trabajo que es de 5hs en ambos países. El promedio de la tasa de ganancia se ha calculado con la formula anterior aplicada al promedio de capital constante, variable y plusvalía de los dos países (ver "promedio"). La plusvalía luego de la transformación ha sido calculada aplicando la formula inversa y utilizando la tasa de ganancia promedio (igualación).*

En este primer ejemplo, se considera la relación entre dos países con salarios homogéneos (entonces una condición parecida a la producción dentro de un mismo país propuesta por Marx). El salario equivale a $10/h y los dos países emplean la misma cantidad de trabajo igual a 5hs. Por ende, en ambos países el capital variable (v) es igual a 50. Sin embargo, los dos países inviernen una cantidad distinta en capital constante (c). Esto hace que el país A se encuentre con una COC igual a 2 mientras el país B igual a 0,5[16]. En los dos países el

[15] En el ejemplo de Emmanuel los dos países cuentan con distintas ramas de producción. Los dos países en autarquía se encuentran respectivamente con su propia tasa de ganancia promedio y sus transferencias de plusvalía dadas por la libre competencia entre las distintas ramas. En este ejemplo se asume directamente el promedio de capital constante, variable y plusvalía en cada país, con su respectiva tasa de ganancia promedio. Esta simplificación es consistente con el modelo de Emmanuel ya que, en sustancia, él está considerando cada país como si fuera un único capitalista (Carchedi, 1988, 2006). También hace falta aclarar que en este ejemplo todo el capital constante (c) se emplea en el ciclo productivo.

[16] La COC se calculó aplicando la formula propuestas por Astarita (2010): *c/(v+s).* Si se aplicara la formula *c/v*– que es la fórmula más común– el esquema de Emmanuel perdería sentido ya que, una vez modificados los salarios, el país B se

trabajo produce una plusvalía (*s*) de 50, es decir, produce una cantidad excedente de valor igual a su remuneración (*v*). Asimismo, la tasa de explotación (p) es igual al 100%.

Dadas las distintas COC, los dos países se encuentran, antes de la transformación, con tasas de ganancias distintas. Una vez habilitado el comercio y los flujos de capitales, el modelo supone que las tasas de ganancias vayan a converger hacia un promedio de 28,6%. El promedio de la tasa de ganancia se calculó promediando el capital constante, variable y la plusvalía entre los dos países y aplicando la fórmula de la tasa de ganancia para este promedio[17]. El resultado de la transformación es visible respecto a la variación de la cantidad de plusvalía y de los precios de producción.

Luego de la transformación, el país A, caracterizado por una mayor COC, se encuentra con una cantidad de plusvalía mayor a la que había producido (71,43 > 50), y con un precio de producción por encima del precio originario (321,4 > 300). El país B, por lo contrario, se encuentra en una condición exactamente opuesta, con plusvalía y precio de producción inferiores a la condición de autarquía (28,57 < 50; 128,6 < 150). Sin embargo, Emmanuel (1972) considera esta primera desigualdad como un "intercambio desigual en un sentido amplio", algo inherente al mismo capitalismo. Efectivamente, el mismo ejemplo, como explicado por Marx (1867/1991), aplica para un mismo país que produce sus bienes en distintas ramas caracterizadas por diferentes COC. Por ende, para analizar las relaciones entre países con niveles desiguales de desarrollo, Emmanuel introduce un segundo componente, es decir, la desigualdad en la remuneración del trabajo entre los dos países.

**Cuadro 3.** *Dos países con distintas composiciones orgánicas del capital y distintos salarios*

| *País* | *c* *Capital constante* | *v* Capital variable | *s* *Plusvalía* | *$* *Precio* *(c + v + s)* | *p* *Tasa de explotación (%)* | *g* *Tasa de ganancia (%)* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *A* | 200 | 50 | 50 | 300 | 100 | 20 |
| *B* | 50 | 5 | 95 | 150 | 1900 | 172,7 |
| *promedio* | 125 | 27,5 | 72,5 | 225 | 1000 | 47,5 |
| *Transformación (igualación de las tasas de ganancia)* | | | | | | |
| *A* | 200 | 50 | ***118,85*** | ***368,85*** | 237,7 | 47,5 |

encontraría con una COC mayor con respecto a B y debería recibir y no ceder plusvalía como planteado por Emmanuel (Carchedi, 1988). Se vuelve a desarrollar este punto más adelante.

[17] Formula: $g = s/(c+v)$.

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| *B* | 50 | 5 | ***26,15*** | ***81,15*** | 523 |

*Elaboración propia basada en el ejemplo numérico de Astarita (2011). Formulas: p = s/v, g = s/(c+v), las dos expresadas en porcentajes. El capital variable (v) es igual al salario horario (10$ en A y 1$ en B) multiplicado por la cantidad de horas de trabajo empleado que es de 5hs en ambos países. El promedio de la tasa de ganancia se ha calculado con la formula anterior aplicada al promedio de capital constante, variable y plusvalía de los dos países (ver "promedio"). La plusvalía luego de la transformación ha sido calculada aplicando la formula inversa y utilizando la tasa de ganancia promedio (igualación).*

En este segundo ejemplo, la remuneración del trabajo es distinta en cada país. En el país A el trabajo se remunera por $10/h, mientras en el país B el salario es una décima parte, $1/h. Los dos países emplean nuevamente la misma cantidad de trabajo igual a 5hs. La COC difiere entre los dos países de la misma manera que antes. El país A tiene una COC igual a 2, mientras el país B igual a 0,5[18]. Esta vez, el promedio de la tasa de ganancia se ubica en un 47,5%. El país B se encuentra con una tasa de ganancia (anterior al comercio) muy por encima del país A. Esto se debe fundamentalmente al hecho de que la remuneración del trabajo es diez veces inferior[19].

Una vez habilitado el comercio e igualadas las tasas de ganancias, una posterior desigualdad toma lugar. Nuevamente, el país caracterizado por una mayor COC y mayores salarios, es decir, el país A, se apropia de parte de la plusvalía producida por el país B (118,85 > 50) y esto es directamente proporcional a la perdida de plusvalía de este último (26,15 < 95). Esto se produce por la diferencia en los precios de producción de A (368, 85 > 300) y B (81,15 < 150). El resultado final es que el diferencial de salarios (con COC constantes) amplifica el efecto del intercambio desigual. Por lo tanto, este diferencial implica una segunda desigualdad que se materializa en una segunda transferencia de excedente desde el país con menor COC y menores salarios, hacia el país con mayor COC y mayores salarios.

Este fenómeno es lo que Emmanuel describe como "intercambio desigual en un sentido estricto", es decir, lo que el autor considera ser el verdadero intercambio desigual (1972). Sin embargo, queda para explicar la razón de estos diferenciales de salario, y la razón por la cual el comercio internacional no debería, en algún momento, proporcionar una

[18] La COC permanece igual si consideramos la formula antes mencionada propuestas por Astarita (2010): *c/(v+s)*. Sin embargo, Carchedi (1988) observa que si se empleara la fórmula más común, es decir, la COC expresada en valor (*c/v*), el país B se encontraría con una COC mayor respecto al país A. Por lo tanto, Emmanuel estaría teorizando un flujo inverso ya que el esquema de Marx prevé que el flujo debe siempre ir desde la rama con menor COC hacia la rama con mayor COC. Más adelante, en la sección dedicada a las críticas al modelo de Emmanuel, se vuelve a desarrollar este punto junto con otras falacias que Carchedi detectó en el trabajo de Emmanuel.

[19] Cabe aclarar que con menores salarios en el país B se ha incrementado la masa de plusvalía y la tasa de explotación en el mismo país. Asimismo, aumenta la cantidad total de plusvalía que se reparte a través del comercio y la tasa de ganancia promedio.

convergencia en la retribución del factor trabajo entre los distintos países como es postulado por los modelos neoclásicos de comercio internacional.

### 2.3.3 Los salarios como "variable independiente"

Uno de los supuestos clave para dar consistencia al modelo de Emmanuel (1972) es considerar los salarios como si fueran una variable exógena. Sobre este asunto se estructurará una gran discusión en los años sucesivos, ya que para muchos autores se trataría de una lectura incorrecta de la teoría de Marx. Efectivamente, es algo paradójico el hecho de considerar la variable fundamental del modelo como si no fuera determinada por el mismo. El modelo de Emmanuel, en un cierto sentido, no da herramientas para entender las causas del diferencial de salarios, por lo menos en sus comienzos. Estas son cuestiones que se desarrollarán con mayor detalle en el próximo capítulo. Por ahora, se introduce la concepción de los salarios propia de Emmanuel como la desarrolló en sus escritos.

Según Emmanuel, la remuneración del trabajo depende de cuestiones culturales e históricas. En cada momento histórico, una sociedad tiene una concepción particular de lo que es un estándar de salario. Por lo tanto, la remuneración mínima aceptable en una sociedad se determina moral y éticamente. El salario, a diferencia de otros precios de mercado, determina la distribución de la riqueza entre la clase capitalista y los asalariados. Como tal, es un elemento de lucha entre las distintas clases sociales y, por ende, un elemento de conflicto político. Por esta misma razón Emmanuel considera que los salarios son determinados exógenamente al modelo, es decir, que no dependen directamente de fenómenos económicos, sino más bien de cuestiones políticas, históricas y culturales (Emmanuel, 1972, 1975).

Aquí Emmanuel está haciendo referencia directa a la obra de Marx (1982) donde el mismo autor sostiene que "la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene elementos históricos y morales". Además, Marx añade que "en un momento dado, el promedio de la cantidad de los medios de subsistencia necesarios para el trabajador está dado como *datum*" (p. 275, traducción propia). Sin embargo, y esto se verá con más detalle en la discusión con los demás autores marxistas del intercambio desigual, Emmanuel parece no estar considerando que "las necesidades básicas, y también las maneras de satisfacerlas, son ellas mismas el producto de la historia, y dependen por lo tanto en gran medida del nivel de civilización alcanzado por un país" (Marx, 1982, p. 275, traducción propia). Si no se considera esta dimensión dialéctica parecería que en cualquier sociedad el nivel de salarios

podría determinarse de manera arbitraria, es decir, al prescindir del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el país en cuestión.

El autor resume todos estos componentes –éticos, morales e históricos– bajo el concepto de salarios "institucionalmente" determinados. Según el mismo autor, estos condicionamientos extraeconómicos están en la base de la perpetuación de la brecha de salarios entre los países desarrollados y subdesarrollados. Dichos diferenciales, una vez instaurados, tienen efectos directos sobre los estándares de vida en los distintos países. Emmanuel atribuye una "prioridad lógica" a los salarios ya que, basando su modelo en los precios de producción, estos últimos influyen de manera directa sobre los precios determinándolos. Los salarios más bajos pagados en los países subdesarrollados se vinculan a la exportación de bienes baratos. Asimismo, los países subdesarrollados terminan intercambiando sus bienes con los países desarrollados recibiendo una cantidad de trabajo cada vez inferior a la que ceden.

En todo este proceso Emmanuel (1975) ve una "interacción dialéctica". Menores salarios significan un deterioro de los términos de intercambio como también una mayor cantidad de excedente transferido hacia las economías con altos salarios y un empeoramiento posterior de las condiciones de vida en las economías subdesarrolladas. A la inversa, en los países desarrollados, el consumo exuberante posibilitado por el comercio con las economías subdesarrolladas deviene costumbre mientras aumenta el poder de negociación de la clase trabajadora frente a la clase capitalista. Estas economías beneficiadas por el comercio ven aumentar posteriormente sus salarios y mejoran su condición con respecto a los países subdesarrollados.

Entonces, una vez instaurado el diferencial de salarios que Emmanuel (1975) atribuye al momento de la "acumulación primitiva"[20], se instaura un círculo vicioso que ve a los países subdesarrollados caer en un vórtice de la pobreza, mientras que las economías desarrolladas se benefician de las "ganancias extraordinarias" extraídas a través del

[20] Con el concepto de "acumulación originaria" o "acumulación primitiva" Marx (1867/1982) se refería a una etapa originaria del ciclo del capital. Dado que el ciclo del capital presupone la creación de plusvalía y que la creación de plusvalía, a su vez, presupone la existencia de relaciones capitalista de producción, el ciclo parece tener un carácter atemporal. Para cerrar el círculo, Marx sostuvo que hubo un momento originario en el que se dio un proceso de separación de los productores de sus medios de producción. Por lo tanto, el momento de la acumulación primitiva fue un momento de proletarización forzada de la fuerza de trabajo y de preparación de las bases materiales para que se pudieran instaurar las relaciones capitalistas de producción. La acumulación primitiva creó las condiciones para que los medios de producción se transformaran en capital y los trabajadores en trabajadores asalariados, es decir, proletarios. Esta acumulación, por lo tanto, no fue el resultado de un ciclo anterior de acumulación del capital sino más bien su comienzo. "Los métodos de la acumulación primitiva han sido todo excepto idílicos" dice Marx (1867/1982) ya que históricamente se han dado en términos de "conquista, esclavización, robo [y] homicidio" (p. 874, traducción propia).

comercio. El proceso tiene un carácter cumulativo para Emmanuel que se puede resumir claramente con las mismas palabras usadas por el autor: "poverty begets poverty*",* es decir "la pobreza causa pobreza". Finalmente, a pesar de su referencia a la acumulación originaria de Marx como momento constitutivo de este proceso, la teoría parece explicar de manera clara sólo la perpetuación del subdesarrollo, y no sus causas.

El desarrollo desigual y los diferenciales de salario son asumidos antes del comercio (generados por una etapa originaria) y lo que se deriva del modelo es un círculo vicioso que reproduce estas condiciones iniciales y las extiende indefinidamente en el tiempo. El modelo compara los precios de producción existentes con precios hipotéticos que se darían en una circunstancia en la que los salarios fueran homogéneos entre los países. Asimismo, Birkan (2015) sugiere que este análisis sólo tiene sentido si se consideran las transferencias en términos de precios y no en términos de valor.

En cierto sentido, el modelo de Emmanuel emplea la herramienta marxista cayendo en una lectura circulacioncita. El autor basa su análisis en la observación de lo que acontece en la esfera de la circulación sin volver a fundamentar su modelo en un análisis en la esfera de la producción. Por lo tanto, la propuesta de Emmanuel no difiere mucho de lo que Marx en su tiempo criticó como "economía política vulgar" y traiciona profundamente las premisas de su mismo pensamiento (Bernal, 1980; Bettelheim, 1972). Esta es una de las críticas principales que se han presentado contra la teoría de Emmanuel. En el próximo capítulo se introduce con mayor detalle el gran debate que se desarrolla durante toda la década de los setenta y ochenta alrededor de su obra y teoría del intercambio desigual.

# Capítulo 3

# Críticas al modelo de Emmanuel

En este tercer capítulo se analizarán los aportes críticos de los demás autores que participan en el debate del intercambio desigual dentro del marxismo. Se consideran argumentos y propuestas que se desprenden de la obra pionera de Emmanuel *El intercambio desigual,* publicada en 1969, y que se desarrollan hasta fines de la década de los ochenta. Este ha sido el periodo de auge del debate sobre el intercambio desigual dentro del marxismo. En una segunda parte del capítulo se volverá a la lectura de la obra de Emmanuel haciendo referencia a sus implicancias para la teoría del desarrollo/subdesarrollo. Asimismo, se analizarán otros aportes del autor circunscriptos a esta cuestión específica y se reflexionará sobre la noción marxista de desarrollo desigual que es un concepto clave alrededor del cual gravitan la mayoría de las críticas propuestas en este capítulo.

## 3.1 ¿Un modelo neoclásico disfrazado de marxismo?

Luego de su publicación en 1969, el trabajo de Emmanuel entra en colisión con las posiciones clásicas de la teoría del imperialismo que estaban poco dispuestas a aceptar tanto las premisas como las conclusiones de su trabajo. Un debate muy prolífico se instaura inmediatamente con Bettelheim, y parte de la discusión se publicará como apéndice a la obra de Emmanuel *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade* publicada en 1972 en inglés. El punto central de la crítica de Bettelheim tiene que ver con el hecho de que el modelo de Emmanuel enfoca su análisis en la superficie de los fenómenos económicos sin ahondar su mirada en la esfera de la producción como propuesto por Marx en *El Capital*.

De hecho, en la esfera de la circulación siempre se supone haber igualdad, es decir, que las mercancías se intercambian por el mismo valor monetario (M – D – M). Marx demuestra que el origen de la desigualdad que permite al sistema capitalista su expansión continua se ubica en el proceso de trabajo, donde la explotación del trabajador genera la plusvalía que se realiza en el mercado generando ganancias para el capitalista (D – M – D'). Según Bettelheim (1972) no hay ninguna "explotación comercial" como supone Emmanuel en su trabajo. Asimismo, Battelheim insiste con que la noción de explotación siempre debe

estar anclada al proceso de trabajo si se quiere adoptar la herramienta crítica marxista sin traicionar el espíritu de Marx.

En particular, el nodo crucial de la crítica tiene que ver con el hecho de que Emmanuel trata el trabajo como una variable independiente. Bettelheim (1972) sostiene que el trabajo no se puede considerar como un factor de producción cualquiera. Según él, no se puede considerar una variable como independiente en el marxismo ya que, en última instancia, todo debe poderse reconducir a una lógica sistémica, es decir, responder a algún tipo de ley. El trabajo se constituye como fuerza de trabajo y está involucrado en un proceso histórico que responde a una lógica inherente al sistema. Bettelheim se refiere a la existencia de elementos objetivos como las relaciones políticas, ideológicas y económicas que van mucho más allá de un simple diferencial de salarios.

Efectivamente, el modelo de Emmanuel deja la impresión de que achicar la brecha de salarios solucionaría la cuestión del desarrollo desigual una vez por todas, cuando en realidad, para Bettelheim, la cuestión es exactamente opuesta. Bajos salarios, baja COC y bajo desarrollo tecnológico –es decir, todo lo que hace de un país un país subdesarrollado según Emmanuel– son primariamente consecuencias y secundariamente causas de un desarrollo desigual. Pensar que el intercambio desigual esté en la base del desarrollo desigual es pensar las cosas al revés y privar al análisis de su base objetiva. Amin (1977) comparte la mirada planteada por Bettelheim con respecto a las fuerzas objetivas. Según Amin, el modelo de Emmanuel se concentra sólo en las fuerzas subjetivas. Un análisis verdaderamente marxista no debería olvidarse de considerar la dialéctica entre las distintas fuerzas, es decir, entre la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas.

El mismo Amin (1977) avanza en el desarrollo de un modelo propio de intercambio desigual con un potencial mayor con respecto al precedente modelo de Emmanuel. El modelo de Amin aplica para el intercambio de bienes no específicos y entre formaciones no capitalistas (Emmanuel postulaba bienes específicos y países capitalistas). Según Amin, para que haya intercambio desigual, alcanza que la brecha entre los salarios sea mayor que la brecha entre las productividades del trabajo en los dos países. Es necesario remarcar que suponer el intercambio de bienes no específicos habilita la comparación en términos de productividades entre los distintos países.

Amin (1977) sugiere que ya en su momento algunos países periféricos tenían acceso a tecnologías parecidas a los países centrales y que, por lo tanto, el trabajo en estas economías tenía una productividad parecida a la productividad del centro (aplicada a la

producción de las mismas mercancías). A pesar de esta convergencia en las productividades los países periféricos seguían teniendo una brecha considerable en los salarios y este fenómeno fundamentalmente constituía el intercambio desigual como lo entendía Amin. Pese a esta posterior confirmación de la existencia de un intercambio desigual, la conclusión de Amin es parecida a la de Bettelheim. El autor considera que el intercambio desigual está en última instancia arraigado en un desarrollo desigual. Asimismo, los salarios más altos de los países centrales estarían íntimamente relacionados con el mayor desarrollo de las fuerzas productivas y no serían el resultado de transferencias de plusvalía.

Shaikh (1980) cuestiona el modelo de Emmanuel porque según su perspectiva es imposible determinar el efecto neto de la trasferencia a priori. Shaikh sostiene que Emmanuel no está considerando la eficiencia de las ramas, y que la entidad del intercambio desigual depende tanto de la eficiencia como de la COC. Según el mismo autor, hipotéticamente, es posible que los países subdesarrollados estén sujetos a transferencias positivas o simplemente que no haya transferencia alguna. Además, el autor concluye que los diferenciales de salario no necesariamente conducirían a un intercambio desigual. Según el autor, la cuestión del subdesarrollo recae en el libre comercio y en los diferenciales de costos absolutos. Bajo su perspectiva el comercio internacional fomenta el desarrollo desigual y este no es una cuestión de transferencias de valor. Asimismo, el intercambio desigual se podría considerar, en la mejor de las hipótesis, como un fenómeno de importancia secundaria. Esta perspectiva de Shaikh se profundiza con mayor detalle en la próxima sección.

Todavía más contundente es la crítica de Carchedi (1988) que sostiene que el intercambio desigual como es teorizado por Emmanuel simplemente no existe. Segú el autor, Emmanuel está teorizando un flujo de excedente en un sentido contrario, ya que los bajos salarios de los países subdesarrollados deberían coincidir con una COC mayor con respecto al país desarrollado (Carchedi está considerando la COC en términos de valor, es decir, $c/v$)[21]. Además, el autor añade que es impropio pensar a todo un país como a un único capitalista que produce y exporta. El esquema de Marx está pensado para ser aplicado a un país único constituido por distintas ramas con COC desiguales. Extender la aplicación del esquema a una relación entre países es teóricamente incorrecto. Por último, Emmanuel

[21] Como ya se vio en el capítulo anterior, esta crítica no aplica si se consideran las formulas alternativas de la COC propuestas por Astarita (2010). Siempre hay que tener a mente que variaciones de la COC, de acuerdo con lo que postula Marx en sus escritos, deberían darse en función de variaciones de la composición técnica del capital y que, por lo tanto, si hay variaciones de precio de los factores la formula $c/v$ pueden resultar engañosa.

comete un error al aplicar el esquema de igualación de la tasa de ganancias postulando un diferencial en los salarios. El esquema está pensado para aplicarse en un contexto nacional donde los salarios son tendencialmente homogéneos debido a la libre movilidad del trabajo y a la competencia.

El modelo de Emmanuel se desarticula todavía más si se considera que el supuesto de la igualación de las tasas de ganancias no se puede sostener tanto empíricamente como teóricamente, como fue sugerido por Mandel (1976). De hecho, según el mismo autor, asumir una igualación de las tasas de ganancia contradice la ley del desarrollo desigual de Marx. Mendel considera que el intercambio desigual es la consecuencia de una ley del valor mundializada en un contexto donde las tasas de ganancias no se igualan a nivel internacional y el trabajo de los países más avanzados es más intensivo y, por lo tanto, más productivo en términos de valor. Esto se debe tanto a la mayor destreza del trabajador, como a la mejor tecnología y organización de los procesos productivos.

El intercambio desigual, según Mandel (1976), tiene que ver con el intercambio de cantidades desiguales de trabajo debido al hecho de que la hora de trabajo del país avanzado resulta ser más productiva respecto a la hora de trabajo del país menos desarrollado. Con respecto a los diferenciales de salario, de acuerdo con Mandel, estos no serían la causa sino más bien la consecuencia de un desarrollo desigual. En particular, según el autor, la tendencia divergente de los salarios tiene que entenderse en la lógica de acumulación del capitalismo extendida a una escala global. Adoptando la perspectiva de Mandel, el problema del intercambio desigual se pondría en términos de distintas formaciones sociales y distintos niveles de desarrollo de las fuerzas productivas. Asimismo, los diferenciales de salarios, lejos de ser la causa del subdesarrollo, devendrían en sus consecuencias.

A la luz de estas contribuciones, la obra de Emmanuel parece perder solidez, tanto desde una perspectiva teórica como empírica. Todos los autores aquí analizados reafirman la centralidad de del concepto de desarrollo desigual. Esta categoría, que es central en la economía política marxista, se encuentra ocultada en la obra de Emmanuel detrás del fenómeno del intercambio desigual, al cual el autor atribuye una prioridad lógica casi absoluta. Básicamente todos los autores mencionados sostienen que el intercambio desigual debería considerarse como un fenómeno resultante de la tendencia inherente del capitalismo al desarrollo desigual y no al revés. Asimismo, Shaikh y Amin han sugerido que las transferencias de valor juegan un papel secundario, en discontinuidad con la prioridad atribuida por Emmanuel a las mismas.

Acá resuena también la discusión entre Brenner y Wallerstein, analizada en el primer capítulo. Emmanuel, de la misma manera que Wallerstein, parece estar dando escasa consideración a la dimensión cualitativa de los procesos de desarrollo del capitalismo, enfatizando el papel de las relaciones de intercambio y de las transferencias de valor como determinantes de la condición del desarrollo de los países. Finalmente, Emmanuel parece traicionar el espíritu de la obra de Marx cayendo en una lectura "circulacionista", que se enfoca en la esfera del intercambio sin ahondar la mirada en la esfera de la producción. Como se verá, esto llevará el autor a extender de manera impropia la noción de explotación al comercio, sosteniendo la existencia de una explotación no sólo entre distintos países del mundo, sino más bien, entre clases proletarias.

Estas cuestiones hacen pensar que difícilmente se puede considerar a la obra de Emmanuel como una obra propiamente marxista. Esto es aún más verdadero si se considera –como fue sugerido por Shaikh (1979a, 1979b, 1980)– que en ningún momento Emmanuel pone realmente en cuestión el principio de las ventajas comparativas propio de los modelos clásicos y neoclásicos de comercio internacional. Según el mismo Shaikh, un modelo de comercio internacional inspirado en la obra de Marx debería rechazar el principio de las ventajas comparativas propuesto por Ricardo en pos de adoptar las ventajas absolutas como principio explicativo del comercio. En la próxima sección se desarrolla esta propuesta del autor.

### 3.1.1 ¿Ventajas comparativas o ventajas absolutas?

Al final de la década de los setenta, Shaikh crítica el modelo de Emmanuel desde una perspectiva novedosa. Según él, el error fundamental de Emmanuel consistiría en no haber refutado el principio de las ventajas comparativas propuesto por Ricardo. Según Shaikh (1979a, 1979b, 1980), una aplicación correcta del pensamiento de Marx extendido al comercio internacional debería haber llevado el autor a pensar en términos de ventajas absolutas rechazando a la propuesta de Ricardo. Shaikh sostiene que el modelo de Emmanuel acepta y adopta en sus fundamentos el principio de las ventajas comparativas. Asimismo, el modelo de Emmanuel deja la impresión de que, si no se hubiesen creado de repente diferenciales de salario entre los distintos países con la "acumulación originaria", el comercio internacional conservaría el potencial de constituirse como una relación de mutuo beneficio, en línea con los planteos de los teóricos clásicos y neoclásicos del comercio.

El punto de partida del análisis de Shaikh (1979a, 1979b, 1980) es que es el mismo comercio internacional que crea los presupuestos por un desarrollo desigual. Desde su

perspectiva, desarrollo desigual y libre comercio son una misma cosa. El autor llega a esta conclusión porque considera que el comercio internacional está determinado por ventajas de costos en términos absolutos. Shaikh considera que las ventajas absolutas nunca se reducen a ventajas comparativas y que el mercado de por si no representa un mecanismo automático de compensación de los desequilibrios derivados por el comercio internacional como suponían los modelos ortodoxos.

Para poner un ejemplo práctico, Shaikh (1979a, 1979b, 1980) retoma el modelo estándar de Ricardo[22], donde Portugal tiene ventajas absolutas en la producción de ambos bienes, mientras Inglaterra dos desventajas absolutas. Según el modelo de Ricardo, razonando en términos de costos de oportunidad, cada país tendría una ventaja comparativa con respecto al otro. Siempre habría, por ende, potencial para un comercio a mutuo beneficio si un país se especializara en la producción de aquel bien por el cual tiene un costo de oportunidad menor, por lo menos hasta que el precio relativo después de la apertura al comercio se ubica por encima del precio relativo de autarquía. Además, en la teoría clásica, se asume que los términos de intercambio deberían moverse para anular los desequilibrios comerciales, por ejemplo, cayendo para un país que se encuentra con un déficit crónico en su balanza comercial (Shaikh, 2007). Dada esta tendencia, las exportaciones se harían más competitivas y las importaciones más caras, con el efecto neto de reducir paulatinamente el déficit comercial y anular los desequilibrios.

Sin embargo, Shaikh observa que déficits crónicos son muy comunes en el comercio internacional. Poniendo el mismo ejemplo de Ricardo y utilizando las ventajas absolutas como principio explicativo, Shaikh (1979, 1980, 2007) sostiene que Inglaterra, habilitando el comercio con Portugal, acabaría teniendo un déficit crónico. Este déficit sería financiado a través de capitales exportados por Portugal (debido al diferencial entre las tasas de interés, más alta en Inglaterra), con lo que Inglaterra terminaría endeudada y estrangulada por el pago de intereses de la deuda contraída con Portugal. En definitiva, los desbalances

[22] En el modelo estándar de Ricardo se asumen dos países (Portugal e Inglaterra) que intercambian a través del libre comercio. El único factor productivo es el trabajo y cada país lo puede emplear en la producción de dos bienes. La tecnología no es homogéneamente distribuida y Portugal tiene dos ventajas absolutas mientras Inglaterra tiene dos desventajas absolutas. Esto significa que, en términos de productividad del trabajo, Portugal es más eficiente en la producción de ambos bienes. Sin embargo, Ricardo observa que si se comparan los costos de oportunidad entre los países (precios relativos de autarquía), un país siempre tendrá una ventaja comparativa con respecto al otro en la producción de uno de los dos bienes. Por ende, si los países intercambian a través del comercio y cada uno se especializa en la producción del bien por el cual tiene una ventaja comparativa, el comercio genera un excedente que se reparte según los términos de intercambio. Para cada país, si el precio relativo luego de la apertura al comercio se encuentra por encima del precio relativo de autarquía, se da una expansión en las posibilidades de consumo más allá de la frontera de las posibilidades de producción. El comercio, por lo tanto, se transforma en una relación de mutuo beneficio ya que permite a los dos países consumir más de lo que consumirían en una condición de autarquía.

comerciales sólo se compensarían por la trasferencia de reservas desde Inglaterra hacia Portugal, contrapartida de los desequilibrios comerciales crónicos entre los dos países. Finalmente, el progresivo endeudamiento llevaría Inglaterra hacia la banca rota.

Para Shaikh, entonces, no existe ningún mecanismo automático de compensación de los desbalances crónicos. Los países más avanzados –que cuentan con una ventaja de costos absolutos debido a su mayor avance tecnológico– terminan siempre ganando; mientras los países menos avanzados acumulan déficit en las cuestas externas y deuda con los socios comerciales. Por esta misma razón, Shaikh considera que el comercio internacional fortalece la tendencia al desarrollo desigual inherente al propio capitalismo. Para el autor, la cuestión es sencilla: el comercio internacional se debe analizar adoptando el concepto de *competencia real*[23] y contraponiéndolo a la visión idealizada de la competencia propia de los clásicos y neoclásicos.

Shaikh (2004, 2007) sostiene que la misma lógica de competencia que se aplica en el análisis de los mercados *dentro* de los países debería aplicarse a las relaciones *entre* los países. De la misma manera en la que una empresa más innovadora y competitiva en un mercado local desplaza a los competidores ineficientes, un país más avanzado desplazará a los países más débiles en el comercio internacional. Por lo tanto, la libre competencia entre países a través del comercio internacional tiende a favorecer a los países más avanzados (con mayor eficiencia productiva) y a desfavorecer a los países menos avanzados. Asimismo, el comercio internacional termina exasperando la brecha entre los países de manera opuesta a la convergencia postulada por las teorías clásicas y neoclásicas del comercio internacional.

Shaikh llega a la conclusión de que lo que Emmanuel considera una desigualdad entre países es en realidad la desigualdad entre capitalistas ampliada a una escala internacional. Por lo tanto, se trata una vez más de una lógica inherente al modo de producción capitalista: la lógica del desarrollo desigual (Shaikh, 1979b). El modo de producción capitalista tiende a concentrar la riqueza tanto *dentro* como *entre* los países y el libre comercio tiende a fomentar el desarrollo desigual del capitalismo a escala planetaria. Nuevamente, estas conclusiones de Shaikh no suponen transferencias de valor entre países

[23] Shaikh (1990) emplea la noción marxista de competencia entendida esta como un "proceso destructivo y antagónico [y] no una fantasía de equilibrio" (p.84). Para él se trata de la "competencia [real] entre una firma y otra" (p.84), donde las firmas más poderosas tienen capacidad efectiva de imponerse sobre la demás y mantener sus ganancias extraordinarias. Para Shaikh (1990) la noción de competencia perfecta empleada por la economía neoclásica es ilusoria ya que plantea una "situación en la que cada firma actúa como si no tuviera la intención ni la capacidad para influir en la formación de precios" (p.87). Esta visión excluye "cualquier noción de concentración y centralización de capitales como parte orgánica de la competencia" (p.88). Dicho de otra manera, "un equilibrio perfectamente competitivo deja por fuera todas las contradicciones inherentes a la mercancía, así como todas las inherentes al capital" (p.89).

desarrollados y subdesarrollados. Eventuales transferencias de valor se constituirían como fenómenos secundarios y no como causas primarias del subdesarrollo (Shaikh, 1980).

## 3.2 El Intercambio Desigual como teoría del subdesarrollo

El objetivo central de esta sección es analizar la teoría de Emmanuel como teoría del subdesarrollo. Para cumplir con este objetivo se hizo necesario, antes que todo, analizar su modelo económico para entender los orígenes del intercambio desigual como concepto central en la obra del autor. Asimismo, se analizaron las principales críticas propuestas por los demás autores marxistas del intercambio desigual. Después de esta revisión del debate alrededor de la propuesta de Emmanuel debería quedar claro que difícilmente se puede considerar su propuesta como un modelo propiamente marxista (Amin, 1977; Bettelheim, 1972; Shaikh, 1979b, 1980). Además, los supuestos y las conclusiones del autor se revelan débiles tanto desde una perspectiva teórica como empírica (Carchedi, 1988, 2006; Mandel, 1976; Shaikh, 1979b, 1980). A pesar de todas estas críticas contundentes, la obra de Emmanuel ha tenido mucho éxito y se ha afirmado como la obra de referencia en el debate sobre el intercambio desigual hasta llegar a nuestros días.

Seguramente tal éxito se debe al hecho de que la obra de Emmanuel fue pionera e instituyó las bases sobre las cuales la discusión se pudo desarrollar desde la década de los sesenta hasta la actualidad. Además, se considera que parte del éxito de la obra de Emmanuel tiene que ver también con su casi natural extensión al campo de la teoría del desarrollo. De hecho, como se dijo anteriormente, las conclusiones que se pueden deducir de su trabajo son claras. Una vez instaurado un cierto diferencial de salario –atribuido por el autor al momento de la “acumulación primitiva"–, los países con salarios más altos se ven beneficiados por un flujo de excedente hacia sus economías proveniente de las economías con salarios más bajos. Todo responde a un esquema de complementariedad absoluta, donde los altos estándares de vida de los países desarrollados son directamente relacionados con los bajos estándares en las economías subdesarrolladas, y el libre comercio entre los dos bloques de países garantiza la reproducción de este esquema desigual de relacionamiento.

El hecho de que las economías subdesarrolladas no puedan apropiarse de su propio excedente debido al drenaje continúo fomentado por el intercambio desigual es la causa principal de su subdesarrollo. Estos recursos, según Emmanuel (1974), vienen absorbidos por los mercados con altos niveles de consumo. Por lo tanto, los flujos de excedente son directamente proporcionales a los niveles de ingreso. El autor está pensando en un

capitalismo que tiene como principal problema la venta de sus productos y, por tanto, en un capitalismo donde los países que tienen mayor capacidad de consumo per cápita son aquellos que dominan la economía mundial.

El modelo da la impresión de que, por lo menos teóricamente, una simple subida de los salarios en las economías subdesarrolladas a los niveles de los países desarrollados alcanzaría para poner fin al fenómeno del "intercambio desigual en un sentido estricto". Emmanuel (1972, 1975) admite que esta hipótesis no es viable en la práctica y sostiene que los países deberían aplicar derechos de exportación para que los excedentes se queden en la economía para ser reinvertidos en el desarrollo autóctono. Emmanuel no parece estar considerando que la demanda de los productos a nivel internacional puede ser elástica y que un país puede ser un oferente menor en el mercado internacional. En este caso una parte consistente del derecho de exportación recaería sobre los productores nacionales y no sobre los consumidores internacionales (Clunies-Ross, 1976). La medida funcionaría quizás si todos o la mayoría de los países subdesarrollados la adoptaran conjuntamente para los bienes primarios de exportación.

De todas maneras, Emmanuel está reduciendo la cuestión del subdesarrollo a un simple drenaje de recursos. Toda la teoría recae en el diferencial de salarios que se asume como elemento explicativo y al mismo tiempo como variable independiente. Es decir, la variable que explica la condición de subdesarrollo de los países se asume como determinada por fuerzas extrañas al modelo o, mejor dicho, condiciones "institucionales". Por lo tanto, el modelo se reduce a una explicación de cómo se reproduce y perpetua el subdesarrollo (Bernal, 1980; Birkan, 2015). Así en el modelo de Emmanuel "la pobreza crea pobreza" y el subdesarrollo crea posterior subdesarrollo. El modelo de Emmanuel construye un círculo vicioso del subdesarrollo y deja poco espacio de maniobra para los países, ya que la determinación de la variable explicativa –el salario– está entregada a fuerzas externas que ni si quiera responden a procesos históricos coherentes.

### 3.2.1 Hombre desarrollado vs. hombre subdesarrollado

Para Emmanuel la diferencia entre los dos bloques de países es tan radical que se constituye en una relación entre distintos tipos de seres humanos:

> Ahora bien, como todos los fenómenos económicos, el intercambio desigual refleja las relaciones de los hombres –en modo alguno las relaciones de las cosas–; en este caso, la relaciones del *hombre subdesarrollado* con el *hombre desarrollado* (Emmanuel, 1973, p. 12).

Y el autor sigue:

> Por suerte, en un momento dado en su carrera, el capitalismo encuentra el *hombre subdesarrollado,* apenas salido de la era tribal desde el punto de vista de las necesidades, a la vez que posee los mismo diez dedos y dos brazos que el *hombre desarrollado* y un celebro que funciona de la misma manera de este último (Emmanuel, 1973, p. 24).

Para Emmanuel, el hecho de que el hombre subdesarrollado tenga acceso a la tecnología moderna con necesidades fisiológicas y costumbres culturales distintas es lo que hace posible en última instancia el intercambio desigual y el subdesarrollo. El comercio internacional y la integración comercial entre estas dos áreas del mundo hizo posible superar ciertas contradicciones del capitalismo, y permitió a los países más avanzados apropiarse de las ganancias extraordinarias derivadas del comercio para seguir en su senda de expansión sin tener que enfrentarse con sus contradicciones internas.

Bajo la perspectiva planteada por Emmanuel, el capitalismo, instalado en los países subdesarrollados, no brinda las condiciones para un desarrollo, sino más bien, para un subdesarrollo de sus economías. Esta mirada es profundamente distinta de la mirada del desarrollo desigual propia de los teóricos clásicos del imperialismo. Para los clásicos, como ya se vio en el primer capítulo, la expansión geográfica del capital jugaba un papel "progresivo", es decir, se pensaba que el capitalismo una vez exportado en los países coloniales terminaba estimulando –y no neutralizando– el desarrollo de las fuerzas productivas.

Aquí hay una divergencia importante de perspectivas, entre quienes ven al capitalismo como un sistema estático de explotación –como Emmanuel y gran parte de las TDS– y quienes consideran que el capitalismo con su expansión geográfica brinda las condiciones para un posterior desarrollo de las fuerzas productivas, como los clásicos del imperialismo (Brewer, 1990). El concepto del desarrollo desigual se profundizará en la última sección del capítulo. Lo que es importante remarcar ahora es que el trabajo de Emmanuel se inscribe en la crítica a las concepciones más clásicas del imperialismo, que son impugnadas por su sesgo eurocéntrico y su falta de consideración de la polarización internacional entre países desarrollados y subdesarrollados (Hinkelammert, 1970).

De hecho, el trabajo de Emmanuel tiene implicancias mayores en la manera de pensar las relaciones entre los distintos países, como también entre las clases sociales que los articulan desde adentro. Bajo la perspectiva de Emmanuel, no se asume sólo que los países desarrollados estarían explotando a los países subdesarrollados, sino también que las clases

trabajadoras de los países desarrollados estarían explotando a las clases trabajadoras de los países subdesarrollados. Pensar en estos términos significa cortar netamente con el *leitmotiv* "*¡Proletarios de todos los Países, uníos!*" con el cual Marx y Engels cerraron el Manifiesto Comunista.

Para Emmanuel, por lo tanto, hay una situación objetiva de oportunismo por parte de los trabajadores de los países avanzados, es decir, una "falta de solidaridad internacional" (Emmanuel, 1973, p. 163). Según él, el socialismo se había convertido en un asunto interno a los países y, por ende, no era contradictorio pensar que el socialismo podía coexistir con la explotación de las clases trabajadoras confinadas en los márgenes del proceso de acumulación mundial. El producto de este proceso era, por lo tanto, una "desintegración internacional del proletariado" (Emmanuel, 1973, p. 166) donde la aristocracia obrera de los países avanzados explotaba la mano de obra barata de los países subdesarrollados. Cabe preguntarse: ¿es correcto pensar en una explotación entre clases obreras a través del comercio internacional?

### 3.2.2 ¿Quién explota a quién?

Para Emmanuel (1972, 1973, 1975) la respuesta es clara: los trabajadores de los países desarrollados explotan a los trabajadores de los países subdesarrollados. Sin embargo, como ya se adelantó, Bettelheim (1972, 1973) respondió con duras críticas a Emmanuel sosteniendo que no existe una "explotación comercial". Para el autor no es posible, por lo menos en términos marxistas, pensar en una explotación a nivel de intercambio. En última instancia, la explotación debe siempre constituirse como una relación de producción. Asimismo, la explotación –como relación de producción– se debe expresar en una relación entre distintas clases sociales.

Por ende, aun aceptando la existencia de una trasferencia de recursos entre países, esta transferencia no se podría definir como explotación en un sentido estricto del término. Además, si se tuviera que pensar desde la perspectiva marxista, los trabajadores de los países desarrollados se encontrarían siendo mayormente explotados ya que los procesos de producción en estos países emplean más tecnología y son más intensivos. Bajo la perspectiva marxista, un nivel más alto de desarrollo de las fuerzas productivas coincide con un mayor nivel de explotación (relativa) del trabajador (Bettelheim, 1972). Según Bettelheim, Emmanuel está transformando la noción de explotación marxista en una noción ideológica, anclada a la superficie de los fenómenos económicos. Para Bettelheim, entonces, todos los trabajadores estarían sometidos a la explotación del capitalismo y los trabajadores más

explotados, en un sentido marxista del término, serían los trabajadores de los países más desarrollados.

Palloix (1973) añade que es incorrecto pensar que los trabajadores con más altos salarios exploten a los demás trabadores a nivel internacional. Según el autor, la apropiación de plusvalía tiene lugar entre las clases capitalistas y no entre las clases trabajadoras. Se trata, por ende, de una relación de dependencia entre una clase capitalista desarrollada y una clase capitalista no desarrollada. Siempre según Polloix, el diferencial de salarios –que es tan crucial en la teoría de Emmanuel– deriva de lo que Emmanuel define como "intercambio desigual en un sentido amplio" (diferentes COC entre los distintos países). Por lo tanto, se trata de una consecuencia histórica o, mejor dicho, de una consecuencia natural de este mismo fenómeno.

Polloix –junto a la mayoría de los críticos de la obra de Emmanuel analizados en este capítulo– sostiene que el intercambio desigual como es definido por Emmanuel no alcanza para explicar el distinto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en los distintos países, y que el desarrollo desigual tiene una prioridad lógica sobre el intercambio desigual. Cabe preguntarse entonces qué es el fenómeno del desarrollo desigual al cual hacen referencia básicamente todos los autores que han participado en este debate a la hora de tomar una posición crítica frente a la obra de Emmanuel.

## 3.3 Desarrollos desiguales

El significado del concepto de desarrollo desigual no difiere sustancialmente de su significado literal. Con este término la literatura marxista se refiere al hecho de que el capitalismo tiende intrínsecamente a desarrollarse de manera desigual en las distintas áreas geográficas y formaciones sociales que lo componen. Este fenómeno puede ocasionarse en distintas escalas. En el caso del presente trabajo se está haciendo referencia a un desarrollo desigual pensado en términos de la economía capitalista mundial.

De todas maneras, referirse al desarrollo desigual no alcanza para entender quien está siendo favorecido y quien perjudicado por esta tendencia inherente del capitalismo. Este punto, de hecho, ha sido un terreno de fuerte debate entre distintas perspectivas dentro del marxismo. Como se adelantó, bajo la perspectiva de los clásicos del imperialismo, el capitalismo se concibe como una fuerza "progresiva". El capitalismo, con su expansión planetaria –impulsada por las contradicciones internas de los países centrales– termina

fomentando una transición en los países más atrasados hacia las relaciones capitalistas de producción y un desarrollo autóctono de las fuerzas productivas.

La contradicción fundamental detectada por Lenin, por lo tanto, es que el capitalismo inexorablemente acabaría desarrollando a los países más atrasados (Brewer, 1990). Contrariamente a esta perspectiva clásica, Arrighi (1983) argumenta que desde los años sesenta el termino desarrollo desigual ha empezado a utilizarse para definir un concepto diametralmente opuesto. Si para Lenin el desarrollo desigual se constituía como una tendencia al achicamiento de la brecha entre los distintos países, para los nuevos autores marxistas el desarrollo desigual se transformaba en una tendencia inversa, es decir, una trayectoria divergente. Este cambio radical de perspectiva coincide con la aparición de las TDS, es decir, las perspectivas críticas planteadas por las teorías de la dependencia, del sistema-mundo y del intercambio desigual presentadas en el primer capítulo de este trabajo.

Estas teorías, desde los años sesenta, empezaron a criticar el carácter eurocéntrico de las teorías clásicas del imperialismo y a poner énfasis sobre la estructura polarizada de la economía mundial. Por lo tanto, mientras la visión de los clásicos contemplaba una cierta dinámica intrínseca al sistema, las TDS denunciaban la presencia de un sistema auto-centrado de explotación que frustraba las posibilidades de un verdadero desarrollo en los países periféricos (Brewer, 1990). Para la mayoría de los autores esta explotación estaba mediatizada por las fuerzas impersonales del mercado. Asimismo, se sustentaba en una división internacional del trabajo que destinaba a los países con menor desarrollo relativo a la provisión de materias primas para las economías industriales del centro. Los países periféricos que lograban avanzar con un desarrollo industrial se encontraban con una estructura distorsionada, extrovertida y desequilibrada, que no permitía avanzar posteriormente en el proceso de desarrollo. Por lo tanto, la inserción subordinada de los países periféricos hacía que el desarrollo de los mismos se constituyera como un "desarrollo del subdesarrollo", es decir, una profundización de la condición de dependencia[24].

La formulaciones más recientes del desarrollo geográfico desigual brindadas por Harvey (2004, 2006, 2018) y Smith (2008) pueden ayudar a clarificar aún más la cuestión del desarrollo desigual. Según los dos autores, la concentración del capital en un espacio geográfico, con la consecuente aglomeración de las inversiones en capital fijo, lleva a una saturación. Asimismo, se desarrolla una contradicción con la necesidad del capital de ser

[24] Estos son los puntos centrales de algunas de las teorías de la dependencia analizadas en el primer capítulo de este trabajo.

flexible. Estas inversiones, a lo largo del tiempo, se transforman en un peso muerto para el capital que en un cierto momento reclama su necesidad de operar un ajuste espacial y escapar hacia otras zonas geográficas que le permitan reconstituir las condiciones óptimas para la acumulación perpetua.

Subyace al proceso una contradicción importante. La inversión en capital fijo es un elemento de expansión de las capacidades de acumulación en la esfera de la producción que se convierte inexorablemente en un límite en la esfera de la circulación. Por lo tanto, la concentración de capital en un espacio geográfico lleva a una saturación (y a una caída de la tasa de beneficio) que empuja al capital hacia la búsqueda de un ajuste espacial, originando un proceso continuo de emergencia y resolución de crisis económicas.

Marx (1867/1991) postuló en su obra la existencia de una gran contradicción del capital que concierne su inherente tendencia a incrementar la COC, que llevaría indefectiblemente a una caída tendencial de la tasa de ganancia. Harvey (2004, 2018) traslada esta ley de la tendencia a la caída de la tasa de beneficio planteada por Marx a la dimensión geográfica. Según su perspectiva, esta tendencia al estancamiento es inherente al capitalismo y pone las bases para entender la lógica de desarrollo (desigual) del capitalismo en el espacio geográfico. El desarrollo desigual estaría así íntimamente relacionado con las contradicciones propias del capitalismo, y los ajustes espaciales serían estrategias del capitalismo para neutralizar, por lo menos de manera momentánea, esta tendencia general a la caída de la tasa de beneficio.

Volviendo al debate entre las visiones más clásicas del desarrollo desigual y las visión propia de las TDS, hacer nuevamente referencia a la obra de Harvey (2004) ayuda a entender que las dos propuestas no son mutualmente excluyentes. Los ajustes espaciales del capitalismo han proporcionado tanto un desarrollo de las fuerzas productivas y un crecimiento económico en ciertos lugares, como también un "desarrollo del subdesarrollo" en otros. Algunos países han logrado acceder a un proceso de acumulación vigoroso (el Sudeste de Asía y China son quizás los ejemplos más claros), mientras muchos otros países han permanecido en condiciones de atraso, en ciertos casos revirtiendo los esfuerzos de industrialización con la re-primarización de sus economías. Las dos tendencias coexisten y son parte de un único proceso "coherente". El capitalismo necesita cíclicamente desarrollar nuevos espacios de acumulación como también preservar el subdesarrollo como complemento de este mismo proceso:

> Antagonismos entre ciudad y campo, centro y periferia, desarrollo y 'desarrollo del subdesarrollo', no son accidentales o impuestos de manera exógena; son el producto coherente de distintas fuerzas que se entrecruzan en la unidad del proceso de circulación del capital (Harvey, 2018, p. 419, traducción propia).

A la luz de la obra de Harvey (2004, 2006, 2018) se puede reflexionar de manera clara sobre la relación dialéctica entre dos estrategias de acumulación en el capital. Por un lado, existe la reproducción ampliada, que concierne a la acumulación a través de la reinversión de los excedentes generados por el proceso de producción y la explotación del trabajo – principalmente relativa en el capitalismo industrial desarrollado como fue observado por Brenner (1977)–. Por otro lado, existe una estrategia de acumulación basada en la desposesión, es decir, lo que en los capítulos anteriores se ha definido como acumulación originaria o primitiva. Según Marx (1867/1982), esta estrategia alternativa de acumulación era lo que permitía explicar la acumulación inicial del capital, requisito para la posterior acumulación basada en la reinversión de los excedentes y en la explotación relativa de la fuerza de trabajo.

Por lo tanto, el capitalismo necesitó de una etapa originaria de acumulación basada en la alienación de recursos y en la proletarización forzosa de la fuerza de trabajo para dar comienzo a la reproducción ampliada. Sin embargo, Harvey (2004, 2006, 2018), retomando a la obra de Rosa Luxemburgo, ha observado que la acumulación por desposesión no se limita simplemente a una etapa originaria y que, por el contrario, se constituye como una constante en la trayectoria histórica del capitalismo. Según el mismo autor, desde los setenta, ha tenido lugar una transición a un "nuevo" imperialismo, un imperialismo que encuentra crecientes dificultades en acumular a través de la reproducción ampliada y que recurre a la desposesión como estrategia de compensación.

Siempre adoptando la mirada de Harvey (2004, 2006, 2018) se puede comprender cómo la acumulación por desposesión –que como se dijo concierne a la persistencia de practicas de acumulación primitivas en el capitalismo moderno– juega un papel crucial a la hora de estabilizar el ciclo de acumulación del capital en su conjunto. La reproducción ampliada, como había observado la misma Rosa Luxemburgo, necesita de un complemento en la desposesión para alcanzar un mínimo de estabilidad. Luxemburgo consideraba que se trataba de una relación con los territorios coloniales. Harvey demuestra como esta relación se instaura dentro de los mismos países desarrollados, aunque la peor cara de la desposesión se manifiesta a menudo de manera más explicita en los países más vulnerables.

Shaikh (2016), en línea con Harvey, argumenta que existen dos fuentes de generación de ganancias en el capital. Además de la plusvalía derivada de la explotación del trabajador, el capital cuenta con la capacidad de generar ganancias a través de transferencias, es decir, del mero robo o de un intercambio desigual. A la luz de este fenómeno se puede entender la acumulación de capital en sus primeras etapas de expansión, bajo el liderazgo del capital mercantil. En estos primeros momentos, las ganancias del capital se basaban en la *praxis* del "comprar barato y vender caro", y en una conducta a menudo usurpadora en relación a los territorios coloniales. Es interesante observar como distintos autores consideran que en la actualidad, bajo el liderazgo del capital financiero, la acumulación por desposesión ha vuelto a jugar un papel crucial en la estrategia de acumulación del capital (Harvey, 2004, 2006, 2018; Lapavitsas, 2013; Shaikh, 2016). Esto, nuevamente, se debe a la creciente dificultad que encuentra el capitalismo para acumular a través de la reproducción ampliada.

Por lo tanto, se podría coincidir con Amin (2001) que, mientras "la mundialización de los tiempos antiguos ofrecía 'oportunidades' a las regiones más atrasadas para que éstas pudieran acercarse a los niveles de desarrollo de las más avanzadas", "la mundialización de los tiempos modernos asociada al capitalismo es por su naturaleza polarizante" (p. 16). Con estas palabras Amin ha sugerido que el capitalismo, en tiempos recientes, se ha inclinado hacia formas de ajuste espacial que tienden a fomentar el "desarrollo del subdesarrollo" en los países periféricos, acotando las posibilidades de desarrollo para estos mismos países.

De todas maneras, estos cambios están íntimamente relacionados con la financiarización de la economía global ocurrida luego de la publicación de la obra de Emmanuel, es decir, desde los años ochenta del siglo pasado. Si bien esta cuestión queda afuera del alcance del presente trabajo, entender la dialéctica entre reproducción ampliada y acumulación por desposesión permite, en cierta medida, entender la dialéctica entre los clásicos del imperialismo y las propuestas de las TDS. Como se señaló con relación a la discusión entre Brenner y Wallerstein, a la luz de estas contribuciones más recientes se puede apreciar la relación dialéctica que vincula las dos estrategias de acumulación del capital, que han coexistido a lo largo de toda su trayectoria histórica. Lo que parece presentarse es que en cada momento el capitalismo da lugar a una configuración distinta dependiendo de la tecnología disponible, de las condiciones sociales, históricas y culturales.

Nuevamente, desde cualquier lado que se lo mire, se trata de un resultado inherente al capitalismo, de una relación dialéctica entre distintas estrategias de acumulación que se manifiestan en el espacio físico bajo la forma de un desarrollo desigual. Las distintas caras

del capitalismo en los distintos espacios geográficos son el resultado “coherente” de las leyes de acumulación del capital, de su forma de organizarse espacialmente en los distintos territorios alcanzados por sus necesidades perpetuas de acumulación. El libre comercio entre los países, lejos de ser la causa del desarrollo desigual del capitalismo, se constituye como un medio que amplifica, extiende y reproduce a escala planetaria esta tendencia inherente al mismo capitalismo (Shaikh, 1979, 1979b, 1980).

# Capítulo 4

# El desarrollo como "discurso": una crítica posdesarrollista

En este último capítulo se introduce la perspectiva teórica de los autores del posdesarrollo, sobre todo enmarcada en la propuesta de Escobar, que, desde comienzos de los años noventa, ha participado en el desarrollo de esta perspectiva teórica novedosa. Como se verá, Escobar propone una mirada alternativa sobre el desarrollo estructurando su aporte con el auxilio de las herramientas críticas de la teoría del discurso y del posestructuralismo, entre otras. Por lo tanto, para apreciar la complejidad de la propuesta, se hizo necesario introducir el concepto de "discurso" y un antecedente importante como la obra de Said, donde el autor aplica esta herramienta crítica para el análisis de las relaciones de poder entre distintas regiones del mundo.

El capítulo, por lo tanto, arranca con una pequeña sección sobre el concepto de "discurso". Una vez asimilada esta herramienta crítica se avanza con el estudio de la propuesta del posdesarrollo, que la emplea a la hora de estructurar su propia crítica al concepto del desarrollo. Siendo la teoría del posdesarrollo la perspectiva a adoptar para la crítica de la obra de Emmanuel, se analizarán también los principales puntos débiles de la teoría del posdesarrollo, tratando de responder a las críticas con una perspectiva personal. Asimismo, en la parte final del capítulo, se intenta desarrollar una perspectiva hibrida bajo el nombre de "materialismo discursivo", en el intento de buscar un nivel intermedio entre materia y discurso. Dentro de esta categoría debería quedar condensada una mirada personal del autor que se empleará a la hora de presentar la crítica final a la obra de Emmanuel. Esta crítica se encontrará desarrollada en la última sección de este mismo capítulo.

## 5.1 El Discurso: poder y saber

El concepto de discurso es deudor de la obra de Foucault. Este concepto es una de las herramientas críticas más importantes desarrolladas en su obra filosófica. Los autores del posdesarrollo aquí analizados emplean dicha herramienta para criticar el concepto del desarrollo (Escobar, 1992, 2005, 2012; Esteva, 2010; Sachs, 2015). La palabra discurso, en este marco, se refiere al ejercicio del poder a través de la producción de saber. Sin embargo, contrariamente a lo que parece, no se trata sólo de una cuestión discursiva. El discurso opera

a través de una unión entre lenguaje y práctica y, por lo tanto, las dos cosas se constituyen –a través del discurso– en una unidad indiscernible (Hall, 2010, 2011).

Lejos de sostener que la realidad no exista como tal, adoptando el concepto de discurso se sugiere que la realidad encuentra significado a través de las prácticas discursivas, es decir, a través de las prácticas de producción de saber. Investigar un discurso significa investigar la manera en que ciertas cosas asumen un particular significado, y también, la manera en la que ciertos significados se consolidan en una realidad concreta que los sujetos experimentan en su vida cotidiana (Hall, 2010). Estas formas de saber son coyunturales ya que un mismo hecho puede asumir significados muy distintos al depender del momento histórico y del conocimiento que ha sido construido a su alrededor. De hecho, cada momento histórico para Foucault produce sus propias prácticas discursivas y sus "regímenes de verdad".

Detrás de este proceso de adquisición de sentido hay un ejercicio de poder muy sutil que coincide con la influencia directa que el discurso ejerce sobre la conducta de los sujetos, constituyéndolos en sus identidades y creencias, sus maneras de ver la realidad concreta y atribuirle un significado. El discurso construye un espacio discursivo, posibilita ciertas maneras de hablar y ciertas conductas, mientras excluye todas las demás opciones. El discurso se concretiza en relaciones de poder que "operan en un campo de posibilidades" y que influyen sobre las posibilidades de determinadas conductas "induciéndolas, apartándolas, facilitándolas, dificultándolas, limitándolas, impidiéndolas" (Castro, 2006, p. 413).

La problemática alrededor de la cual se constituye el discurso ya de por si determina lo que se puede decir y lo que queda excluido. La problemática es seleccionada entre infinitas posibilidades y va a ser objeto de una puja por cristalizar un sentido univoco a su alrededor. Con el discurso se viene así creando una cierta problematización, donde en el discurso define quienes pueden hablar y quienes no y, más en general, cuales son los limites discursivos de lo debatible y lo decible (Castro, 2006; Hall, 2010). La práctica discursiva tendrá lugar sólo conforme a estas reglas implícitamente incorporadas en el mismo discurso cristalizado en un preciso momento histórico.

Bajo la mirada de Foucault el discurso es tan poderoso que logra producir el mismo objeto que describe. La materialidad del discurso, por ende, tiene que ver no sólo con el hecho de que las prácticas en sí se constituyen al mismo tiempo de elementos discursivos y no discursivos (lenguaje y práctica), sino también por el hecho de que lo discursivo se

convierte simultáneamente en una realidad concreta experimentada por los sujetos (Hall, 2011). En efecto, ningún hecho puede tener un sentido afuera del discurso, es decir, afuera de la manera en la que ha sido representado por el discurso y "regulado por las prácticas discursivas y tecnologías disciplinarias de una determinada sociedad en un determinado momento" (Hall, 1997, p. 47 , traducción propia). En síntesis, los hechos sólo asumen significado dentro del discurso, afuera de su alcance no existe saber y sentido.

Con prácticas discursivas, por lo tanto, no se hace referencia simplemente a las palabras. Con el auxilio del concepto de discurso se hace referencia al *uso* que se hace del lenguaje y no tanto a su forma de ser. Foucault hablaba de discurso –y no de lenguaje– justamente para poner énfasis sobre el *uso* del lenguaje, es decir, la *praxis* discursiva. La práctica discursiva se inscribe en un conjunto más amplio que incluye también otro tipo de prácticas que no son necesariamente discursivas. El discurso, por lo tanto, tiene que ver con una correspondencia entre lenguaje y práctica. Las prácticas discursivas están constituidas por una multitud de elementos como fue sugerido por el mismo Foucault (citado en Castro, 2006):

> Las prácticas discursivas no son pura y simplemente modos de fabricación de discursos. Ellas toman cuerpo en el conjunto de las técnicas, de las instituciones, de los esquemas de comportamiento, de los tipos de transmisión y de difusión, en las formas pedagógicas que, a la vez, las imponen y las mantienen (p. 142).

Lo que es importante comprender en este trabajo es la relación sutil que vincula la producción de saber –por y a través del discurso– y el ejercicio del poder. Los dos componentes están estrictamente relacionados y se retroalimentan constantemente. Lo que permite el poder es que un saber se institucionalice y se transforme en conocimiento en un determinado momento histórico. Donde hay producción de conocimiento hay poder y donde hay poder hay producción de conocimiento.

El poder, por lo tanto, se transforma –bajo la mirada de Foucault– en una instancia relacional, en un elemento que se extiende dentro de la sociedad de manera capilar. El poder, de verse como algo que se concentra en las manos de alguien, se transforma en un ejercicio, el ejercicio del poder a través de la producción de conocimiento (Hall, 1997). En palabras del mismo Foucault (citado en Castro, 2006):

> el poder no está, pues, afuera del discurso. El poder no es ni la fuente ni el origen del discurso. El poder es algo que funciona a través del discurso, porque el discurso es, él mismo, un elemento en un dispositivo estratégico de relaciones de poder (p. 143).

En la sociedad, por lo tanto, cada sujeto está involucrado en estas relaciones de poder y nadie queda excluido. Cada sujeto es al mismo tiempo receptor y emisor de poder, y es involucrado en este ejercicio del poder que funciona a través del discurso. El poder, bajo forma de prácticas discursivas, se encuentra operando en cada rincón de la sociedad. En ningún momento el poder se encuentra fosilizado y concentrado en las manos de alguien ya que está continuamente circulando o, mejor dicho, siendo ejercido. Esto deja una imagen del poder como algo que se difumina en todas las direcciones, que es inestable y relacional.

Como último, es importante aclarar que el poder no es simplemente una fuerza que limita o que controla. El poder en Foucault es también una fuerza productiva que posibilita nuevas formas de sentido y subjetividades. Como ya se dijo anteriormente, el discurso es excluyente, pero, al mismo tiempo, posibilita la producción de sentido dentro de su propio alcance. El poder entonces se constituye simultáneamente como fenómeno restrictivo y productivo, que regula el despliegue de las individualidades controlando sus conductas y circunscribiéndolas dentro de un campo de posibilidades (Castro, 2006).

Una vez más, es importante remarcar el carácter histórico de cada práctica discursiva. Lo que vale para un determinado momento histórico no aplica necesariamente para otro. La arqueología del saber propuesta por Foucault permite investigar las condiciones históricas que han hecho a priori posible la afirmación de ciertas verdades en detrimento de otras. Antes de analizar la propuesta teórica de los autores del posdesarrollo y sus estudios arqueológicos de la idea del desarrollo, se introduce el trabajo de Said que ha sido un antecedente importante de aplicación del concepto de discurso al análisis de las relaciones de poder entre Oriente y Occidente.

Como afirma el mismo Escobar (2007), "el estudio del desarrollo como discurso se asemeja al análisis de Said de los discursos sobre el Oriente" (p. 24). Escobar se refiere a la obra *Orientalismo* de Said (2012), publicada en 1978, donde el autor demuestra, a través de un análisis de la literatura sobre el Oriente, como el mismo concepto del Oriente había sido construido discursivamente a lo largo del tiempo. Según el mismo autor, el Orientalismo se constituye como un repertorio de imágenes y conceptos que se han ido acumulando a lo largo del tiempo; en un principio, bajo la forma de obras literaria de autores que hablaban del lejano Oriente y luego, a través de una práctica sistemática de producción de conocimiento en las academias. La sedimentación de estas imágenes y conceptos creó un discurso sobre Oriente, una imagen pre-constituida de la realidad, lista para ser utilizada en cualquier circunstancia una persona quiera referirse al Oriente como entidad concreta.

Sin embargo, es necesario remarcar dos cosas. Primero, que este proceso se da como un *intercambio unidireccional*. Fundamentalmente, es Occidente que da forma e inteligibilidad al Oriente y no al revés (Said, 2012). Segundo, que lo que se viene a crear es un "modelo reductivo" de la realidad, es decir, una visión estereotipada y una representación "coherente y autosuficiente" que suplanta la complejidad del ser desconocido, es decir, del Otro (Said, 2012, p. 203, traducción propia). Este proceso se constituye como una "estrategia discursiva" que logra, en ultima instancia, reducir unidireccionalmente la complejidad del otro a una representación *esencial.* El proceso es aún más exitoso cuanto más se acerca a la creación de una dicotomía (Hall, 2011). Esto es principalmente lo que ha logrado hacer Occidente, antes con el Orientalismo, y en un segundo momento, como se verá más adelante, con el discurso del desarrollo.

Según la postura de Said (2012), el Orientalismo se constituye en definitiva como una doctrina política impuesta al Oriente en virtud de su menor poder. El discurso, por ende, se traduce en una instancia concreta de dominación. El ejercicio del poder toma la forma de un entramado continuo de poder y conocimiento, conocimiento y poder. El resultado es la consolidación de una representación parcial de la realidad que sirve a las necesidades de control de las potencias dominantes.

Vale la pena aprovechar la obra de Said para aclarar algunas cuestiones importantes. En primer lugar, acorde a la autocritica hecha por el mismo autor (Said, 1994; Said & Viswanathan, 2002), dentro de su trabajo sobre el Orientalismo no se escucha en ningún momento la voz del Oriente. Pareciera como si Oriente no tuviese otra identidad que no fuera la que se ha construido a través de la representación por parte de Occidente. Este, justamente, es el punto. El trabajo sobre el orientalismo que realizó Said se limitó al estudio de un fenómeno especifico que es la *representación*. Lo que interesaba al autor era estudiar la manera en la cual Occidente daba forma e inteligibilidad al Oriente, construyéndolo como un fósil inmutable a los ojos del observador externo (Said, 1985).

Esto no quiere decir que Oriente no tenga en absoluto una identidad propia, un área de la experiencia social libre de la determinación ejercida por el poder de Occidente. Said, de hecho, critica al mismo Foucault por esta misma razón, sosteniendo que con la adopción de su mirada se corre el riesgo de mirar siempre las cosas desde el lado del poder y de resignarse al hecho de que el poder siempre esté ganando. Sin embargo, como sostiene el mismo Said: "no importa cuanto aparentemente completa es la dominación de una ideología o un sistema social, siempre habrá áreas de la experiencia social que no cubre ni controla"

(Said, 1994, p. 240, traducción propia). Por esta misma razón, en un segundo momento de su obra, Said se concentra no sólo en las formas de dominación del imperio[25] sino también en las formas de resistencia y oposición dentro del mismo.

Lo que observa Said (1994) es que existe una relación compleja y bidireccional dentro del imperio y de la cultura como campo de disputa. Si bien hay asimetrías en las relaciones de fuerzas, la voz del oprimido no es totalmente silenciada. Aún más importante, esta misma voz subalterna participa activamente en la construcción identitaria del imperio. Por lo tanto, dentro del campo cultural del imperio existen "territorios superpuestos" y una "fertilización cruzada" que hace difícil distinguir de manera clara un lado y el otro. La resistencia cultural y política dentro del imperio existe e influye de manera determinante. El mismo Said (1994) observa que:

> el estudio de las relaciones entre "Occidente" y sus "otros" culturalmente dominados no es simplemente una manera de entender una relación desigual entre interlocutores desiguales, sino también un punto de entrada para el estudio de la formación y significado de las prácticas culturales del mismo Occidente (p. 191, traducción propia).

Este paréntesis fue importante para mostrar la complejidad inherente a la obra de Said. Sin embargo, para los fines de este trabajo, es necesario volver a un nivel más abstracto y adoptar la mirada planteada por Said en su obra temprana sobre el Orientalismo, volviendo a poner énfasis sobre papel crucial de la representación. Es importante aclarar que cuando se hará referencia a la unidireccionalidad de la representación en este trabajo, se hará con fines absolutamente analíticos, para poner particular énfasis sobre el fenómeno de la dominación que es tan central en el trabajo de Said sobre el Orientalismo.

Las contribuciones de Said ayudan a entender que el imperialismo –que el mismo Said (1994) define como "la práctica, la teoría y las actitudes de un centro metropolitano dominante que gobierna un territorio lejano" (p. 9, traducción propia)– ocurre y siempre ha ocurrido "más allá de las leyes económicas y decisiones políticas a través de una continua consolidación dentro de la educación, literatura y de las artes visuales y musicales" (p. 12, traducción propia). La cultura y el imperialismo, así, interaccionan de manera dinámica y constante. De hecho, el mismo autor añade que la cultura a menudo llega con anticipación con respecto al posterior avance de la política, la coerción y la economía, provisionando las

[25] Citando a Michael Doyle, Said (1994) define el imperio como "una relación, formal o informal, en donde un estado controla la efectiva soberanía política de otra sociedad política" y que "se puede alcanzar a través de la fuerza, de la colaboración política, o la dependencia económica, social o cultural". A su vez, "el imperialismo es simplemente el proceso o la política de establecimiento o mantenimiento del imperio" (p. 9, traducción propia)

bases culturales para que el dominio se pueda instituir y ejercer. Dicho esto, se hace hincapié una vez más en el hecho de que, si bien una cultura "puede predisponer y preparar activamente a una sociedad para la dominación de ultramar de otra, también puede preparar a esa sociedad para renunciar o modificar la idea de [esta misma] dominación" (Said, 1994, p. 200, traducción propia). Asimismo, dentro del imperio coexisten, en un estado de tensión constante, el poder y el contrapoder.

## 5.2 La "era del desarrollo": la institucionalización del discurso

Según algunos de los autores del posdesarrollo, el día en que Truman dictó su discurso inaugural como nuevo presidente electo de Estados Unidos, el 20 de enero de 1949, fue el momento exacto en el que tuvo inicio la "era del desarrollo" (Esteva, 2010; Sachs, 1993, 2015). Esta fue la primera vez que las palabras "áreas subdesarrolladas" se utilizaron en un discurso presidencial para describir la condición de los países más atrasados. Dichas palabras, utilizadas por el neo electo presidente de Estados Unidos, reverberaron instantáneamente en todos los rincones del mundo, y el concepto del subdesarrollo se demostró subidamente muy poderoso ya que lograba caracterizar alrededor de las dos terceras partes de la población mundial. Desde ese entonces, la idiosincrasia y la extrema diversidad que caracterizaba los distintos países y sus poblaciones se pudo resumir con una sola palabra. Es así que, según Sachs (2015), la complejidad del recién definido tercer mundo se redujo a una sola categoría, y el subdesarrollo se transformó en el dispositivo lexical principal utilizado a la hora de referirse a este conjunto de países.

Como se explicó en la sección precedente, una de las características fundamentales del operar de un discurso es reducir la diversidad a una representación esencial, normalmente con el empleo de una dicotomía. El discurso del desarrollo se produjo alrededor de una dicotomía fundante que distingue entre países desarrollados y países subdesarrollados, y como en el ejemplo del orientalismo, esto no supone igualdad entre las partes. En el operar del discurso siempre hay alguien que describe y alguien que es representado, es decir, se trata de un flujo de sentido único de conocimiento[26].

Este proceso de creación e institucionalización del discurso ha llevado tiempo en desarrollarse. Illich sostuvo que fueron necesarios "veinte años para que dos mil millones de personas se definan a sí mismas como subdesarrolladas" (citado en Escobar, 1992, p. 23, traducción propia). El discurso de Truman constituyó un primer antecedente importante de

[26] En la obra tardía de Said se trataría más de un intercambio desigual que de un flujo a sentido único. Acá se está haciendo referencia al Orientalismo.

un largo proceso de creación de conocimiento que llevó a la "construcción del tercer mundo a través de la representación" (Escobar, 2007, p. 31). Durante este periodo, el desarrollo se consolidó como visión hegemónica de la realidad y se afirmó como mecanismo discursivo a través del cual el primer y el tercer mundo se constituyeron respectivamente como unidades coherentes (Escobar, 1992).

Según Escobar (2005), el discurso empezó a consolidarse ya desde mediados de los cuarenta, cuando los profesionales del desarrollo, o mejor dicho, los "saberes expertos", empezaron a "aterrizar sistemáticamente en Asia, África y Latinoamérica, dando realidad a la construcción del tercer mundo" (p. 18). En este contexto, los expertos occidentales buscaban las faltas y las trabas que no permitían a los países subdesarrollados avanzar en el mismo camino trazado por las sociedades avanzadas e industrializadas. Implícitamente, bajo el régimen de representación del desarrollo, se suponía que los países estaban puestos en el mismo curso histórico, con la diferencia de que algunos países quedaban más atrasados que otros en el camino hacia la prosperidad económica trazado por los países más avanzados. Los países subdesarrollados se caracterizaban sólo por sus carencias, es decir, la falta de desarrollo (Esteva, 2010).

En la base de esta actividad de producción de conocimiento quedaba latente una cierta pretensión de imparcialidad. A pesar de que se tratara de una representación en sentido único, los criterios "científicos" bajo los cuales los expertos trabajaban iban supuestamente a garantizar la neutralidad del conocimiento producido. Los problemas del subdesarrollo así se profesionalizaban y la actividad de producción de conocimiento se concentraba en las manos de los expertos, consolidándose en instituciones y traduciéndose en una realidad concreta experimentada por los pueblos del tercer mundo en sus vidas cotidianas (Escobar, 2005). El desarrollo terminaba así transformándose en un *dispositif,* que transforma el conocimiento en una instancia de intervención y ejercicio de poder. Un dispositivo, justamente, consiste en el conjunto de los "mecanismos o aparatos materiales, sociales, afectivos y cognitivos de producción de las subjetividades" (Hardt & Negri, 2009, p. X, traducción propia).

Según Escobar (2005) "el discurso del desarrollo ha operado a través de dos mecanismos principales: la profesionalización de los problemas del desarrollo" y "la institucionalización del desarrollo" (p. 18). Con estos dos conceptos, el autor hace referencia al hecho de que los problemas del desarrollo se han traducido rápidamente en "conocimientos especializados" y que la actividad de estudio estaba preponderantemente en

la mano de expertos occidentales y técnicos del desarrollo. A menudo, estos actores se consideraban como los únicos capacitados en el estudio de la problemática. Estos "saberes expertos" se ponían en práctica a través de proyectos y mecanismos institucionales que, a su vez, se transformaban en aparatos que posibilitaban el despliegue de las prácticas discursivas del desarrollo y la creación de una realidad coherente con sus prerrogativas.

Asimismo, esta "visión hegemónica del desarrollo […] penetra[ba] cada vez más y transforma[ba] el tejido económico, social y cultural de las ciudades y pueblos del Tercer Mundo" (Escobar, 2007, p. 42), mientras sus "aparatos de conocimiento y poder" se dedicaban a "optimizar la vida [de las poblaciones locales] produciéndola bajo condiciones modernas y 'científicas' " (p. 51). Toda la actividad gravitaba alrededor del concepto ordenador de la "pobreza", concepto que antes de los años cuarenta del siglo pasado nunca había tenido tanta relevancia a nivel internacional (Sachs, 2015). La pobreza, devenida en un problema mundial, ahora requería un despliegue a nivel internacional de aparatos e instituciones en pos de promover el desarrollo, considerado este unánimemente como el único remedio a la problemática de la pobreza.

Paradójicamente, de esta manera, "el 'subdesarrollo' se convirtió en sujeto de tecnologías políticas que buscaban su erradicación de la faz de la tierra pero que terminaron multiplicándolo hasta el infinito" (Escobar, 2007, p. 97). El desarrollo, que se suponía ser el proceso en función del cual los países más atrasados hubieran alcanzado los estándares de vida del primer mundo, en vez fomentar una mejora real de las condiciones de vida, se institucionalizaba como discurso bajo la forma de un "subdesarrollo" y se volvía día tras día más sólido e inalterable. Es en este preciso momento que, según Rahnema (1997), se desarrollaron bajo la "ideología del desarrollo" nuevas formas de control y subyugación que no tenían antecedentes históricos. Asimismo, el desarrollo jugó un papel crucial como dispositivo, vinculando las formas de conocimiento creadas por los "saberes expertos" de occidente con estas nuevas formas de intervención y control.

Sachs (2019) propone una clara síntesis de los elementos principales que han articulado la idea del desarrollo desde su comienzo:

- A nivel político y temporal: que los países avancen en una línea recta y en la misma dirección (linealidad del tiempo histórico y progreso);
- A nivel geopolítico: que los países más avanzados, los líderes, muestren el camino a los demás países;

- A nivel sociopolítico: que el nivel de desarrollo se mida in términos de performance económica;
- A nivel de actores: que los actores del desarrollo sean instituciones internacionales, gobiernos, bancos multinacionales, etc.;

Sin lugar a duda, como ha sugerido Shanin (1997), la idea del progreso ha sido el concepto central detrás del desarrollo y ha jugado un triple papel como dispositivo general de orientación, herramienta de movilización e ideología. Bajo la idea de progreso se ha asumido que todas las sociedades estuviesen ineluctablemente avanzando hacia la prosperidad, saliendo de la supuesta barbarie e ignorancia propia de las sociedades tradicionales. Se ha asumido que este mismo proceso fuera unidireccional y sumamente lineal, mientras quedaban ocultas las discontinuidades, rupturas y desviaciones propias de cualquier proceso histórico real (Benjamin, 2011). En lo que concierne la geopolítica del proceso, como ya se pudo ver, la experiencia a emular era la de aquellas sociedades que habían logrado alcanzar los niveles máximos de "civilización", es decir, las sociedades industriales más avanzadas.

Otro punto crucial concierne a la concepción del mismo desarrollo en términos cuantitativos. A menudo el término desarrollo ha sido confundido con el término crecimiento económico y esta falacia sigue afectando el discurso del desarrollo aún hoy en día. A través del discurso se ha logrado presentar a "la acumulación de capital como un bien en sí mismo, como un sinónimo de 'desarrollo'" observan Acosta y Cajas-Guijarro (2020, p. 292, traducción propia). Asimismo, la prestación de las sociedades y su grado de avance en el camino del desarrollo se medía en función de sus capacidades de acumulación y sus posibilidades de consumo material. Otras dimensiones, más cualitativas, quedaban totalmente ocultas. Finalmente, en lo que concierne a los actores, se pudo ver como el desarrollo se profesionalizó e institucionalizó, siendo practicado principalmente por profesionales del desarrollo, mientras las poblaciones objetivo de las técnicas y aparatos del desarrollo quedaban totalmente excluidas de cualquier proceso decisional (Escobar, 2007; Rahnema, 1997).

Esta síntesis presentada por Sachs alcanza para los fines de este trabajo. Obviamente, queda todavía una mayor complejidad para analizar, que resulta amplificada en cada contexto particular en donde el discurso del desarrollo se ha instalado y ha operado históricamente. Este trabajo no intenta investigar la realidad empírica, sino que se concentra en el desarrollo como realidad discursiva y conceptual. Lo que debería quedar claro es que se está poniendo en cuestión la idea de un desarrollo como un proceso de crecimiento lineal,

unidireccional, cuantitativo y material, que está impulsado por la lógica misma de la acumulación capitalista (Sachs, 2019). El posdesarrollo, a su vez, crítica la incapacidad del pensamiento crítico que hasta la fecha ha encontrado muchas dificultades en dejar atrás el imaginario del desarrollo, para inaugurar un nuevo espacio discursivo que permita la producción de alternativas al mismo concepto (Escobar, 1992).

## 5.3 Críticas al posdesarrollo

Como toda perspectiva teórica, la propuesta del posdesarrollo ha sido sujeta a críticas. En esta sección se introducen los principales argumentos críticos que se han desarrollado contra la teoría del posdesarrollo. Asimismo, se tratará de responder a las críticas con una perspectiva propia, para tratar de reducir la ambigüedad ya que la perspectiva del posdesarrollo jugará un papel clave a la hora de plantear la crítica a la obra de Emmanuel propia de esta tesis. Comenzando con las críticas, de acuerdo con el trabajo Ziai (2004, 2017), estos han sido los principales argumentos presentados en contra de la teoría del posdesarrollo:

- con su rechazo radical de la idea de desarrollo, dicha teoría no permitiría discernir entre los aspectos positivos y los aspectos negativos del desarrollo;
- la teoría "romantiza" y trata de manera superficial las realidades locales, subestimando las relaciones de poder y explotación que se pueden dar afuera del alcance del desarrollo;
- La celebración de la diferencia y el rechazo de cualquier forma de universalidad acerca los autores al terreno del relativismo cultural;
- A pesar de su crítica al discurso del desarrollo, la teoría asume una posición paternalista, ya que indirectamente sugiere a las personas como deberían vivir. La crítica sería, por ende, tan autoritaria como el concepto de desarrollo que los autores critican;
- Los autores presentan una critica no constructiva. Rechazan el concepto del desarrollo sin presentar una alternativa concreta.

Todos estos argumentos son válidos y requieren una respuesta clara para tratar de disminuir la ambigüedad inherente al termino posdesarrollo. Antes que todo, el rechazo radical del desarrollo no quiere decir que todo lo que es desarrollo sea malo y que todo lo que no es desarrollo sea bueno. La idea es que la crítica posdesarrollista debe ser una herramienta útil para enfatizar la dimensión discursiva del poder, es decir, ese ejercicio del poder que queda

escondido detrás de la practicas discursivas del desarrollo. La mirada aquí adoptada es "escéptica" ya que no promueve acríticamente todas las prácticas que se podrían dar por afuera o después del desarrollo (Ziai, 2004). El discurso del desarrollo es uno de los discursos posibles; formas de dominación y control han existido siempre y con toda probabilidad existirían después del abandono de este mismo concepto. Con esto, se espera haber excluido cualquier referencia a un relativismo cultural capaz de justificar otras formas de dominación o violencia.

De hecho, Escobar, autor de referencia en esta lectura del posdesarrollo, excluye la idea de sociedades tradicionales puras y libres de cualquier forma de dominación, y concibe la diversidad no en términos ontológicos, sino más bien desde una perspectiva constructivista, que ve a todas las sociedades constituirse en un proceso de hibridación continuo debido a sus contactos con la modernidad y el desarrollo, a veces en un sentido positivo (Ziai, 2004). En este trabajo se reconoce que la "experiencia de la modernidad" abarca hoy en día básicamente a todo el planeta, y que este fenómeno se caracteriza por una marcada ambigüedad, ya que promete grandes oportunidades y al mismo tiempo amenaza con destruir la realidad concreta al nuestro alrededor (Berman, 1988). Al mismo tiempo, se reconoce el hecho de que la modernidad tiene una cara oculta en la *colonialidad*, es decir, que se constituye también como un fenómeno de colonización del imaginario de las regiones subalternas y que este fenómeno es la forma de dominación principal en la era poscolonial (Mignolo, 2011; Quijano, 2007).

Por ende, la crítica del posdesarrollo quiere realizar una aporte indispensable en pos de favorecer un proceso de "descolonización del imaginario", para así romper el consenso que se ha constituido alrededor del concepto del desarrollo y de su régimen de representación. El aporte del posdesarrollo contrasta con las críticas de la dependencia o del intercambio desigual ya que su crítica no se limita sólo a cuestiones económicas, sino que logra incorporar la dimensión cultural como determinante de la condición de subdesarrollo en la que siguen atrapados muchos países (Ziai, 2004). Sin embargo, esto no significa subestimar las condiciones materiales. Todo lo contrario. En la próxima sección se trata de clarificar la relación entre materia y discurso, introduciendo la propuesta por un "materialismo discursivo", concepto inspirado por la obra de Yapa (1996, 1997).

## 5.4 Un “materialismo discursivo”

Otra crítica que se le podría realizar a la teoría del posdesarrollo es que la misma parecería subestimar las condiciones materiales en las cuales se encuentran los países subdesarrollados. Es decir, que la pobreza es un hecho real, material, y que son estas condiciones materiales de existencia que hacen de los países subdesarrollado lo que son. Además, si se adopta una mirada marxista tradicional, la cultura y la ideología se erigen por encima de las condiciones materiales de existencia, y están determinadas mecánicamente por estas últimas. Sin embargo, el argumento crítico antes mencionado se basaría en la suposición de que el discurso no es algo material, es decir, que el discurso consiste en palabras y aserciones que quedan separadas o subordinadas a los hechos y a la realidad concreta.

En la primera sección de este capítulo se hizo hincapié sobre el hecho de que el discurso es al mismo tiempo un fenómeno discursivo y una realidad concreta, es decir, que no existe una verdadera distinción entre lenguaje y práctica. El discurso es un elemento constitutivo del objeto que describe ya que le atribuye un determinado significado. Los hechos existen, pero adoptan un determinado significado a través de las prácticas discursivas (Hall, 2010, 2011). Una posición muy parecida asumen Laclau & Mouffe (1990) con su propuesta posmarxista. En el análisis propuesto por estos dos autores el concepto de discurso es una categoría central. Como ellos mismos explican, el discurso es una totalidad que incluye tanto elementos lingüísticos como no lingüísticos. Nuevamente, no se trata de negar la existencia de los fenómenos, sino de insistir en el hecho de que “cualquier configuración social es *signifiticativa*” (Laclau y Mouffe, 1990, p. 100, traducción propia). Con esto los dos autores quieren afirmar que los hechos físicos existen y que, sin embargo, asumen significados muy distintos al depender de las relaciones sociales que se constituyen alrededor.

Además, se trató de demostrar cómo el discurso está íntimamente relacionado al ejercicio del poder, ya que los regímenes de representación a menudo se utilizan para descreditar a un Otro y, una vez impuestos, se concretizan en instituciones y prácticas de dominación funcionales a la imposición de ciertos intereses específicos (Said, 2012). Entonces, reconocer la dimensión discursiva del poder y su materialidad llevaría a reconocer que la “modernidad y (el) capitalismo son simultáneamente sistemas de discurso y prácticas”, como afirma Escobar (2005, p. 20).

El análisis de Escobar se basa en un enfoque posestructuralista que atribuye un papel fundamental al lenguaje y al conocimiento como elementos constitutivos de la realidad social. Por ende, desde su perspectiva, no puede haber un análisis material que no sea al mismo tiempo un análisis discursivo. Las prácticas discursivas se constituyen entonces como hechos sociales que no se pueden discernir de realidad concreta experimentada por un sujeto. Finalmente, se podría plantear una síntesis en el concepto de "materialismo discursivo", bajo el cual el discurso con la materia y el conocimiento con el poder se constituyen en una unidad indiscernible (Escobar, 1996; Yapa, 1996, 1997).

En lo que concierne a este trabajo, explicar la relación compleja que se da entre el marxismo y la teoría del discurso requeriría una investigación a parte y este, de hecho, será el objetivo de un trabajo futuro. Sin embargo, Ziai (2004) sugiere que hay una cierta cercanía entre los planteos del posdesarrollo y la propuesta posmarxista en busca de una democratización radical de la sociedad. En la obra de Laclau y Mouffe *Hegemonía y estrategia socialista* (1987/2004), los dos autores desarrollan sus argumentos reactualizando la obra de Gramsci. Según los autores, el concepto de hegemonía elaborado por Gramsci es un concepto fundamental para entender cualquier tipo de formación social concreta. En la mirada planteada por estos dos autores la política se constituye sustancialmente como una batalla por el significado a través de la cual un determinado grupo social se constituye como hegemón ganando una lucha ideológica (Petitjean, 2014).

Ya en la obra de Gramsci hay un posicionamiento crítico frente al determinismo económico imperante en su época, es decir, la posición ortodoxa que no reconoce una autonomía relativa de la ideología frente a las condiciones materiales de existencia. Inclusive, hay interpretaciones, como la de Bobbio, que han sugerido que la obra de Gramsci en realidad revierte la estructura clásica del marxismo, proponiendo una primacía de la superestructura ideológica sobre la estructura económica (Mouffe, 1979b). Si bien esta interpretación ha sido discutida, es cierto que con su filosofía de la *praxis*, Gramsci ha presentado una propuesta que potencialmente supera al mismo tiempo al epifenomenalismo ideológico del marxismo ortodoxo y su reduccionismo de clases (Valeriano Ramos, 1982).

La idea fundamental de la propuesta de Gramsci es que la ideología no necesariamente reproduce mecánicamente las condiciones materiales, y que la estructura de clases que se manifiesta en la dimensión económica resulta fragmentada y transpuesta de manera idiosincrática a la dimensión ideológica, es decir, a la superestructura. Así, en la sociedad civil, uno se enfrentará con una superposición continua y una transversalidad de

intereses. Esto hace de la superestructura una realidad mucho más compleja que un simple enfrentamiento ideológico entre dos intereses de clases mutualmente excluyentes y absolutamente impermeables como se suponía en las formulaciones anteriores del marxismo.

Aquí hace falta profundizar un concepto clave para entender la filosofía de Gramsci. Ya en su escrito *Alcuni temi della questione meridionale,* publicado por primera vez en París en 1930, Gramsci (2014) desarrolla un esbozo de su concepto de hegemonía, sosteniendo que para lograr conducir a la sociedad, el proletariado de Italia tenía que aliarse con todas las clases trabajadoras, incluido el campesinado del sur. Sin el consenso de las grandes masas campesinas, el proletariado no hubiera podido derrotar el dominio ideológico y práctico de la burguesía. Sin embargo, el Sur de Italia estaba sujeto a una representación ideológica (de forma parecida a lo que se vio anteriormente con el Oriente y el Tercer Mundo) que lo representaba como una región subalterna y atrasada que obstaculizaba los esfuerzos de desarrollo del país en su conjunto. Esta "ideología burguesa", según Gramsci, había penetrado dentro de la conciencia del obrero del norte, imposibilitando la creación de lazos solidarios.

El caso histórico del sur de Italia propuesto por Gramsci es un buen ejemplo para seguir desarrollando el concepto de hegemonía. Gramsci sostenía que para construir esta alianza se requería que el proletariado tomara conciencia de las demandas propias del campesinado y de los demás grupos sociales que habrían podido componer con él un frente contra-hegemónico. Aquí, hay un elemento crucial propio de cualquier estrategia hegemónica, que es la necesidad de tener en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales el hegemón ejercerá su conducción política, intelectual y moral. La hegemonía siempre requiere algún compromiso, es decir, requiere que la estrategia del hegemón se perciba a nivel colectivo como direccionada hacia la realización del interés común (Gramsci, 1971/2006; Arrighi, 2014).

Por lo tanto, el dominio del hegemón no es un dominio cualquiera. Una clase social se constituye como hegemón a través de una mezcla sutil entre dos distintas formas de poder: la dominación y la conducción. La hegemonía, como sugiere el mismo Gramsci (1971/2006), significa conducir las clases aliadas y dominar las clases subalternas. Sin embargo, Gramsci a veces se refiere a la hegemonía con el término de "predominio a través del consenso", sugiriendo que el consenso tiene una primacía sobre el ejercicio del poder

coercitivo en la constitución y en el mantenimiento de una hegemonía (Valeriano Ramos, 1982).

Resumiendo, se podría por lo tanto afirmar que la hegemonía en términos gramscianos es un "predominio a través del consenso", es decir, una circunstancia en la cual una clase fundamental conduce el bloque hegemónico a través de su liderazgo político, intelectual y moral, provisionando una visión del mundo común que se concretiza socialmente en una "ideología orgánica". A su vez, esta ideología, representa una articulación y una síntesis de las aspiraciones sociales de los grupos que conforman el bloque hegemónico. La clase fundamental se constituye como hegemón en virtud de su capacidad de articular los distintos intereses en una visión del mundo común (Mouffe, 1979a; Valeriano Ramos, 1982). El campo de disputa, por lo tanto, es la sociedad civil, y el instrumento de lucha, la ideología.

Cabe aclarar mejor el significado del término "clase fundamental". Anteriormente se dijo que el grupo que desea construir su propia hegemonía debe tener en cuenta los intereses de los demás grupos que conformarían su bloque hegemónico. Sin embargo, Gramsci (1971/2006) sostiene que dichos compromisos no pueden abarcar los intereses fundamentales. A pesar de estar basada en una conducción política y moral, la hegemonía debe, en última instancia, fundarse en los intereses dados por la infraestructura económica. Dicho de otra manera, el grupo hegemónico debe ser una "clase fundamental" y poderse reconducir a uno de los dos intereses contrapuestos en las relaciones de producción capitalistas. Asimismo, la conducción política debe estar respaldada por un efectivo poder económico.

Bajo la perspectiva de Gramsci, la constitución de una nueva hegemonía no hace tábula rasa de la anterior. Al proponer una nueva síntesis, el hegemón recoge elementos de la visión del mundo prexistente y los incluye en su nueva propuesta ideológica. El proceso de transformación ideológico es, por lo tanto, una "reforma intelectual y moral", un proceso de desarticulación y rearticulación de las ideas, filosofías, principios éticos y morales constituyentes de la hegemonía previa (Mouffe, 1979a; Valeriano Ramos, 1982). La nueva visión del mundo –o ideología– que suplanta la anterior, se verá reflejada implícitamente en todos los aspectos de la vida individual y colectiva de los sujetos que conforman la sociedad donde se ejercerá la hegemonía.

En cuanto a los seres humanos, Gramsci (1970/2004) consideraba que eran todos filósofos. Todos los sujetos contaban con una "filosofía espontánea" contenida en el

lenguaje, el sentido común, la religión, las creencias y en el folklore. Gramsci consideraba que todos los seres humanos eran filósofos de manera inconsciente, ya que, en cualquier actividad intelectual, inclusive la más espontánea y natural como el lenguaje, se ocultaba una particular visión del mundo. Sin embargo, no hay que caer en la ilusión de que la ideología se puede considerar simplemente como una "falsa conciencia", como era asumido comúnmente en los tiempos de Gramsci. La ideología, como la pensaba Gramsci, era algo mucho más profundo. A través de la ideología los seres humanos adquirían conciencia de sí mismos, es decir, se constituían como sujetos (Mouffe, 1979a).

Según la interpretación de Mouffe (1979), en la obra de Gramsci hay un reconocimiento muy explícito de la naturaleza material e institucional de la práctica ideológica. La ideología, por lo tanto, tiene una existencia material, y se manifiesta de manera implícita en la cultura, en las costumbres sociales, en las prácticas y en las instituciones y aparatos ideológicos. También se manifestaba en el saber científico que, a pesar de sus pretensiones de objetividad, representaba una particular concepción del mundo y, por lo tanto, una determinada ideología (Gramsci, 1970/2004). La ideología abarcaba así todo aspecto de la experiencia social e individual, participando en la construcción identitaria de los sujetos. Según Mouffe (1979), finalmente, ya en Gramsci estaba implícita la idea de una ideología como práctica productora de subjetividades.

Como se pudo ver, Gramsci empezó un proceso de emancipación de su concepto de hegemonía respecto a la noción de lucha de clases en un sentido marxista tradicional. Sin embargo, el mismo autor consideraba que, en última instancia, la hegemonía tenía que estar arraigada en la contradicción fundamental dada por las relaciones capitalistas de producción, por lo menos dentro de una sociedad capitalista. Laclau y Mouffe (1987/2004), con su propia obra, llevan a cabo el trabajo comenzado por Gramsci. Dentro de la propuesta posmarxista de los dos autores, la emancipación es completa, y el término hegemonía es utilizado en combinación con una mirada anti-reduccionista, que concibe la lucha contra-hegemónica como una lucha contra todas las distintas formas de subordinación existentes en una determinada sociedad.

Por ende, en el posmarxismo, estas relaciones de subordinación no se reducen, necesariamente, a cuestiones económicas, y la lucha social no se concibe simplemente como una relación conflictual entre el capital y el trabajo. Los autores hacen énfasis en la multiplicidad y diversidad de las luchas políticas dentro de una determinada sociedad y proponen como proyecto una radicalización de la democracia (Keucheyan & Elliott, 2013;

Laclau & Mouffe, 1987/2004). Con sus aportes, Laclau y Mouffe derrumban el edificio marxista tradicional haciendo caer ambas superestructura e infraestructura en el concepto unificador del discurso. Los dos autores mantienen una separación neta entre el concepto de ideología y el de discurso, tratando de evitar cualquier tipo de reduccionismo económico propio de las miradas más tradicionales del marxismo (Stoddart, 2007).

El mismo Foucault empleó el concepto de discurso para evitar el utilizo del concepto de ideología, y más en general, para evitar operar dentro del campo de la teoría marxista que le ha dado sustento. Como sugiere Hall (1997, 2010, 2011), Foucault rechaza el concepto de ideología por distintas razones. La más importante es que para Foucault la relaciones de saber y poder en la sociedad no se pueden reconducir a una sola instancia de conflicto, que sería el conflicto entre el capital y el trabajo. Foucault se opone de manera neta tanto al determinismo como al reduccionismo económico del marxismo. Simplemente, el autor consideraba que no era verdad que las ideas dominantes eran un reflejo de la estructura económica de la sociedad.

Al mismo tiempo, Foucault rechazaba la idea de que el poder se pudiera concentrar en las manos de un determinado sujeto o grupo de sujetos. Para él, el poder se encontraba siempre circulando en la sociedad, siempre siendo ejercido a nivel local y nunca poseído. Dicho de otra manera, Foucault pensaba que el poder se encontraba dentro de los discursos y no afuera (Purvis & Hunt, 1993). Por otro lado, Foucault criticaba también el planteo marxista de que la ideología constituyera una forma de "falsa conciencia", una ilusión que no permitía a los pueblos llegar a entender la supuesta verdad, que quedaba oculta detrás de la ideología. Para Foucault no existía una verdad en sí, sino que esta sólo existía y se producía dentro de un determinado discurso. La verdad era algo coyuntural y determinado por las relaciones de poder dentro de la sociedad en un determinado momento (Stoddart, 2007).

A pesar de las críticas propuestas por Foucault, y a la neta división que construye entre el concepto de discurso y él de ideología, la brecha entre los dos conceptos no es quizás tan grande como el autor consideraba, por lo menos, no si uno se concentra en otras formulaciones del concepto de ideología más reciente con respecto a la obra de Marx. De hecho, Hall sugiere que hay una cierta afinidad con Gramsci. La definición de ideología propuesta por este autor tiene muchos puntos de superposición con la posterior teoría de Foucault y de hecho, anticipa algunos de sus puntos centrales (Hall, 1997). Clave es el hecho de que el mismo Gramsci rechaza –si bien no de manera definitiva– el reduccionismo y el determinismo económico del marxismo tradicional, como se vio en los párrafos anteriores.

Al mismo tiempo, Gramsci piensa en la hegemonía como algo precario y constantemente en disputa. En su mirada nunca hay un sistema de dominación totalmente coherente y abarcador. La hegemonía está en un continuo estado de tensión, con una puja constante entre hegemonía y contrahegemonía, poder y contrapoder. La puja se da en terreno de la sociedad civil y el instrumento de persuasión es el sentido común. Gramsci, de esta manera, deja una idea del poder hegemónico como algo coyuntural, imperfecto y en continua tensión (Stoddart, 2007). Como lo interpreta Said, Gramsci es un pensador geográfico, que piensa siempre en términos de territorios tensionados por conflictos y posibles tácticas de conquista. El objetivo para él es la conquista de la sociedad civil, que nunca va a ser definitiva y que siempre va a ser objeto de disputa entre el hegemón y sus subalternos (Said & Viswanathan, 2002).

Para ir a las conclusiones, si se tuviera que pensar a la relación entre discurso por un lado, y hegemonía e ideología por el otro, Stoddart (2007), Purvis y Hunt (1993) sugieren que los dos abordajes no deberían pensarse como mutualmente excluyentes. Estos autores consideran que en realidad estos conceptos se entrelazan entre sí y tienen superposiciones en la realidad social. En particular, sugieren que se debería pensar a la ideología como un efecto de determinados discursos, si bien cabe aclarar que la regla no aplica al revés y que no todo discurso es ideológico. El discurso se transforma en ideología cuando cumple con la función de sostener y fortalecer un sistema de poder social. Dicho de otra manera, un discurso se hace ideológico en virtud de su relación con sistemas de dominación y subordinación. Finalmente, un discurso se transforma en ideología cuando hace pasar intereses específicos como si fueran intereses universales.

Stoddart (2007) concluye que deberíamos pensar a la relación entre la ideología y el discurso como un *continuum,* para después ubicarnos en un lugar intermedio para poder entender de manera más clara como ciertos discursos se relacionan con los sistemas de dominación y, por lo tanto, con la ideología. De hecho, la obra de Said se encuentra en este lugar intermedio. Said construye una idea de poder como algo intermedio entre las concepciones de Gramsci y Foucault, autores que el mismo Said (2012) cita como sus principales influencias en el desarrollo de su obra sobre el Orientalismo. Bajo la mirada de Said, como ya se dijo, el discurso del Orientalismo se entiende como un instrumento en las manos de Occidente, que posibilita y perpetua su dominación sobre Oriente. En la obra de Said, hegemonía y discurso se fortalecen recíprocamente.

El mismo Escobar a menudo habla de "hegemonía del desarrollo" (Escobar, 1992, p. 22, traducción propia), o de "visión hegemónica del desarrollo" (Escobar, 2007, p. 42), revelando la influencia de la obra de Said que el mismo Escabar reconoce como el antecedente más importante de teorización sobre el discurso como fenómeno que concierne a las relaciones entre distintas regiones del mundo. Por lo tanto, se podría concluir que el discurso del desarrollo a su vez se puede concebir como un componente fundamental de la hegemonía del primer mundo sobre los países del tercer mundo que se ha instituido, bajo el liderazgo de Estados Unidos, en la segunda posguerra. Como sugiere Moore (2016), el discurso del desarrollo sería así un componente del esfuerzo de los países líderes de presentar al capitalismo como el orden natural de las cosas, con el intento de expandir sus capacidades de acumulación al infinito.

Se hizo este recurrido intelectual para intentar demostrar que una crítica al discurso del desarrollo no es algo inconcebible desde ciertas posiciones del marxismo. Es necesario aclarar este punto para poder dejar abierta la posibilidad de incorporar argumentos propios del marxismo asimilados en las páginas anteriores. La perspectiva teórica de este escrito, por lo tanto, no se limita sólo a la perspectiva del posdesarrollo. La idea es que la herramienta marxista es todavía imprescindible a la hora de construir una perspectiva crítica frente al capitalismo, es decir, para entender su dimensión material. Siempre se debe tener en cuenta que, en casi cualquier lugar del mundo, el consenso y el poder se construyen dentro de una sociedad capitalista. Al mismo tiempo, se rechaza la idea de que todo fenómeno social es enteramente discursivo como propuesto por los autores posmarxistas (Stoddart, 2007). Bajo la perspectiva del presente trabajo, se considera que materia y discurso coexisten a la vez y cooperan constantemente en la determinación de la realidad social. La herramienta marxista, si bien no alcanza para entender los fenómenos discursivos, sigue siendo indispensable a la hora de entender la realidad material del capitalismo y, en particular, su tendencia a un desarrollo desigual en el espacio y en el tiempo.

Finalmente, en cuanto a la posibilidad de una hegemonía que abarca a todo el planeta, esto no es nada distinto de lo que ha sido propuesto por Arrighi (2014) y que el mismo Gramsci (1971/2006) ha dejado escrito en sus cuadernos en los años treinta del siglo pasado:

> Toda relación de 'hegemonía' es necesariamente una relación educacional y ocurre no solamente dentro de una nación, entre las varias fuerzas de la cuales la nación está compuesta, sino más bien en el campo mundial e internacional, entre complejos de civilizaciones nacionales y continentales (p. 87, traducción propia)

## *5.5* El empleo de las dicotomías: ¿un *modus operandi*?

A la luz de la crítica posdesarrollista, y de la toma de conciencia de la discursividad del poder, se puede ahora mirar a las TDS con ojos distintos, conscientes de que la teoría del desarrollo se ha desprendido dentro de un cierto régimen discursivo bajo el cual se han ido consolidando ciertas relaciones de poder a nivel internacional. Sin embargo, de la lectura hecha en los capítulos anteriores, debería quedar claro también que las TDS se caracterizan por tener un gran nivel de complejidad y heterogeneidad.

Aquí se quiere resaltar que hay algo que acomuna a todas estas propuestas críticas, como por ejemplo el hecho de emplear dicotomías para diferenciar la condición de los países a nivel internacional. En las páginas precedentes se hizo hincapié en el hecho de que el discurso opera reduciendo la complejidad a una esencia, y que es exitoso en tanto logra construir una dicotomía. Esta dicotomía, en el discurso del desarrollo, diferencia los países según sean desarrollados o subdesarrollados. En las teorías de los autores que se han aquí analizado, esta representación dicotómica, traspuesta en otros términos –como centro y periferia, metrópolis y satélites, etc.– tiene indudablemente un carácter central.

Según Escobar (2007), muchos de los autores antes analizados han sido cooptados por el discurso del desarrollo ya que: "pese a que conceptos como la dependencia y el intercambio desigual eran novedosos, el espacio discursivo en el que se movían no lo era" (p. 145). Desde la perspectiva de Escobar, dichas teorías representaron una "importante crítica a la economía burguesa del desarrollo", pero, "no representaron una alternativa al desarrollo" y sólo "conformaron una visión diferente de él" (p. 146). Por lo tanto, Escobar sugiere que las TDS se han movido dentro del espacio discursivo brindado por el discurso del desarrollo sin traspasar nunca sus limites. Los autores nunca han cuestionado el desarrollo como concepto general, sino que, por el contrario, han colocado este mismo concepto al centro de sus discusiones teóricas, constituyéndolo como un *pivot* alrededor del cual han gravitado todos los distintos esfuerzos críticos.

En los capítulos anteriores se ha elegido concentrarse en el estudio de la obra de Emmanuel. Lo que se quiso investigar es si la adopción de la dicotomía desarrollo/subdesarrollo por parte del autor se debió a la subscripción acrítica a una visión pre-constituida de la realidad –como ha afirmado Escobar– o si, efectivamente, el auxilio de dicho modo de representar la realidad estaba fundado en el rigor de un modelo teórico coherente. Se ha decido concentrarse en el trabajo de Emmanuel porque su obra sigue siendo

considerada hoy en día como el principal aporte marxista para una "teoría del subdesarrollo", junto con los teóricos de la dependencia que han sido analizados en el primer capítulo (Escobar, 2005, 2007, 2012). En la próxima sección, se hará una crítica material-discursiva a la obra de Emmanuel, poniendo énfasis sobre la cuestión de la dependencia intelectual. Emmanuel será impugnado en virtud de la subordinación ideológica en la que ha caído con respecto a la visión hegemónica del desarrollo imperante en su época.

## 5.6 El problema de la dependencia intelectual: una crítica material-discursiva de la obra de Emmanuel

El debate sobre la obra de Emmanuel que se ha desarrollado durante las décadas de los setenta y ochenta ha sido muy prolífico. La obra de Emmanuel ha sido atacada desde distintas perspectivas, y las críticas presentadas anteriormente demuestran que se trata de un modelo económico débil, tanto en sus postulados, como en sus desarrollos y conclusiones. El choque con los demás autores marxistas del intercambio desigual se da por el uso poco ortodoxo de la herramienta económica marxista por parte de Emmanuel. En cierto sentido, Emmanuel traiciona el espíritu de la crítica de Marx cayendo en una lectura "circulacioncita".

Esta crítica ha sido desarrollada muy bien por Bettelheim (1972, 1973) que impugna a Emmanuel por su uso ideológico de la obra de Marx. Según el mismo autor, la obra de Emmanuel está sesgada por un cierto "sentido común". Su análisis económico estaría así basado en las "evidencias inmediatas" propias de los fenómenos que aconteces en la superficie de las relaciones económicas, es decir, el intercambio. Esto, fundamentalmente, es lo que caracteriza a la "economía política vulgar" que es el principal objeto de crítica en *El Capital*, donde Marx plantea una mirada que ilumina los rincones ocultos de la esfera de la producción.

El punto de la cuestión no es negar la existencia de una diferencia sustancial y evidente en las condiciones de vida entre los distintos países. El punto es ubicar de manera correcta donde se encuentran los fenómenos que generan ciertos resultados en la superficie observable del intercambio. Battelheim (1972) insiste que por un marxista existe siempre una base objetiva, y que las desigualdades económicas a nivel internacional se asientan sobre una compleja estructura, dada tanto por relaciones de clases internas a los países, como también por relaciones ideológicas, políticas y económicas reproducidas en una escala

global. La dominación imperialista, por lo tanto, no se puede reducir a una mera relación mercantil ya que se constituye en fenómenos mucho más complejos y profundos.

El uso ideológico de la obra de Marx que Bettelheim atribuye a Emmanuel está orientado a la explicación de un fenómeno particular: el subdesarrollo. Como se explicó en este capítulo, según los autores del posdesarrollo, el concepto y la realidad del desarrollo/subdesarrollo han sido objeto de una construcción discursiva que arrancó en la segunda posguerra. Los países subdesarrollados han sido objeto de una representación "unidireccional" y parcial, que ha reducido su heterogeneidad a una característica esencial: la ausencia de desarrollo. Esta representación ha sido funcional para la estructuración de una relación hegemónica de poder, donde los países desarrollados han fortalecido su dominio sobre los demás.

En cierto sentido, la obra de Emmanuel asume el subdesarrollo como una realidad casi ontológica, y un claro ejemplo es su referirse a dos distintos tipos de seres humanos: el "hombre desarrollado" contrapuesto al "hombre subdesarrollado" (1973). Anteriormente se hizo hincapié también sobre el hecho de que un discurso opera frecuentemente a través de la construcción de dicotomías, es decir, de una visión estereotipada de la realidad que construye al "Otro" como una alteridad ontológicamente distinta, contrapuesta y subordinada. Esta representación del "Otro" suele desacreditarlo y construirlo como una entidad ontológicamente inferior. Asimismo, esta supuesta inferioridad se utiliza como argumento para justificar y legitimar la posterior intervención y dominación (Mbembe, 2016; Said, 2012).

Si bien Emmanuel asume una posición fuertemente crítica en la discusión sobre el desarrollo, su obra está impregnada por esta "visión del mundo" e, involuntariamente, la reproduce. El autor en ningún momento pone en cuestión esta representación parcial de la realidad y, por lo contrario, la emplea de manera acrítica elevándola a una verdadera ontología. Por lo tanto, la misma crítica que Cueva (2008) presenta en contra de los teóricos de la dependencia aplica también para la obra de Emmanuel. Las preguntas a las cuales el autor quiere dar una respuesta ya están impregnadas de ideología y adhieren a una problematización preconstituida que el autor asimila y luego reproduce:

> Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, de hecho, dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista. Ocurre como si el neomarxismo latinoamericano, al polemizar con sus adversarios, hubiera olvidado o desconocido la tajante advertencia de Marx en *La ideología alemana*:

> ‘No es sólo en las respuestas, sino en las preguntas mismas, donde ya hay una mistificación’ (Cueva, 2008, pp. 87-88).

De la misma manera en la que, según Cueva, la teoría de la dependencia es víctima de esta mistificación, Emmanuel cae en la trampa ideológica tratando de responder a preguntas que ya llevan en sí la semilla de la dominación. Emmanuel está implícitamente –y a veces explícitamente– aceptando una representación parcial del mundo como una realidad inalterable. Asimismo, está llevando una mistificación al nivel de una realidad objetiva y, bajo sus mismas formulaciones, básicamente inalterable.

Como se pudo ver, el modelo se constituye como un círculo vicioso del subdesarrollo. Una vez instituido el diferencial de salarios (o el mismo subdesarrollo si se quiere), el modelo explica cómo, a través del libre comercio, los países con salarios más elevados se apropian de parte del excedente producido por los países subdesarrollados, y esta pérdida constante de recursos es lo que explica la perpetuación del subdesarrollo en los países más atrasados. El modelo, por lo tanto, explica como una realidad dada se reproduce continuamente en el tiempo; como el subdesarrollo genera más subdesarrollo, en un círculo vicioso sin fin.

En los anteriores capítulos se vio también que la obra de Emmanuel participa en un conjunto de críticas contra las concepciones más clásicas del imperialismo. En particular, el autor se desempeña en la construcción de un modelo para explicar la polarización del mundo entre países desarrollados y subdesarrollados. Sin embargo, cuando los clásicos del imperialismo desarrollaban sus propuestas teóricas, el mundo no estaba todavía representado en esos términos. De hecho, Cueva (2008) argumenta que Lenin no se expresaba en términos de desarrollo haciendo referencia a un crecimiento económico, contrariamente a lo que han hecho la mayoría de los autores de las TDS desde la segunda posguerra. Lenin hablaba de desarrollo del capitalismo en términos dialecticos, plenamente consciente de que este mismo se constituía como un fenómeno marcadamente desigual. Por lo tanto, el desarrollo desigual era algo considerado inherente al mismo capitalismo:

> que este desarrollo ha sido desigual […] es un hecho que está fuera de duda; pero no debemos olvidar que, para Lenin, ello forma parte del concepto mismo de desarrollo del capitalismo, que, por lo tanto, no es equivalente a la expresión ideológica crecimiento económico. De no darse esas desigualdades y esa pauperización, anota Lenin en el mismo texto: ‘El capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y el nivel de vida de las masas semihambrientas son las condiciones y las premisas básicas, inevitables, de este modo de producción’ (Cueva, 2008, p. 91).

Por lo tanto, una vez más, el concepto de desarrollo desigual vuelve a tener una prioridad lógica ineludible para el marxista. Este mismo argumento reúne básicamente todas las críticas marxistas que se han presentado en contra de la obra de Emmanuel en el capítulo anterior. Bajo todas estas perspectivas, el fenómeno observable de "las masas semihabrientas" se constituye como un fenómeno que responde a una lógica inherente al sistema capitalista: la ley del desarrollo desigual. No es un diferencial de salarios o una explotación a nivel de intercambio –como sostiene Emmanuel– sino que se trata del producto del desarrollo del capitalismo en un determinado espacio geográfico con su carácter marcadamente desigual.

Los autores de las TDS estaban decepcionados con el hecho de que la expansión del capitalismo a nivel internacional no había brindado las mejoras de condiciones de vida que se esperaban; es decir, que el desarrollo del capitalismo no condujo a un crecimiento económico suficiente para los países más atrasados. Como se pudo ver en el primer capítulo, el crecimiento económico era básicamente la única manera de medir el desarrollo según la perspectiva de la TCdM. La misma teoría asumía que un país, una vez removida las trabajas al desarrollo y dadas las condiciones óptimas, estaba destinado a una transición irreversible hacia la modernidad y la prosperidad económica. Las TDS reaccionaron a los planteos de la TCdM cuando constataron que el proceso de despliegue (*take off*) no se estaba materializando debido a la estructura del capitalismo global que limitaba las posibilidades de desarrollo en los países más atrasados. A pesar de todo, el desarrollo como crecimiento económico seguía siendo la problemática fundamental a analizar y solucionar.

Por lo tanto, mientras algunos autores de las TDS proporcionaban argumentos críticos contundentes contra la TCdM, reproducían la problematización propia de este conjunto de teorías. Ciertas propuestas de las TDS, a la hora de desarrollar sus críticas a la TCdM, han empleado la herramienta discursiva proporcionada por el discurso del desarrollo empleando sus supuestos y categorías. Como se pudo ver en el anterior capítulo, esto es particularmente visible en la obra de Emmanuel. Observado desde la perspectiva de una teoría del subdesarrollo su modelo es casi tautológico. El modelo, reducido a su esencia, asume que hay países subdesarrollados y desarrollados, y que el subdesarrollo es la causa del subdesarrollo. El autor culpa a las relaciones comerciales (desleales) entre los países por la perpetuación del subdesarrollo, sin considerar mínimamente que lo que él llama subdesarrollo es algo inherente al propio capitalismo, y que la reproducción del capitalismo reproduce el "subdesarrollo" como complemento directo del "desarrollo".

Además, la obra de Emmanuel no considera mínimamente los condicionamientos políticos e ideológicos. Para él se puede reconducir todo a problemáticas económicas que se reproducen a través de mecanismos económicos. La paradoja es que la obra en si demuestra la existencia de la subordinación ideológica, entendida esta como una dominación discursiva y práctica a través de la producción de conocimiento. Emmanuel, con su obra, cae atrapado en el régimen de representación del desarrollo. Su esfuerzo intelectual, si bien muy crítico, participa en la reproducción de este mismo discurso. El autor subestima los condicionamientos ideológicos como forma de subordinación y termina siendo influenciado por estos mismos en su perspectiva crítica. Lamentablemente, como sugiere Said (1994): "esta es la tragedia parcial de la resistencia, que debe, en cierta medida, trabajar para recuperar formas preestablecidas o por lo menos influenciadas o infiltradas por la cultura del imperio" (p. 210, traducción propia).

Recuperando a la perspectiva de Said (1994), el autor sugiere que el imperialismo ha estado operando constantemente detrás de los mecanismos económicos y políticos con la construcción de su dominio a través de la cultura, en todas sus múltiples formas. Según Said, en las experiencias imperiales más recientes la cultura ha ejercido un papel primordial. Como se vio en este mismo capítulo, el Orientalismo es un claro ejemplo de cómo opera un discurso en la práctica. El ejercicio del poder a través de la representación es una parte constitutiva del dominio imperial ya que crea las condiciones culturales para que este dominio se pueda ejercer y desarrollar. En la época colonial, se trataba de la construcción identitaria de poblaciones consideradas "racialmente inferiores", que necesitaban el papel civilizatorio de los Estados imperiales europeos para salir de su condición primitiva; en la era del desarrollo, de poblaciones subdesarrolladas que necesitaban la intervención de los expertos y la aplicación de políticas basadas en criterios científicos objetivos en pos de fomentar el desarrollo (Escobar, 2007; Mudimbe, 1988; Mbembe, 2016).

En todas las experiencias imperiales la cultura ejerce un papel primordial a la hora de garantizar las condiciones básicas para que el dominio se pueda ejercer y reproducir. Esta dimensión cultural queda totalmente ocultada en la obra de Emmanuel donde el subdesarrollo se reduce a una condición meramente económica. Sin embargo, una lectura atenta y desencantada de su obra encuentra en esta misma la prueba de que el poder se ejerce, más allá de las fuerzas impersonales del mercado, también a través de la producción del saber y del conocimiento. Emmanuel ha sido parte del esfuerzo de reproducción de las mismas ideas que han hecho del subdesarrollo una realidad concreta e inalterable en los ojos

de todos los seres humanos del mundo. Asimismo, el autor ha llevado la dicotomía entre subdesarrollo y desarrollo a sus extremas consecuencias lógicas.

Por lo tanto, se puede sostener que, en virtud del estudio hecho sobre la obra de Emmanuel, la hipótesis del trabajo se encuentra verificada. Emmanuel, efectivamente, ha subordinado su obra al orden discursivo del desarrollo, empleando sus categorías y supuestos y participando en el esfuerzo de reproducción del mismo. Según la perspectiva del presente trabajo, esto ha reducido el alcance de la crítica del autor que, en vez de disputar una representación parcial y hegemónica del mundo, ha contribuido en su fortalecimiento. En la obra de Emmanuel el discurso se ha encontrado operando de manera muy explícita, llegando a manifestarse en sus escritos como una verdadera ontología del hombre desarrollado y subdesarrollado. De hecho, dentro de las obras examinadas en este escrito, la de Emmanuel parece haber sido la obra en la cual el discurso se ha encontrado operando de la manera más manifiesta.

Sin embargo, de la lectura hecha de las distintas posiciones críticas que se han constituido alrededor de la obra de Emmanuel y, más en general, del debate sobre desarrollo y subdesarrollo, se puede afirmar que existen posiciones que han mantenido una cierta autonomía frente al discurso. Algunos autores han reconocido la existencia de una influencia ideológica, criticando explícitamente a los teóricos de la dependencia y del subdesarrollo por caer víctimas de una mistificación. Este, como se vio, es el caso de la obra de Bettelheim (1972, 1973) y de Cueva (2008) que, sin embargo, no son los únicos ejemplos. Muchos otros autores analizados en el debate han asumido posiciones fuertemente críticas contra la teoría de Emmanuel, tanto por cuestiones metodológicas como empíricas y conceptuales. De hecho, el estudio deja la impresión que los autores que se han mantenido más cercanos a las posiciones clásicas del marxismo son los que más han resistido a la cooptación por parte del discurso. Asimismo, se podría formular que los autores que han asumido posiciones más "reformistas" son los que más han caído atrapados en la mistificación del desarrollo. De todas maneras, esta hipótesis requeriría un trabajo más profundo de investigación sobre la obra de los demás autores de la dependencia y del subdesarrollo para poder plantearse de manera definitiva.

Por lo tanto, la crítica presentada por Escobar en contra de las teorías de la dependencia y del subdesarrollo se comprueba con un análisis de la obra de Emmanuel. Sin embargo, el análisis de las distintas posiciones en el debate demuestra la existencia de propuestas más críticas y parcialmente afines al planteo posdesarrollista, en un momento

histórico en el cual esta posición crítica todavía no había sido formulada. Escobar crítica de manera genérica a todos los autores y autoras de la dependencia y del subdesarrollo sin dar cuenta de la inherente complejidad y heterogeneidad de las propuestas. Este trabajo ha tratado de dar cuenta lo más posible de esta diversidad en pos de demostrar como aún en una circunstancia de subordinación ideológica generalizada, voces disonantes han participado en la discusión tratando de superar los límites del discurso. Este, cabe señalarlo una vez más, no ha sido el caso de la obra de Emmanuel.

# Conclusiones

En el marco de este trabajo de tesis se ha tratado de investigar el fenómeno del desarrollo planteando un análisis de distintas propuestas teóricas. En particular, el trabajo se ha concentrado en los aportes más críticos, es decir, aquellos que han tratado de desenmascarar los desequilibrios de poder escondidos detrás del fenómeno y del concepto del desarrollo. Debido a la extrema complejidad del debate, se ha decidido concentrar el análisis en una obra clave de la discusión sobre desarrollo y subdesarrollo, es decir, la obra del economista A. Emmanuel. Asimismo, se ha estudiado el concepto del intercambio desigual que este autor considera ser la causa principal del subdesarrollo.

Como se pudo observar, Emmanuel construyó un modelo de comercio internacional que demostraba la existencia de un intercambio desigual en detrimento de los países subdesarrollados. Esta obra de Emmanuel fue uno de los primeros y principales aportes a las *teorías del subdesarrollo y de la dependencia* que, desde mediados de los sesenta, empezaron a criticar de manera contundente las posiciones *mainstream* de la teoría del desarrollo. Cada uno de los autores y autoras pertenecientes a este conjunto de teorías, a su manera, trató de demostrar cómo las relaciones económicas entre los distintos países limitaban de manera determinante las posibilidades de desarrollo de los países más atrasados y, al mismo tiempo, posibilitaban el desarrollo y la prosperidad de los países más desarrollados.

Adoptando la mirada de los autores posdesarrollistas se ha podido ver como el desarrollo se puede entender también como un "discurso", que ha participado de manera activa en la constitución del "tercer mundo" como realidad concreta. Estos autores han enfatizado la relación sutil que se instituye entre saber y poder, desenmascarando una desigualdad en las relaciones de fuerzas que se extiende mucho más allá de las relaciones comerciales de intercambio. En la perspectiva del presente trabajo de tesis se ha considerado el discurso del desarrollo como un componente fundamental de la hegemonía del primer mundo sobre los países del tercer mundo que se ha estructurado, bajo el liderazgo de los Estados Unidos, durante la segunda posguerra.

Lo que se ha investigado en el trabajo es cómo la visión ideológica del desarrollo ha penetrado en el debate y ha jugado un papel constituyente, determinando la problemática a investigar –es decir, el desarrollo– y delimitando el espacio discursivo dentro del cual se ha podido hablar y debatir sobre esta misma cuestión. La obra de Emmanuel ha sido elegida para este análisis debido a su relevancia histórica ya que se ha constituido como un clásico

fuera del *mainstream.* Lo que se ha tratado de demostrar es que Emmanuel ha subordinado su crítica al orden discursivo del desarrollo. Asimismo, ha empleado ciertas de sus categorías y supuestos a la hora de desarrollar su aporte teórico y, finalmente, ha participado en el esfuerzo de reproducción del mismo discurso. Con el análisis de los argumentos de Emmanuel, junto con las demás contribuciones de los participantes al debate del intercambio desigual, se ha podido confirmar esta hipótesis.

Sin embargo, cabe aclarar que, si bien estas críticas aplican para la obra de Emmanuel, no se pueden extender de manera automática a todas las obras de los autores de la dependencia y del subdesarrollo como ha sugerido Escobar (1992, 2007, 2013) en sus escritos. El análisis de los argumentos críticos en contra de la obra de Emmanuel y, más en general, de los argumentos propuestos por los demás teóricos de la dependencia y del subdesarrollo, ha revelado la existencia de posiciones relativamente autónomas con respecto al discurso del desarrollo. Ciertos autores han criticado abiertamente a los demás por caer víctimas de una mistificación o de una subordinación ideológica. Estos han sido principalmente los argumentos de Bettelheim (1972, 1973) y Cueva (2008), aunque estos autores no son un caso aislado. Otras voces han demostrado tener una visión crítica compatible con los argumentos del posdesarrollo, que han comenzado a tener relevancia recién en los comienzos de los años noventa.

Para llegar a estas conclusiones se ha comenzado el trabajo dando cuenta de las posiciones más clásicas, tanto de la teoría del desarrollo como de la teoría del imperialismo. Estas posiciones son las que los autores de la dependencia y del subdesarrollo han impugnado desde mediados de la década de los sesenta. Por lo tanto, en el primer capítulo, se ha dado cuenta de las propuestas críticas de los principales autores pertenecientes a este conjunto de teorías. Como se ha podido observar, se trata de aportes que han enfatizado el papel de la dimensión externa o internacional como elemento determinante de la condición de desarrollo o subdesarrollo de los distintos países. Las propuestas revisadas han sido las de la teoría marxista de la dependencia, del sistema-mundo, y finalmente del intercambio desigual.

Dentro de la teoría del intercambio desigual se ha elegido desarrollar la obra de Emmanuel, que ha sido la obra pionera y disparadora del debate que tendrá su auge en el marxismo hasta mediados de los ochenta. En el segundo capítulo se ha analizado el modelo económico de Emmanuel, mientras en el capítulo tres se han estudiado los argumentos críticos presentados por los demás autores marxistas del intercambio desigual. Finalmente, en la parte final del capítulo tres, se ha profundizado el análisis de la obra de Emmanuel

estudiando su propuesta del intercambio desigual como teoría del subdesarrollo. Como se ha podido ver, en la perspectiva de Emmanuel, el intercambio desigual se manifestaba como una verdadera explotación de los países subdesarrollados por parte de los países más desarrollados.

Del estudio de la obra de Emmanuel como teoría del subdesarrollo se ha podido observar como el autor estructura un círculo vicioso, que más que explicar las causas del subdesarrollo y del desarrollo termina explicando cómo estas realidades se reproducen indefinidamente en el tiempo. La variable explicativa (el salario) está determinada por factores "institucionales", es decir, exógenos al modelo. Una vez instaurado el diferencial de salarios –atribuido por el autor al momento de la "acumulación originaria"– se origina un esquema de perfecta complementariedad. Los países más atrasados se encaminan hacia un paulatino subdesarrollo, mientras los países más avanzados y con mayores salarios se benefician de las transferencias de plusvalía debidas al intercambio desigual con los países subalternos. La desigualdad del comercio amplifica posteriormente la brecha de salarios intensificando las trasferencias de valor. El modelo de Emmanuel se transforma, finalmente, en un callejón sin salida.

Del estudio de los principales argumentos críticos en contra de la obra de Emmanuel se ha podido observar como el autor cae en una lectura "circulacionista" de la obra de Marx, traicionando su espíritu crítico. Emmanuel ha sido criticado por extender de manera impropia la categoría de explotación, aplicándola a las relaciones comerciales entre países, hasta llegar a postular la existencia de una explotación directa entre clases trabajadoras a nivel internacional. Además, ha sido criticado por tratar los salarios como variable independiente y por no rechazar, en sus fundamentos, la teoría de las ventajas comparativas propuesta por Ricardo. Esto ha llevado a algunos autores a considerar que la obra de Emmanuel no debería considerarse como una obra propiamente marxista.

Asimismo, la mayoría de los aportes críticos revisados reafirmaron la centralidad del concepto marxista del desarrollo desigual, una categoría que debería tener una prioridad lógica sobre el fenómeno del intercambio desigual al cual Emmanuel atribuye un papel primordial. Básicamente todas las posiciones críticas revisadas han observado que el intercambio desigual debería considerarse, en el mejor de los casos, como un fenómeno secundario, es decir, como una consecuencia y no la causa del desarrollo desigual. Finalmente, se ha tratado de plantear una reflexión sobre el concepto de desarrollo desigual demostrando como este mismo fenómeno es inherente al capitalismo.

En el cuarto y último capítulo, una vez asimilada la crítica de los autores del posdesarrollo, se ha tratado de construir una perspectiva hibrida bajo el nombre de "materialismo discursivo". A la luz de esta perspectiva se ha propuesto una crítica propia de la obra de Emmanuel que ha puesto énfasis en la subordinación ideológica del autor frente a la visión hegemónica del desarrollo. Es importante remarcar que esta perspectiva crítica no se ha basado sólo en la propuesta de los autores del posdesarrollo, sino que ha recogido argumentos y posiciones que se han desarrollado a lo largo de todo el trabajo.

Si bien estas lecturas han alcanzado para estructurar una mirada crítica para la revisión de la obra de Emmanuel –que se espera pueda ser un aporte útil para abrir nuevas posibilidades teóricas al fin de abordar de manera multidisciplinar el fenómeno del desarrollo– no han alcanzado seguramente para construir una visión teórica totalmente coherente y novedosa. El trabajo se ha realizado con la intención de tejer vínculos entre distintas perspectivas teóricas, sin embargo, no se ha terminado de manera definitiva.

Por lo tanto, se podría pensar en esta tesis como un primer intento de construir una mirada más abarcadora y multidisciplinar sobre el fenómeno del desarrollo, un trabajo que ha sido terminado sólo de manera parcial. Por esto, se tuvo que dejar afuera cuestiones cruciales de la actualidad, como la crisis ecológica, que es otro pilar central de la discusión planteada por los autores del posdesarrollo. De hecho, inicialmente, se había planteado introducir en el trabajo un capítulo sobre el fenómeno del *intercambio ecológico desigual*. Finalmente, por razones de espacio, se ha decidido no complejizar aún más este debate[27].

Una de las cuestiones que ha permanecido subyacente en todo el trabajo es la crítica al reduccionismo económico y la búsqueda de aportes que pudieran contribuir a superar este sesgo de la academia que concierne sobre todo las discusiones sobre el desarrollo. El aporte de los autores del posdesarrollo ha sido crucial para construir un puente de ingreso para el arsenal crítico posestructuralista –y no sólo posestructuralista– en la discusión sobre el desarrollo. Asimismo, este aporte ha sido crucial para iluminar la cuestión de la discursividad del poder y para poner en discusión el consenso básicamente generalizado que se ha construido alrededor de la idea del desarrollo. En el trabajo se ha intentado demostrar cómo esta toma de conciencia de la discursividad del poder no es algo imposible dentro de la discusión económica y cómo ciertos autores, particularmente Emmanuel, hubieran podido

[27] Para profundizar la cuestión del intercambio ecológico desigual aconsejo la lectura de la obra pionera de Bunker *Underdeveloping the Amazon: Extraction, Unequal Exchange, and the Failure of the Modern State* de 1988, el artículo de Hornborg, *The Unequal Exchange of Time and Space: Toward a Non- Normative Ecological Theory of Exploitation* publicado en 2003 y el trabajo de Foster y Holleman, *The theory of unequal ecological exchange: a Marx-Odum dialectic,* publicado en 2014.

ser más cautelosos a la hora de emplear ciertas categorías y supuestos en el desarrollo de sus propios aportes teóricos.

Como se dijo al comienzo de estas conclusiones, se intentó tejer vínculos sobre todo entre las perspectivas más críticas, es decir, aquellas que han intentado desenmascarar las relaciones de poder que quedan escondidas detrás del fenómeno del desarrollo. En la parte final del trabajo se ha tratado de plantear una síntesis propia, bajo el nombre de "materialismo discursivo". Dentro de este concepto se ha tratado de proponer una mirada que combine el análisis material con el discursivo. Finalmente, se ha intentado desarrollar la idea de que la materia y el discurso coparticipan activamente en la construcción de la realidad social y que no necesariamente una prevalece sobre la otra. Una hipótesis que se podría derivar de este trabajo es que materia y discurso coproducen realidad social como también las relaciones de poder dentro de la misma. Sin embargo, como ya se dijo, esta posición teórica requiere de un trabajo futuro para poder plantearse de manera definitiva. Esta tarea queda pendiente de una nueva investigación a desarrollarse en mis estudios doctorales.

# Bibliografía


Acosta, A., & Cajas-Guijarro, J. (2020). Ghosts, pluriverse and hopes: From "development" to post-development. En E. Vivares (Ed.), *The Routledge handbook to global political economy: Conversations and inquiries* (1 Edition). Routledge.

Amin, S. (1977). *Imperialism and unequal development*. Monthly Review Press.

Amin, S. (2001). Capitalismo, imperialismo, mundialización. En J. Seoane & E. H. Taddei (Eds.), *Resistencias mundiales: De Seattle a Porto Alegre* (1. ed). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Arrighi, G. (1983). *The geometry of imperialism: The limits of Hobson's paradigm* (Rev. ed., with a new afterword). Verso ; Distributed by Schocken Books.

Arrighi, G. (2014). *Il lungo XX secolo: Denaro, potere e le origini del nostro tempo*. Il saggiatore.

Astarita, R. (2010). Composición orgánica del capital. *Rolando Astarita [Blog]*. Extraído el 25 de mayo de 2020 desde https://rolandoastarita.blog/2011/06/25/discusiones-sobre-intercambio-desigual/

Astarita, R. (2011). Discusiones sobre intercambio desigual. *Rolando Astarita [Blog]*. Extraído el 25 de mayo de 2020 desde https://rolandoastarita.blog/2011/06/25/discusiones-sobre-intercambio-desigual/

Bambirra, V. (2013). *O capitalismo dependente latino-americano*. Insular.

Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las "teorías de la dependencia". En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. CLACSO.

Benetti, C., & Cartelier, J. (1998). Dinero, forma y determinación del valor. *Cuadernos de Economía*, *XVII*(28), 53-70.

Benjamin, W. (2011). *Conceptos de filosofía de la historia*. Agebe.

Berman, M. (1988). *All that is solid melts into air: The experience of modernity*. Viking Penguin.

Bernal, L. R. (1980). Emmanuel's unequal exchange as a theory of underdevelopment. *Social and Economic Studies*, *29*(4), 152-174.

Bettelheim, C. (1972). Appendix I: theoretical comments by Charles Bettelheim. En A. Emmanuel, *Unequal exchange: A study of the imperialism of trade*. Monthly Review Press.

Bettelheim, C. (1973). Los trabajadores de los países ricos y pobres tienen intereses solidarios. En A. Emmanuel, C. Bettelheim, S. Amin, & C. Palloix, *Imperialismo y*

*comercio internacional: El intercambio desigual* (Tercera ed). Siglo veintiuno de españa ed.

Birkan, A. Ö. (2015). A Brief Overview of the Theory of Unequal Exchange and its Critiques. *International Journal of Humanities and Social Science*, *5*(4), 155-163.

Borón, A. (2006). Clase de cierre: La cuestión del imperialismo. En A. Borón, J. Amadeo, S. González, & E. Altvater (Eds.), *La teoría marxista hoy: Problemas y perspectivas* (1. ed). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Borón, A. (2008). *Teoría(s) de la dependencia*. *Realidad Económica*, 238, 20-43.

Braun, O. (1976). «Value» in Riardo and Marx. *New Left Review*, *99*(1).

Brenner, R. (1977, agosto). The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism. *New Left Review*, *104*.

Brewer, A. (1990). *Marxist theories of imperialism: A critical survey* (2nd ed). Routledge.

Carchedi, G. (1988). Marxian Price Theory and Modern Capitalism. *International Journal of Political Economy*, *18*(3), 1-112.

Carchedi, G. (2006). Comparative advantage, unequal exchange and socialism: A reply to Tsang and Woo. *Economy and Society*, *18*(3), 360-364.

Cardoso, F. H., & Faletto, E. (2007). *Dependencia y desarrollo en América Latina: Ensayo de interpretación sociológica* (1a ed). Siglo Veintiuno Editores.

Castro, E. (2006). *El vocabulario de Michel Foucault: Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Universidad nacional de Quilmes : Prometeo.

Clunies-Ross, A. (1976). Emmanuel on unequal exchange: A marxist contribution on trade relations between rich and poor. *Journal of Economic Studies*, *3*(1), 42-60.

Cueva, A. (2008). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia (1974). En A. Moreano (Ed.), *Entre la ira y la esperanza: Y otros ensayos de crítica latinoamericana* (Segunda edición revisada). CLACSO-Prometeo.

De Janvry, A., & Kramer, F. (1970). The limits of unequal exchange. *The Review of Radical Political Economics*, *11*(4), 3-15.

Denemark, R. A., & Thomas, K. P. (1988, March). The Brenner-Wallerstein Debate. *International Studies Quarterly*, *32*(1), 47-65.

Dobb, M. (1975). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith: Ideología y teoría económica*. Siglo XXI.

Emmanuel, A. (1972). *Unequal exchange: A study of the imperialism of trade*. Monthly Review Press.

Emmanuel, A. (1973a). El problema del intercambio desigual. En A. Emmanuel, C.

Bettelheim, S. Amin, & C. Palloix, *Imperialismo y comercio internacional: El intercambio desigual* (Tercera ed). Siglo veintiuno de españa ed.

Emmanuel, A. (1973b). El proletariado de los países privilegiados partecipa en la explotación del tercer mundo. En A. Emmanuel, C. Bettelheim, S. Amin, & C. Palloix, *Imperialismo y comercio internacional: El intercambio desigual* (Tercera ed). Siglo veintiuno de españa ed.

Emmanuel, A. (1974). Myths of Development versus Myths of Underdevelopment. *New Left review*, *85*.

Emmanuel, A. (1975). Unequal Exchange Revisited. *IDS Discussion Paper*, *77*.

Escobar, A. (1992). Imagining a Post-Development Era? Critical Thought, Development and Social Movements. *Social Text*, *31/32*, 20.

Escobar, A. (1996). Construction nature: Elements for a post-structuralist political ecology. *Futures*, *28*(4), 325-343.

Escobar, A. (2005). El "postdesarrollo" como concepto y práctica social. En D. Mato (Ed.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (pp. 17-31). Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial el perro y la rana.

Escobar, A. (2012). Más allá del desarrollo: Postdesarrollo y transiciones hacia el pluriverso. *Revista de Antropología Social*, *21*, 23-62.

Escobar, A. (2013). Posdesarrollo, modernidad y otros mundos: Entrevista con Arturo Escobar. *Oxímora*, *2*, 233-248.

Esteva, G. (2010). Development. En W. Sachs (Ed.), *The Development dictionary: A guide to knowledge as power* (2nd ed). Zed Books.

Foster, J. B. (2006). El redescubrimiento del imperialismo. En A. Borón, J. Amadeo, S. González, & E. Altvater (Eds.), *La teoría marxista hoy: Problemas y perspectivas* (1. ed). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Frank, A. G. (1967a). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Frank, A. G. (1967b). El desarrollo del subdesarrollo. *Pensamiento Crítico*, *7*, 159-172.

Gramsci, A. (2004). *Antología* (S. Manuel, Ed.). Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Gramsci, A. (2006). Hegemony, intellectuals and the state. En J. Storey (Ed.), *Cultural theory and popular culture: A reader* (4th ed.). Pearson Longman.

Gramsci, A. (2014). *Alcuni temi della quistione meridionale* (G. Pastore, Ed.). Erreci

Edizioni del Centro Grafico Rocco Castrignano.

Hall, S. (Ed.). (1997). *Representation: Cultural representations and signifying practices*. Sage in association with the Open University.

Hall, S. (2010). Foucault: Power, knowledge and discourse. En M. Wetherell, S. Taylor, & S. J. Yates (Eds.), *Discourse theory and practice: A reader* (Reprinted). Sage.

Hall, S. (2011). The West and the rest: Discourse and power. En S. Hall & B. Gieben (Eds.), *Formations of modernity* (Reprinted). Polity Press.

Hardt, M., & Negri, A. (2009). *Commonwealth*. Belknap Press of Harvard University Press.

Harvey, D. (2004). The «New» Imperialism: Accumulation by Dispossession. *Socialist Register*, *40*.

Harvey, D. (2006). *Spaces of global capitalism*. Verso.

Harvey, D. (2018). *The limits to capital*. Verso.

Hinkelammert, F. (1970). *La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista*. Ediciones Nueva Visión.

Katz, C. (2016a). *El surgimiento de las teorías de la dependencia*. Página Oficial de Claudio Katz. Extraído el 12 de febrero de 2020 desde https://katz.lahaine.org/el-surgimiento-de-las-teorias-de/

Katz, C. (2016b). *La Teoría de la Dependencia y el Sistema-Mundo*. Página Oficial de Claudio Katz. Extraído el 12 de febrero de 2020 desde https://katz.lahaine.org/index.php?s=sistema-mundo&sentence=AND

Katz, C. (2018). *Dependencia y Teoría del Valor*. Página Oficial de Claudio Katz. Extraído el 12 de febrero de 2020 desde https://katz.lahaine.org/dependencia-y-teoria-del-valor/

Katz, C. (2019). *Actualización o veneración de la teoría de la dependencia*. Página Oficial de Claudio Katz. Extraído el 12 de febrero de 2020 desde https://katz.lahaine.org/actualizacion-o-veneracion-de-la-teoria/

Keucheyan, R., & Elliott, G. (2013). Ernesto Laclau: Constructing Antagonisms. En *Left hemisphere: Mapping critical theory today*. Verso.

Laclau, E., & Mouffe, C. (1990). Post-marxism without apologies. En E. Laclau (Ed.), *New reflections on the revolution of our time*. Verso.

Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de cultura Económica.

Lapavitsas, C. (2013). *Profiting without producing: How finance exploits us all*. Verso.

Lenin, V. L. (1916). *El imperialismo: Fase superior del capitalismo*. Fundación Federico

Engels.

Leys, C. (1996). *The rise & fall of development theory* (Nachdr.). EAEP, East African Educational Publ.

Mandel, M. (1976). *Late Capitalism*. NLB.

Marini, R. M. (2008). Dialéctica de la dependencia. En C. E. Martins (Ed.), *América latina, dependencia y globalización* (2 ed. rev., 1. reimpr). Siglo del Hombre Ed.

Martinelli, A. (2010). *La modernizzazione*. Laterza.

Marx, K. (1982). *Capital: A critique of Political Economy* (Vol. 1). Penguin Books.

Marx, K. (1991). *Capital: A critique of Political Economy* (Vol. 3). Penguin Books.

Marx, K. (1992). *Capital: A critique of Political Economy* (Vol. 2). Penguin Books.

Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Ned ediciones.

Mignolo, D. W. (2011). *The darker side of western modernity: Global futures, decolonial option*. Duke University Press.

Moore, D. B. (2016). Development Discourse as Hegemony: Towards an Ideological History 1945-1995. En G. J. Schmitz & D. B. Moore (Eds.), *Debating Development Discourse: Institutional and Popular Perspectives*. Palgrave Macmillan Limited.

Mouffe, C. (1979a). Hegemony and ideology in Gramsci. En C. Mouffe (Ed.), *Gramsci and Marxist theory*. Routledge & Kegan Paul.

Mouffe, C. (1979b). Introduction: Gramsci Today. En C. Mouffe (Ed.), *Gramsci and Marxist theory*. Routledge & Kegan Paul.

Mudimbe, V. Y. (1988). *The invention of Africa: Gnosis, philosophy, and the order of knowledge*. Indiana University Press.

Palloix, C. (1973). La cuestión del intercambio desigual: Una crítica de la economía politica. En A. Emmanuel, C. Bettelheim, S. Amin, & C. Palloix, *Imperialismo y comercio internacional: El intercambio desigual* (Tercera ed). Siglo veintiuno de españa ed.

Petitjean, C. (2014, abril 30). *Ernesto Laclau, theorist of hegemony*. Verso. Extraído el 24 de mayo de 2020 desde https://www.versobooks.com/blogs/1578-ernesto-laclau-theorist-of-hegemony

Purvis, T., & Hunt, A. (1993). Discourse, Ideology, Discourse, Ideology, Discourse, Ideology... *The British Journal of Sociology*, *44*(3), 473-499.

Quijano, A. (2007). Coloniality and modernity/rationality. *Cultural Studies*, *2*(3), 168-178.

Rahnema, M. (1997). Afterword: Towards post-development: Searching for signposts, a new language and new paradigms. En M. Rahnema & V. Bawtree (Eds.), *The post-development reader*. Zed Books : London & New Jersey.

Rodríguez, O. (2006). *El estructuralismo latinoamericano* (1. ed). Siglo XXI : CEPAL.

Sachs, W. (1993). Global Ecology and the Shadow of 'Development'. En W. Sachs (Ed.), *Global ecology: A new arena of political conflict*. Zed Books ; Fernwood Pub.

Sachs, W. (2015). *Planet dialectics: Explorations in environment and development*. Zed Books.

Sachs, W. (2019). Foreword: The Development Dictionary Revisited. En A. Kothari, A. Salleh, A. Escobar, F. Demaria, & A. Acosta (Eds.), *Pluriverse: A post-development dictionary*. Tulika Books and Authorsupfront.

Said, E. W. (1985). Orientalism Reconsidered. *Cultural Critique*, *1*, 89-107.

Said, E. W. (1994). *Culture and imperialism* (1st Vintage Books ed). Vintage Books.

Said, E. W. (2012). *Orientalismo: L'immagine europea dell'Oriente*. Feltrinelli.

Said, E. W., & Viswanathan, G. (2002). *Power, politics, and culture: Interviews with Edward W. Said* (1. Vintage Books ed). Vintage Books, Random House.

Santos, T. D. (1973). *Tendencias del capitalismo contemporáneo*. CESO.

Santos, T. D. (1998). La teoría de la dependencia un balance histórico y teórico. En F. López Segrera (Ed.), *Los retos de la globalización: Ensayos en homenaje a Theotonio dos Santos* (1. ed). UNESCO: CRESALC.

Santos, T. D. (2017). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En *La dependencia político-económica de América Latina*. CLACSO.

Santos, T. D., & Martins, C. E. (2011). *Imperialismo y dependencia*.

Shaikh, A. (1979a). Foreign Trade and the Law of Value: Part I. *Science & Society*, *43*(3), 281-302.

Shaikh, A. (1979b). The laws of international exchange. En E. J. Nell (Ed.), *Growth, Profits and Property*. Cambridge University Press.

Shaikh, A. (1980). Foreign Trade and the Law of Value: Part II. *Science & Society*, *44*(1), 27-57.

Shaikh, A. (1990). *Valor, acumulacion y crisis: Ensayos de economia politica*. Tercer Mundo Ed.

Shaikh, A. (2004). The economic mythology of neoliberalism. En A. Saad-Filho (Ed.), *Neoliberalism: A critical reader*. Pluto Press.

Shaikh, A. (2007). Globalization and the myth of free trade. En A. Shaikh (Ed.), *Globalization and the myths of free trade: History, theory, and empirical evidence*. Routledge.

Shaikh, A. (2016). *Capitalism: Competition, conflict, crises*. Oxford University Press.

Shanin, T. (1997). The idea of progress. En M. Rahnema & V. Bawtree (Eds.), *The post-development reader*. Zed Books : London & New Jersey.

Singer, H. W., & Sakar, P. (2002). Manufactured exports of developing countries and their terms of trade since 1965. En S. H. Singer, N. Hatti, & T. Remeshwar (Eds.), *Export-led versus balanced growth in the 1990s*. BPRC.

Smith, N. (2008). *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space (3rd Edition).* University of Georgia Press.

Stoddart, M. C. J. (2007). Ideology, Hegemony, Discourse: A Critical Review of Theories of Knowledge and Power. *Social Thought & Research*, *28, 191-225*.

Valeriano Ramos, Jr. (1982). The Concepts of Ideology, Hegemony, and Organic Intellectuals in Gramsci's Marxism. *Theoretical Review*, *30*.

Wallerstein, I. M. (1974). Dependence in an Interdependent World: The Limited Possibilities of Transformation within the Capitalist World Economy. *African Studies Review*, *17*(1), 1–26.

Wallerstein, I. M. (1988). *El Capitalismo historico*. Siglo XXI.

Wallerstein, I. M. (1991). *The capitalist world-economy*. Press Syndacate of the University of Cambridge.

Wallerstein, I. M. (2004). *World-systems analysis: An introduction*. Duke University Press.

Wallerstein, I. M. (2011). Prologue to the 2011 Edition. En *Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century: With a new prologue*. Univ. of California Press.

Yapa, L. (1996). What Causes Poverty?: A Postmodern View. *Annals of the Association of American Geographers*, *86*(4), 707-728.

Yapa, L. (1997). Reply: Why Discourse Matters, Materially. *Annals of the Association of American Geographers*, *87*(4), 717-722.

Ziai, A. (2004). The ambivalence of post-development: Between reactionary populism and radical democracy. *Third World Quarterly*, *25*(6), 1045-1060.

Ziai, A. (2017). Post-development 25 years after The Development Dictionary. *Third World Quarterly*, *38*(12), 2547-2558.